

EL CASO ITZIAR ARREGUI



PRIME SCENE DO NOT CROSS

MCL

EL CASO DE ITZIAR ARREGUI

INSPECTORA LARA MARTINEZ

MCL

Derechos de autor © MARZO 2025 MCL

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309

Impreso en los Estados Unidos de América

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 0](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

EL CASO
ITZIAR ARREGUI

Prólogo

26 de septiembre de 2008, 18:10

—Nooooooooo, ¿qué has hecho?
—Yo solo quiero que nada nos separe.

20 de septiembre de 2008, 21:32

El bar estaba a reventar, nadie recordaba haberlo visto tan lleno antes. La música retumbaba contra las paredes, las voces se superponían unas sobre otras y el alcohol fluía con libertad, porque se celebraba una victoria tras años de lucha. Y es que aquella noche no era una noche cualquiera.

Después de diez años, un crimen pasional que había estado empolvándose en la fiscalía por fin tenía culpable. Y si había alguien a quien agradecerle el cierre de ese caso, era a ella. A la inspectora Lara Martínez.

Cuando cruzó la puerta del bar, la ola de miradas fue inmediata. No porque ella hiciera algo para atraerlas, sino precisamente porque no lo hacía. No era el tipo de persona que se hacía notar. No lo necesitaba.

—¡Martínez!

Un par de compañeros se acercaron con sonrisas exageradas, los ojos encendidos por el alcohol y la euforia del momento. Uno de ellos le dio un golpe en la espalda.

—¡Enhorabuena, inspectora! Te lo has ganado.

Lara asintió con una media sonrisa y siguió caminando.

—¡Bien hecho, joder! —dijo otro.

—¡Qué manera de cerrar el caso!

—¡Eso merece otra ronda!

Los comentarios la rodearon mientras se abría paso entre la multitud. Ella los aceptaba en silencio, con un leve asentimiento, una mirada rápida y una sonrisa falsa, no le gustaban ese tipo de relaciones. A decir verdad no le gustaban ningún tipo de relaciones.

No le gustaba el protagonismo, pero sabía que esta noche no tenía escapatoria. Así que hizo lo que mejor sabía hacer: trató de volverse invisible.

Se apoyó en la barra junto a los más cercanos, los compañeros con los que había compartido muchas noches en vela,

café fríos en las salas de interrogatorios y cigarrillos en los callejones detrás de la comisaría.

Con ellos podía relajarse. Al menos lo suficiente para aguantar la noche sin sentirse demasiado, expuesta.

Pidió otra ronda de cervezas y, cuando la camarera se las sirvió, cogió los tres botellines y se giró para volver con su grupo.

—Felicidades.

La voz llegó desde su derecha, pero no le prestó atención de inmediato.

—Gracias —respondió sin levantar la vista, sin interés, concentrada en no dejar caer las botellas que sostenía.

Pero cuando sintió que ese alguien se acercaba más de la cuenta y le ofrecía ayuda, entonces sí levantó la cabeza.

Y lo que vio le gustó.

Hombre alto, complexión firme, con la camisa remangada hasta los codos y una sonrisa ladeada que delataba confianza, pero no arrogancia. Un buen espécimen, como ella habría dicho.

—Puedo ayudarte con eso —dijo, señalando las cervezas.

Lara sostuvo su mirada. Unos segundos. Unos segundos más de los necesarios.

El hombre sonrió al notar su interés.

—Raúl Velasco —se presentó ofreciendo su mano.

Lara, todavía un poco nublada por la visión que tenía delante, tardó medio segundo en responder.

—Lara Martínez —dijo y miró sus manos cargadas como excusa por no saludar como era debido.

La sonrisa de Velasco se amplió.

—Lo sé. Sé quién eres, estoy en tu celebración.

Lara asintió y, con las manos aún cargadas de botellas, se alejó de la barra para volver con su grupo.

Pero no dejó de mirarlo en toda la noche.

Cerca de las doce de la noche Lara salía del bar con la sensación de que había bebido más de lo necesario, pero rápidamente lo eliminó de su cabeza al recordar que de vez en cuando también podía relajarse un poco.

Lara no había olvidado aquellos ojos. Velasco no se acercó a ella otra vez, pero tampoco dejó de mirarla desde la distancia.

Y cuando finalmente salió del bar, después de aguantar más tiempo del que le habría gustado, él la estaba esperando. Apoyado contra el lateral de un coche, con los brazos cruzados y esa misma sonrisa que lo hacía parecer peligrosamente atractivo.

Lara encendió un cigarro al verlo y se sentó en el bordillo de la acera sin preocuparse por mancharse el pantalón blanco que llevaba puesto.

—¿Qué haces ahí? —preguntó ella.

—Esperando a que salgas, sola.

Lara exhaló el humo lentamente.

—Eso suena extraño y aterra un poco, ¿no crees?

—Tú no pareces una mujer fácil de asustar.

Ella sonrió de lado, llevándose el cigarro a los labios otra vez.

Se recogió su larga melena rubia en un moño alto con el coletero que llevaba en la muñeca, sin prestar atención a lo desordenado que quedaba. El alcohol la tenía lo suficientemente desinhibida como para que esos detalles le importaran.

Velasco la observó hacer ese gesto con la misma sonrisa, y entonces dijo algo que sí logró molestarla:

—Te llevo a casa. No me gusta dejar a una mujer sola y vulnerable a estas horas en la calle.

Lara se giró lentamente hacia él, con una ceja arqueada.

—¿Vulnerable?

Velasco la miró sin inmutarse.

—Sí.

Lara resopló, apagó el cigarro contra la acera y se puso en pie. El mareo por el alcohol le hizo tardar un segundo más de lo habitual en estabilizarse.

Estaba a punto de soltarle alguna respuesta afilada cuando Velasco, en un movimiento rápido e inesperado para ella, la besó.

No hubo duda. Solo el choque de labios, la invasión de su lengua en el interior de su boca, la manera en que la atrapó sin darle opción a pensar.

Cuando Lara reaccionó lo empujó levemente, separándose de golpe.

—¡Estoy casada!

Velasco no se movió.

—Poco te ha importado esta noche —dijo con una media sonrisa—. No dejabas de mirarme.

Los ojos de Lara brillaron con un destello oscuro.

Velasco tenía razón, y ella no respondió. Lo que siguió después no lo pensó.

Le besó.

Esta vez sin titubeos, sin miedo, sin contención.

Se besaron con furia, con ganas, ardiendo.

Los dedos de Velasco se hundieron en su cabello, sus manos recorrieron la curva de su espalda, también su cintura. No se tocaban con delicadeza.

Después se metieron en el coche de él, y el calor de sus cuerpos hizo que el aire empañara los cristales del coche volviendo el oxígeno denso. Difícil de respirar.

Lara le mordió el labio inferior, Velasco deslizó los labios por su cuello, sus dedos recorrieron la piel bajo la blusa. Las bocas viajaban más allá de los labios. Las manos de él se deslizaron por los muslos, por la piel erizada, por la tensión acumulada, pero cuando Velasco intentó desabrocharle el pantalón, Lara puso una mano sobre la suya.

—Llévame a casa.

Velasco la miró un segundo. Su respiración estaba agitada, pero sin dudarlo, asintió.

Arrancó el coche y después de pedirle la dirección, condujo sin decir nada.

El silencio fue el protagonista del momento, y cuando llegaron, Lara abrió la puerta y bajó. No se despidió.

CAPÍTULO 0

27 de septiembre de 2008

Lara Martinez

El zumbido del teléfono me arranca del sueño.

Parpadeo, desorientada, coloco la mano sobre la mesita de noche buscando el aparato. La pantalla ilumina la oscuridad de la habitación y cuando lo tengo en la mano veo en la pantalla un nombre que me hace apretar los dientes con rabia. Porque sé lo que significa esa llamada.

—Dime. —Mi voz suena ronca por el cansancio.

—Lara, hay un caso. Necesito que cojas el primer vuelo a Santander. Te enviaré los detalles cuando llegues a Suances. Allí te están esperando ya. Cuando puedas llama a la comisaría, Virginia te pondrá al tanto de todo lo descubierto hasta el momento —hace una pausa corta—. Siento darte este caso, sé que no te gustan este tipo de trabajos, pero eres la mejor, y sé que entenderás el motivo.

Me paso la mano por la cara. Mi boca sabe a pastillas y a algo metálico. Quizá sea sangre. Llevo varias semanas apretando mucho los dientes.

Apenas he conseguido dormir tres horas seguidas, las noches se han convertido en un campo de batalla contra mi propia mente.

—De acuerdo —respondo.

Cuelgo y respiro hondo antes de levantarme.

Camino descalza hasta el baño, abro el botiquín que hay colgado en la pared, y cojo un frasco de pastillas. Me quedo unos segundos con un par de ellas en la palma de la mano. Las devuelvo al frasco. No, ahora no, me digo a mí misma.

—¿Qué pasa? —Daniel, mi marido, parpadea desde la cama con el ceño fruncido.

—Trabajo. Me voy a Santander. Vuelve a dormirte. Cuando me instale te llamo.

Él asiente sin insistir demasiado en los detalles. Sabe que no soy de dar explicaciones en esos momentos. Preparo una maleta ligera y salgo de la habitación sin mirar atrás.

Mientras espero el taxi que me llevará al aeropuerto hablo con Virginia. Le pido que me lea con voz alta y clara todo lo que le ha llegado del caso. Virginia obedece sin dudarle, y cuando ha terminado, ella misma se ofrece a volver a repetirlo todo. Me conoce, sabe cómo trabajo.

Dos horas más tarde, el faro de Cabo Mayor se alza sobre los acantilados, su silueta parece recortada y de fondo, el cielo gris del amanecer. Todo parece muy tranquilo, una lástima que ocurran estas cosas en lugares así. Desde aquí, la costa escarpada y la Playa de los Locos se extienden en la distancia. Observo todo intentando ver algo que se les haya escapado. El viento salado golpea la estructura blanca del faro, ahora convertido en hotel. No me apetece nada estar aquí en estos momentos, pero sé que soy la mejor para resolver este tipo de casos.

Me acerco al lugar acordonado. Puedo ver un coche patrulla con las luces azules girando, y al menos seis agentes cerca de lo que creo que es el cuerpo.

—Soy la inspectora Lara Martínez. —Me identifico también con mi placa.

—Buenos días, soy la forense Ángela Durán. —Se quita uno de los guantes que lleva puestos, se levanta y me saluda con un apretón de mano.

—¿Qué tenemos? —pregunto.

—Por el momento no hay signos de estrangulamiento, tampoco veo golpes ni lesiones que indiquen la causa de la muerte. Más allá de lo evidente, poco podremos saber hasta que se le practique la autopsia.

—¿Edad?

—Diría que entre cinco y siete. Todavía conserva dientes de leche.

—Está bien, avísenme cuando sepan algo más.

—La hora de la muerte tampoco está clara, pero casi con certeza diría que han pasado menos de veinticuatro horas, pues su temperatura está algo por encima de la temperatura ambiente.

—¿Y qué me dices del lugar de la muerte? ¿Murió aquí?

—Casi con certeza diría que no. Parece que la han dejado en la cuneta, de hecho apostaría por ello. No lleva zapatos. Y dudo mucho que una niña caminase hasta aquí sin calzado.

Durante un instante cerré los ojos. Cómo odiaba tener que hacerme cargo de este tipo de casos. Los niños eran los únicos seres del universo que no deberían de terminar así, en una cuneta, abandonados. Asesinados.

—¿Tenemos la declaración de quien la encontró?

CAPÍTULO 1

27 de septiembre de 2008

Seis horas antes...

La niebla avanza desde el mar, envolviendo la carretera que serpentea hacia el pueblo.

En una de sus curvas, un conductor ha frenado en seco su camioneta. Algo visto en la cuneta le ha llamado la atención. Al principio, ha pensado que era un animal atropellado, uno grande, pero cuando se ha aproximado más la ha visto.

Un vestido rosa ligeramente manchado de barro. Piernas delgadas y pies descalzos. Piel pálida, muy pálida.

El hombre traga saliva y baja del coche lentamente con el pulso acelerado. Cada paso que da hacia la figura inmóvil es un golpe que recibe en el pecho y que le obliga a respirar con dificultad. Cuando está lo bastante cerca, distingue el cabello rubio sobre la grava. Es una niña.

Cierra los ojos, retrocede con un escalofrío sobre su cuerpo y el estómago revuelto. Se tapa la boca. Saca el móvil de su chaqueta con manos temblorosas y marca el número de emergencias. Su voz suena rota.

—Hay... hay una niña en la carretera. Creo que está muerta.

Horas después, bajan del coche policial dos agentes, se acercan al lugar que señala el testigo, los zapatos se hunden en el barro. Lleva varios días llovisnando en la zona. El viento costero les corta la piel. No importa. Lo único importante es la pequeña figura tendida en la cuneta que hay frente a ellos.

Respiran hondo y se acercan, con el cuerpo en tensión. Sus estómagos se cierran al ver la piel de la niña. Tiene un tono

violáceo, sus pies están desnudos y su cabello ligeramente enredado por la humedad y el viento.

Lo primero en que se fijan es que no lleva zapatos.

Nada que la identifique. Tampoco nadie ha preguntado por ella. No consta ninguna desaparición en mucho tiempo.

A las pocas horas llega la inspectora Martinez, y detrás de ella, crece el murmullo.

Vecinos, curiosos, cuerpos que se empujan para ver un espectáculo del que si yo tuviese la opción de escapar no lo pensaría dos veces.

Algunos se llevan las manos a la boca, otros cuchichean entre sí. Un hombre mayor sacude la cabeza con expresión sombría en su rostro.

—Dios nos proteja... —susurra una mujer, sujetando con fuerza la mano de su hijo adolescente, que mira con los ojos muy abiertos.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —pregunta alguien.

Me giro. Observo los rostros. Expectación, horror, miedo. Pero nadie llora. Nadie grita un nombre. Nadie se lanza hacia el cuerpo en un ataque de desesperación. Nadie parece reconocer a la niña.

—¿Estamos completamente seguros de que nadie ha denunciado una desaparición? Es increíble, ¿cuántos años tiene esta niña?—pregunto en voz alta dirigiéndome a los agentes.

Intercambian miradas incómodas. Uno de ellos niega con la cabeza.

—No, inspectora. No hay ninguna denuncia. Nadie ha denunciado la desaparición de una niña.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. Aprieto los puños dentro del abrigo. A mi lado, la forense se agacha junto al cadáver de nuevo observándolo con meticulosidad.

—Por mí podemos mover el cuerpo ya —termina diciendo.

Asiento en silencio. Mi mirada desciende hacia la piel helada de la niña, y a su frágil cuerpo abandonado a un destino tan cruel como lo es este. Por un segundo la imagino corriendo, jugando,

cantando y sonriendo. ¿Quién demonios te ha hecho esto? Me pregunto cerrando los ojos.

—Las manos —susurra la forense, levantándolas con cuidado—. Hay algo debajo de las uñas... tierra, tal vez.

Observo la suciedad incrustada en los pequeños dedos. ¿Has intentado defenderte? ¿Has intentado escapar? ¿Te mataron aquí?

De repente a mis espaldas la voz del inspector Rodrigo me saca de mis pensamientos.

—Sabía que ya estarías por aquí.

Me doy la vuelta con los ojos entrecerrados. Él es el culpable de que yo esté aquí.

—¿No podías traer a Freeman? —le pregunto al tenerle de frente.

—Está ocupado en otro asunto.

Asiento.

—Parece que esto se nos va a complicar más de lo que quisiera. Una niña pequeña desaparece y no hay denuncia de sus padres... No parece una mendiga. Está limpia, bien cuidada...

—Por eso te traigo refuerzos. En pocos minutos te presentaré a tu compañero.

—Sabes que me gusta trabajar sola.

—Lo siento. Es el sobrino del fiscal, no he podido decir que no.

Niego con la cabeza.

Regreso de nuevo con la forense, que está recogiendo muestras del terreno.

Al poco escucho su nombre.

—Subinspector Velasco, ella es la inspectora Lara Martinez. Le gustará saber que ha accedido a que trabajes con ella.

Me levanto de malhumor para corregir lo que acabo de escuchar, pero cuando le tengo en frente, mi boca se ve incapaz de abrirse.

—Gracias, inspectora Martinez —escucho su voz y mis piernas se debilitan al recordarle. Raúl, Raúl Velasco.

El murmullo entre la multitud aumenta. Más vecinos han llegado, se agolpan formando un semicírculo alrededor del cordón

policial. La tensión en el aire se corta con un cuchillo.

De repente, un grito ahogado rompe la quietud del momento.

—¡Itziar! —La voz de una mujer cargada de horror perfora el aire, y deja helados a todos los presentes.

El silencio cae como una losa. Me giro lentamente, buscando el origen del grito.

Una mujer se abre paso entre la gente, tiene el rostro desencajado. Sus rodillas flaquean al ver el cuerpo en la cuneta y su grito se convierte en un aullido desgarrador.

Un agente intenta sujetarla, pero ella se sacude con desesperación, cayendo de rodillas frente al cadáver.

—¡No, no, no puede ser! —solloza, llevándose las manos al rostro.

CAPÍTULO 2

26 de septiembre del año 2008

Gabriel Arregui

El sol de la mañana entra decidido por las ventanas de la cocina bañando todo con una luz cálida, nada propio para estas alturas del año, donde estamos más acostumbrados a los días grises.

Me apoyo en la silla que tengo a mis espaldas, con el café entre las manos, observando la escena como si fuese una persona ajena a esta familia. Desde fuera, cualquiera diría que somos la imagen de la perfección. Los niños ríen, la mesa está servida y ella se mueve con soltura mientras les sirve el desayuno.

Itziar mordisquea su tostada con esa sonrisa tan suya, los rizos despeinados brillan a contraluz. Ander y Asier, algo mayores, discuten entre risas sobre quién se sentará conmigo a ver el partido esta noche. Me dejo llevar por el sonido de sus voces, intentando anclarme a esa tranquilidad efímera. A esa tranquilidad que solo se logra en estos momentos del día.

—Comed sin prisas, que luego os atragantáis —dice ella con dulzura, colocando los vasos de zumo sobre la mesa.

Le doy un sorbo al café y dejo el periódico doblado sobre el banco de la cocina.

—Hoy tienes consulta con Ander, ¿verdad? —pregunto.

—Sí, lo llevo al médico después del instituto. Ya te dije que tiene revisión médica —responde, recogiendo la cáscara de plátano que ha dejado Asier sobre su plato—. Así que acuérdate de recoger a Asier del entrenamiento de fútbol. No llegues tarde, todavía es muy pequeño como para esperar solo.

Asiento, miro a Itziar, que balancea los pies bajo la mesa mientras desayuna, ajena a cualquier conversación de adultos. Ajena

a todo.

—¿Y quién se encargará de Itziar? —pregunto, tratando de que suene a poco trascendental. Aunque para mí sí que tiene importancia.

Se hace un cambio en su expresión, llego a ver eso tan sutil, pero que no me pasa desapercibido. El ligero fruncimiento del ceño, la forma en que sus labios se aprietan antes de contestar, todo son claras señales para mí.

—Llama a Rocío —me dice de mal humor, como casi siempre que pronuncia su nombre.

El tono es seco. Cortante. No hay margen para discutir. Dejo la taza en la mesa con más fuerza de la necesaria y me quedo en silencio, observándola.

Ella no me mira, sabe bien que estoy molesto.

Itziar no parece darse cuenta. Sigue entretenida con su desayuno, ajena a la tensión que acaba de crecer entre nosotros dos.

Me despido de todos antes de salir con Itziar de casa con destino al colegio.

El puerto de Santander tenía ese olor inconfundible a salitre, pescado y motores diésel. Como cada mañana, me pongo los guantes de trabajo y me uno a los compañeros que ya descargan las cajas de pescado fresco. Trabajar con las manos me ayuda a mantener la cabeza despejada, aunque últimamente siento que ni el cansancio físico logra apagar la inquietud que se aloja en mi pecho.

—Venga, Arregui, que no es día para quedarse empanado —bromea Iñaki, pasándome una caja pesada.

Fuerzo una sonrisa y recibo la caja sin problemas. A mi alrededor, el bullicio del puerto sigue su curso habitual. Los gritos de los vendedores en la lonja, el sonido del agua golpeando los muelles con fuerza, las gaviotas revoloteando hambrientas, esperando algún descuido. Un marco que me resulta tan familiar que podría recorrerlo con los ojos cerrados de memoria.

Mientras trabajo, miro el reloj. Las once. Recuerdo que debo de llamar a Rocío para pedirle que recoja a Itziar del colegio. Saco el móvil y marco su número, apoyando un hombro contra la pared del almacén mientras escucho los tonos de llamada.

Nada. No hay respuesta.

Espero unos segundos y vuelvo a intentarlo. Otra vez, sin respuesta. Suelto un suspiro y guardo el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta. No es la primera vez que pasa esto con ella. Rocío tiene esa costumbre de no responder al instante, de hacerme esperar hasta que ella decida devolver la llamada. A veces, pasan horas. Desde que nos divorciamos es como si intentase castigarme en cada oportunidad que puede.

—¿Todo bien? —pregunta Iñaki, al verme fruncir el ceño.

—Sí, nada importante —respondo, volviendo al trabajo.

Pero no consigo sacudirme la sensación de que algo no está del todo bien. Que Rocío siempre lo complica todo.

Al final de la jornada, vuelvo a intentarlo. Otra vez, el mismo resultado. Decido enviarle un mensaje.

Rocío, necesito que recojas a Itziar del colegio esta tarde.

La pantalla permanece en silencio. Ninguna confirmación de lectura, ninguna respuesta.

La inquietud se instala en mí como un peso molesto. Intento convencerme de que no es nada. Rocío es así. Siempre lo ha sido. Pero mientras enciendo el coche y salgo del puerto, otra vez regresa esa punzada de nuevo.

Llego a casa con el tiempo justo para darme una ducha rápida y cambiarme. En menos de media hora tengo que estar recogiendo a Asier de su entrenamiento.

En el camino, reviso el móvil. Nada de Rocío, pero tampoco ninguna llamada del colegio.

Miro la hora. Han pasado ya diez minutos después de la salida de Itziar. Si no me han llamado, significa que alguien ya la ha recogido. Doy por hecho que Rocío ha leído el mensaje y ha ido a por ella, pero de nuevo evita responderme para generar incomodidad entre nosotros. Le encanta hacerlo, disfruta con ello.

Intento dejarlo pasar. Itziar está con su madre. Todo está en orden.

27 de Septiembre del año 2008

El sábado por la mañana, el mercado ambulante llenaba la plaza del pueblo. Entre los puestos de frutas, verduras y ropa, la gente se movía con naturalidad, intercambiando saludos y noticias. Había un murmullo que se extendía como un reguero de pólvora entre la gente. Algo había sucedido en las afueras del pueblo. Justo en la carretera que va del faro al pueblo vecino.

Alicia, la maestra de Itziar, había salido temprano solo para comprar algunas cosas. Disfrutaba del paseo matutino cuando empezó a notar las conversaciones a su alrededor. No prestó demasiada atención al principio, hasta que escuchó ciertas palabras que la hicieron detenerse en seco.

Una niña ha sido encontrada en la carretera. Nadie sabe quién es todavía.

Su estómago se encogió. El aire fresco de la mañana ya no le pareció tan revitalizante. Caminó con rapidez, siguiendo la dirección de los murmullos, hasta llegar a la multitud congregada en la carretera.

Se abrió paso entre la gente, despacio, con miedo, como si presintiese que algo estaba a punto de descubrir, sintiendo esa tensión en cada respiración que contenía. Y entonces lo vio.

El cordón policial. Los agentes en movimiento. Y, en el suelo, la figura de una niña pequeña. Demasiado pequeña como para que nadie llorase a su lado, pensó.

El mundo pareció detenerse delante de sus ojos. Su corazón latía desbocado, y cada latido resonaba en sus oídos como un tambor. Y asomándose por encima de las cabezas delante de ella la vio.

—iItziar! —exclamó, y su grito sonó sobre todas las voces cargada de horror.

El murmullo cesó de golpe. Todas las miradas se volvieron hacia ella. En un instante, la identidad de la niña dejó de ser un misterio.

CAPÍTULO 3

27 de septiembre de 2008

Gabriel Arregui

El teléfono vibró sobre la mesa. Apenas había terminado de desayunar con los niños cuando vi el número desconocido en la pantalla. Lo cogí sin pensarlo.

—¿Sí?

—¿Gabriel Arregui? —La voz al otro lado sonó irreconocible.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Aquí el subinspector Velasco, le llamo desde el cuartel de la Guardia Civil de Santander. Necesitamos que venga de inmediato. Se trata de su hija, Itziar.

Un frío paralizante recorrió todo mi cuerpo. La silla crujió cuando me enderecé de golpe.

—¿Qué ha pasado? —mi voz sonó más aguda de lo que esperaba. Hubo una pausa breve, inquietante.

—Debe venir cuanto antes, aquí se le informará de todo.

—Dígame qué ocurre con mi hija.

De nuevo la pausa por su parte me hizo sentir miedo. Hasta que pasados unos segundos la voz habló.

—Lo sentimos, señor Arregui. Han encontrado un cuerpo que coincide con la descripción de su hija. Necesitamos que venga a identificarlo cuanto antes.

El mundo pareció cerrarse en torno a mí. Un zumbido ensordecedor llenó mi cabeza obligándome a cerrar los ojos de inmediato.

Miré a los niños cuando conseguí abrirlos de nuevo, y allí seguían comiendo sin darse cuenta de que mi vida acababa de romperse en mil pedazos.

—No... no puede ser —murmuré.

—Le esperamos en el cuartel, señor Arregui.

Colgué sin saber cómo y me quedé mirando el teléfono durante unos segundos. Repitiéndome dentro de mi cabeza que eso era imposible, porque mi hija estaba con Rocío. Ella estaba con su madre.

El teléfono resbaló entre mis dedos y golpeó la mesa con un ruido sordo. Mi respiración se volvió errática. Tenía que llamar a Rocío. Tenía que saber si Itziar estaba con ella.

Con las manos temblorosas, cogí el móvil de nuevo, marqué su número. Dos tonos. Tres. Cuatro. Nadie respondía.

Maldije en voz alta.

Me levanté de golpe, la silla crujió bajo mi peso. Ander y Asier me miraron con los ojos muy abiertos.

—Gabriel... —la voz de Ander sonaba preocupada. Él era el mayor de los dos.

—No pasa nada —mentí, aunque mi garganta se cerraba con cada palabra.

Tenía que salir de casa, debía de llegar al cuartel para demostrar que esa niña que había aparecido no era mi hija, porque mi pequeña estaba viva.

Cogí las llaves del coche, el abrigo, y volví a marcar el botón de llamada.

Rocío no contestaba, y comencé a sentir miedo. Después me autoconvencí que eso era lo habitual en Rocío, ella no respondía nunca.

No podía ser verdad. No podía ser ella.

El aire me quemaba los pulmones. Cada inspiración se volvía un castigo. Sentía que me estaba asfixiando.

Salí dando un portazo y corrí hasta el coche. Metí la llave en el contacto, pero mis manos temblaban tanto que tuve que intentarlo dos veces antes de conseguir encender el motor.

Rocío no puede haber dejado a Itziar sola, me decía todo el tiempo.

No puede ser ella, mi hija está viva.

El coche rugió mientras salía disparado por la carretera. Las luces de la ciudad se volvían manchas borrosas. Todo estaba nublado. No veía. No podía ver. Las lágrimas caían calientes por mis mejillas y parpadeé con fuerza, intentando despejar la vista, pero no podía. No así.

Pisé el freno de golpe.

El coche se detuvo bruscamente en un arcén solitario. Me incliné sobre el volante, incapaz de respirar, incapaz de pensar, incapaz de entender qué estaba pasando.

Un sollozo desgarrador me sacudió el pecho.

No puede ser ella. No puede ser mi niña. Grité con toda la fuerza que pude.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Me obligué a respirar, a calmarme, a recuperar el control. O no podría llegar al cuartel así.

Me limpié la cara con la manga y volví a arrancar.

Tenía que llegar, tenía que comprobar que esa niña no era mi hija, tenía que demostrar que se equivocaban. Que Itziar estaba con su madre.

CAPÍTULO 4

El cuartel de la Guardia Civil de Santander estaba iluminado con esos fluorescentes blancos y sucios en la fachada que hacía que todo pareciera más frío y más hostil. Aparqué de cualquier manera y salí del coche con el pulso desbocado, sintiendo cómo los latidos del corazón me retumbaban en el pecho.

Nada más entrar, un golpe de calor me subió por la espalda. El lugar olía a café requemado y a humedad, pero había algo más. Algo denso. Algo que me puso el estómago del revés.

El murmullo de voces cesó de inmediato cuando crucé la puerta. Todas las miradas se volvieron hacia mí. Sentí que nada iba bien.

Mi mirada se detuvo en una mujer que había sentada en una silla junto a un agente. La reconocí al instante, era la maestra de Itziar. Era Alicia. ¿Por qué Alicia estaba allí?

Estaba sentada, con los codos apoyados sobre sus rodillas, las manos cubriéndose el rostro casi al completo, y lloraba. Tenía los labios apretados en una mueca de puro dolor. Después colocó las manos entrelazadas sobre el regazo, se mecía hacia delante, los nudillos parecían blancos de tanto apretarse las manos.

Cuando me vio, soltó un sollozo seco, asfixiado.

—Señor Arregui... —murmuró, pero la voz se le quebró antes de terminar la frase.

Mi pecho se encogió.

—¿Dónde está mi hija? —pregunté, aunque mi voz sonó extraña, como si no fuera mía.

El subinspector Velasco apareció a mi derecha. Se presentó, me puso una mano sobre el hombro. Era un hombre robusto, con el rostro marcado por una cicatriz en su mejilla, una mandíbula fuerte.

Parecía tener unos cuantos años más que yo, quizá acababa de cumplir los cuarenta y cinco, no más.

—Señor Arregui, necesito que venga conmigo —dijo, con una seriedad tan afilada que sentí un escalofrío recorrerme la nuca.

—Quiero ver a la niña. Necesito que sepan que no es mi hija. Cuando la vea todo habrá terminado para mí. Lo lamento por esa niña, pero deben de saber que no es mi hija.

—Antes necesitamos hablar con usted. Haga el favor de facilitarnos el trabajo.

Apreté los dientes.

—No me hagan perder el tiempo. Deje que vea a esa niña, así acabaremos antes, pues es imposible que sea mi hija.

Me negaba a pensar que Itziar estaba allí.

Velasco y el otro agente se miraron. Fue un segundo, apenas un gesto, pero lo vi. Había algo más.

El aire se volvió aún más pesado, denso, imposible de respirarlo.

—Por aquí, por favor —insistió Velasco, señalando una puerta al fondo de un pasillo.

Pero antes de moverme, la maestra de Itziar se levantó de golpe y me agarró la mano con fuerza.

Sus ojos, rojos de tanto llorar, me atravesaron como cuchillos.

—Lo siento mucho, Gabriel—susurró.

Sentí un vuelco en el estómago.

—¿Qué es lo que sientes? Habla, maldita sea, ¿qué demonios sientes, Alicia? —le grité.

Ella negó con la cabeza, incapaz de responder, y soltó mi mano con un temblor.

La puerta del despacho se cerró detrás de mí con un chasquido sordo.

Y en ese momento lo supe. Aunque no había visto su cuerpo, aunque no había reconocido su rostro...

Algo en mí se rompió para siempre.

Mi niña estaba muerta.

—Siéntese, señor Arregui —dijo Velasco.

—Quiero ver a la niña.

Velasco suspiró y se frotó la cara, pero antes de que pudiera decir nada, la puerta volvió a abrirse de golpe.

Yo miraba hacia el suelo, incapaz de levantar la cabeza que sujetaba con mis manos. En ese momento pude ver los zapatos que aparecieron por la puerta, tacones que daban pasos firmes y seguros.

Una mujer entró en la sala sin ni siquiera mirarme. Rubia, alta, con el pelo recogido en una coleta tensa y un abrigo negro que olía a tabaco.

Dejó un bolso sobre la mesa y sacó una libreta del interior de uno de su bolsillo. Después sacó un paquete de chicles y se metió un par de ellos a la boca como si aquello que ocurría no le afectara lo más mínimo. Como si no estuviera allí por mi hija.

—Lara Martinez —se presentó sin levantar la vista de sus notas—. Unidad de Homicidios de Madrid. Inspectora al mando.

Madrid. No Santander. Homicidios.

Me tensé.

Velasco carraspeó.

—Ella se encargará de la investigación. Es la inspectora —repitió Velasco como si fuera sordo y no la hubiese escuchado hablar.

¿Investigación?

La investigadora Lara finalmente alzó la vista y me estudió con una mirada que me atravesó de arriba abajo.

Como si ya supiera lo que tenía que saber, como si lo que me fuese a preguntar después no sirviese para nada.

Como si yo estuviera jodido desde el momento en que crucé esa puerta.

—Señor Arregui... —dijo con una sonrisa ladeada, condescendiente—. Voy a hacerle unas preguntas.

—Acabemos cuanto antes con esto —le dije.

—Bien, señor Arregui —dijo finalmente, apoyando los codos en la mesa—. Vamos a empezar por lo básico.

Me crucé de brazos.

—Lo básico es que quiero ver a esa niña que dicen que es mi hija —respondí.

Lara sonrió, pero no era una sonrisa amable. Era el tipo de sonrisa que usan los policías cuando ya han decidido que estás en líos.

—Y lo hará. Pero antes quiero entender cómo una niña de seis años aparece muerta en una cuneta y su padre no se da cuenta hasta que lo llamamos nosotros.

Sentí un latigazo en el pecho.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. Lo pregunto directamente —contestó sin pestañear—. ¿Desde cuándo está separado de Rocío Urrutia, la madre de Itziar?

Tragué saliva.

—Hace tres años que nos divorciamos.

—¿Custodia compartida?

Asentí sin poder mirarla a los ojos.

—Mitad y mitad. No hay problemas con eso, somos adultos. Y ahora deje que vea a la niña, esto no tiene sentido.

La miré.

Lara arqueó una ceja.

—¿No hay problemas?

Negué con la cabeza.

—Nos llevamos bien.

Lara dejó escapar una risa seca, incrédula.

—¿De verdad? ¿Ninguna discusión reciente? ¿Nada por lo que ustedes dos hayan podido pelear? ¿Nada que decir en cuanto a la ubicación de su exmujer?

Cerré los puños.

—Lo normal. Cosas de padres. Y no, no sé dónde está Rocío, es mi ex.

—Cosas de padres —repitió ella, como si la frase le diera asco—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija con vida?

Un escalofrío me recorrió la espalda al escucharla decirlo.

—Ayer por la mañana, antes de dejarla en el colegio.

—¿Y la última vez que habló con Rocío?

Pensé rápido, pero mi cabeza iba demasiado lenta.

—Hace un par de días. No, bueno. Ayer le mandé un mensaje a su teléfono.

Lara alzó una ceja.

—¿Sobre qué?

—Sobre Itziar.

—Solo sobre ella.

Asentí.

—Sí. Es la única hija que tenemos en común. Es lo único que nos une.

Lara no despegó la vista de mí.

—¿Dónde está Rocío ahora?

Un nudo me apretó el estómago.

—No lo sé. No me coge el teléfono.

Lara no pareció sorprendida.

—¿Cuándo hablaron por última vez?

—Hace un par de días, ya se lo he dicho. Y el mensaje de ayer —empezaba a ponerme nervioso.

—¿Y su esposa?

Sentí un golpe en el pecho.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde está ahora mismo?

Respiré hondo.

—Salió. No sé a dónde. Cuando ustedes llamaron, ella no estaba en casa.

Lara tamborileó los dedos sobre la libreta, como si aquello fuera más interesante de lo que debería. Después miró a Velasco.

—¿Han discutido alguna vez por Itziar?

La pregunta me cogió desprevenido.

—¿Qué?

Lara giró el bolígrafo entre los dedos.

—Tiene dos hijos con su actual esposa, ¿verdad?

Negué.

—Son hijos de ella.

—¿Cómo se lleva su mujer con Itziar?

Apreté la mandíbula.

—Bien.

—¿Bien, cómo?

Mi cabeza latía con fuerza.

—Bien. No es su hija, pero siempre la ha tratado con respeto.

Lara ladeó la cabeza.

—¿Respeto?

No contesté.

Lara sonrió de lado.

—Déjeme adivinar. No la trataba como a sus otros hijos, ¿verdad?

El aire se volvió denso, irrespirable de nuevo.

—¿Qué está insinuando?

Lara cerró su libreta con un chasquido seco.

—No insinúo nada, señor Arregui. Solo intento entender cómo una niña de seis años desaparece y ni su padre ni su madre parecen haberlo notado. ¿Con quién estaba la niña estos días?

El corazón me martilleaba en las sienes.

Algo iba muy mal.

—Quiero ver a la niña —repetí, con la voz quebrada.

Lara se levantó lentamente y me sostuvo la mirada.

—Responda a mi pregunta, señor Arregui, ¿Quién tenía a la niña ayer?

—Conmigo hasta ayer por la mañana, la dejé en el colegio, Rocío la recogía, ella suele quedársela después cuando tiene que recogerla.

—¿Lo hace muy a menudo?

—¿El qué?

—Recogerla del colegio cuando le toca hacerlo a usted.

—La vida se complica en ocasiones, y nos ayudamos. Es nuestra hija.

Lara asintió. Miró a Velasco y este le hizo un gesto con las manos que parecía pedirle calma.

—Está bien, entonces, venga conmigo.

El pasillo que atravesamos olía a cloro y cuando descendimos las escaleras el olor se convirtió en otra cosa. Muerte.

Caminaba detrás de los inspectores Lara y Velasco, con las piernas entumecidas, como si no me pertenecieran.

La morgue no estaba fría. No como en las películas, pero olía a metal, a productos de limpieza, a algo más denso, más difícil de describir.

Sentí un temblor en las piernas cuando Velasco y la forense se colocaron frente a la camilla. Lara se mantuvo a un lado, con los brazos cruzados.

No dijo nada. Solo observaba. Me observaba.

El forense tiró con calma de la cremallera de la bolsa negra.

El sonido que hizo la cremallera al bajarse rasgó el silencio como si lo hiciera un cuchillo muy afilado.

Y entonces la ví

Itziar.

Mi niña.

Mi pequeña.

El impacto fue casi físico, y lo recibí como un puñetazo en el pecho. Algo me reventó por dentro, como si de repente no pudiera sostenerme. Y caí.

La piel blanca, demasiado blanca. Los labios azulados.

—No... —la palabra se me atascó en la garganta.

Sentí el ardor de las lágrimas antes siquiera de darme cuenta de que estaba llorando.

Mis rodillas temblaban. La sala pareció tambalearse.

Y entonces algo me empujó, algo primitivo, algo que no pude contener.

Me abalancé sobre ella.

—¡No! ¡No, no, NO!

Mis manos buscaban su rostro, su pelo, cualquier parte de ella que aún pudiera sentir caliente.

Pero no lo estaba, estaba helada.

Estaba muerta.

—¡Déjenme! —gruñí, intentando agarrarla, pero alguien me sujetó por los hombros. Brazos fuertes me arrancaron de su lado. De mi pequeña,

—¡Señor Arregui! ¡Apártese!

—¡No! ¡Es mi hija!

Me aferré a la camilla, a su brazo inerte, pero dos guardias me agarraron y me tiraron hacia atrás. Mi espalda chocó contra la pared con un golpe seco.

Lara se adelantó, con la expresión en su rostro endurecida.

—Sáquenlo de aquí —ordenó, con la voz firme—. La autopsia aún no se ha realizado. No podemos permitir que se contamine el cuerpo.

Intenté forcejear, pero ya no tenía fuerzas. Estaba roto, me habían roto.

—Es mi hija... —mi voz se quebró—. Déjenme estar con mi hija...

Nadie me respondió.

Los guardias me arrastraron fuera de la sala y me dejaron caer en una silla del pasillo. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude escuchar los murmullos al otro lado de la puerta.

Al final, Lara salió de dentro y su expresión era ilegible, pero había algo en sus ojos. Algo que me incomodaba.

Me observaba con descaro, era como si me estudiase.

—¿Por qué la miraba así? —me preguntó.

Parpadeé sin comprenderla.

—¿Qué?

Ella cruzó los brazos.

—El vestido —dijo, despacio, como si estuviera pesando cada palabra antes de pronunciarla—. Se ha quedado mirando el vestido de su hija durante mucho rato, como si no lo reconociese, o como si le pareciese extraño que lo llevase puesto. Dígamelo usted.

Sentí un escalofrío al escucharla.

No respondí.

Ella ladeó la cabeza, como si estuviera viendo algo que los demás no veían.

—¿Le resulta extraño?

Tragué saliva antes de hablar.

—No sé de qué habla.

Lara asintió, pero no parecía convencida.

—¿Está seguro? Señor Arregui, quiero entender que usted desea tanto o más que yo que se averigüe qué le ha ocurrido a Itziar.

—¡Por supuesto! —gruñí, pasándome una mano por la cara—. Acaban de enseñarme a mi hija muerta, por el amor de Dios. Tengo un poco de solidaridad.

Silencio. Solo había silencio después.

Lara me observó un segundo más, luego se giró y caminó hasta Velasco.

—Quiero que encuentren a la madre de la niña —le dijo, en voz baja, pero lo suficientemente alta como para que la escuchase—. Ahora.

Velasco frunció el ceño.

—¿Cree que ella...?

—No creo nada, pero quiero respuestas. Y ya me parece que están llegando tarde.

Se alejaron, dejando que el vacío me devorase en la silla.

Miré al suelo.

Intenté no pensar en el vestido.

Intenté no recordar que yo mismo lo vi colgado en el armario de Itziar ayer por la mañana.

Pero no podía ignorar eso.

Y en ese momento me di cuenta de que estaba temblando.

De repente se me vino a la mente la imagen del coche desconocido.

El cielo se había oscurecido demasiado rápido ayer por la tarde.

Conducía por la carretera de Suances con Asier en el asiento trasero. El entrenamiento de fútbol se había alargado más de lo esperado, y ahora el niño iba medio dormido, con la cabeza apoyada en la ventanilla.

La carretera estaba casi vacía. Era raro a esa hora.

Faltaban menos de diez minutos para llegar a casa cuando lo ví.

Un coche. Negro. Grande. Pasó a toda velocidad.

Apenas tuve tiempo de fijarme en el modelo. Solo sentí el temblor del aire al rebasarlo, el rugido del motor tragándose la carretera.

No lo había visto antes en el pueblo.

Recuerdo que fruncí el ceño, pero el vehículo desapareció tras una curva y yo me obligué a dejarlo pasar.

Todavía recuerdo que pensé que la mente siempre encuentra tonterías en las que entretenerse cuando el día ha sido largo. Así es que respiré hondo y centré la vista en la carretera. Tenía que llegar a casa.

El recuerdo me golpeó de golpe. Ese coche iba en dirección a la carretera donde esta mañana apareció Itziar.

Mi respiración se aceleró.

Miré a mi alrededor. ¿Se lo decía a la policía?

Pero ¿qué les iba a decir?

Ayer vi un coche.

Era negro.

Iba rápido.

No era suficiente.

Nadie lo recordaría, nadie más lo había visto. No podía estar seguro de nada.

Me froté la cara con las manos y cerré los ojos un segundo. El eco de mi propio pensamiento me retumbó en la cabeza. ¿Fue un detalle insignificante, o acababa de recordar haber visto marcharse al asesino de mi hija?

CAPÍTULO 5

Salí del cuartel con el cuerpo entumecido, sintiendo las piernas como si fueran de plomo.

El frío de la calle me golpeó en la cara, pero no me despejó. Nada podía despejarme después de lo que acababa de ver.

Saqué el móvil y marqué su número. En esta ocasión quería hablar con Leire, mi mujer. La necesitaba cerca.

Un tono.

Dos.

Tres.

Nada.

Colgué y volví a intentarlo.

El sudor empezó a pegarme la camisa a la espalda, aunque hacía un frío que pelaba.

¿Dónde demonios estaba?

¿Dónde estaba cuando llamaron de la Guardia Civil a casa?

Debería estar conmigo. O, al menos, debería haberme respondido tras ver mi llamada.

Lo intenté una vez más.

—Vamos... contesta...

Buzón de voz.

Me pasé la mano por la cara, desesperado. Estaba demasiado jodido como para conducir. No veía bien, tenía las manos temblorosas.

Marqué otra vez.

Y esta vez, respondió.

—¿Gabriel? —Su voz sonaba normal.

—Tienes que venir a recogerme —dije, con la voz ronca. Abatido.

—¿Qué? ¿Dónde estás?

—En el cuartel de la Guardia Civil.

Se hizo un silencio abismal.

Luego, su tono cambió.

—¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

El dolor era un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar.

—Han encontrado a Itziar —pude pronunciar.

Ella tardó un segundo en procesarlo.

—¿Encontrado? ¿Cómo que *encont...*?

—Está muerta —dije sin pensarlo—. ¿Vas a venir a por mí?

La escuché jadear.

—Dios mío, voy para allá.

Colgó antes de que pudiera decirle nada más.

27 de septiembre de 2008

La comida no tenía sabor, la casa parecía más fría que de costumbre, todo era muy diferente. Ella ya no estaba allí. Ya no iba a cantar más, no iba a andar por el medio del salón dando saltitos como hacía de costumbre, ya no la escucharía llamarle papá...

Los niños habían comido en silencio, hasta que Ander —el mayor de ellos— rompió el mutismo con la pregunta que temía.

—Gabriel... ¿es verdad que Itziar está muerta?

Dejé los cubiertos en el plato, miré a sus ojos y respondí.

—Sí.

Asier, que tenía nueve años, bajó la cabeza.

—¿Cómo?

Miré a mi mujer, pero ella mantuvo la vista fija en su plato.

—Apareció en la carretera esta mañana —respondí yo.

—¿Alguien la atropelló? —preguntó Ander.

La pregunta me golpeó en el estómago.

—No.

El silencio lo cubrió todo.

Los niños se miraron entre ellos, como si supieran que había algo más, algo que no estábamos diciendo, y que tampoco

queríamos decir.

Mi mujer siguió sin mirarme.

—¿Dónde estabas cuando llamaron de la Guardia Civil esta mañana? —le pregunté.

Levantó la vista.

—¿Qué? —preguntó disimulando, porque yo sabía que me había escuchado a la perfección.

—Esta mañana. Cuando me llamaron. No estabas en casa.

Hice una pausa, le di el tiempo justo para pensar su respuesta.

—Salí a hacer unas compras.

—¿Compras?

Asintió, volviendo a pinchar la comida con desgana.

—Sí. No sabía que me ibas a necesitar.

Me crucé de brazos.

Emití una risa corta. ¿Que la iba a necesitar? ¿De verdad acababa de decir eso? ¿Que no sabía que la iba a necesitar?

—¿Dónde pasaste la noche?

Esta vez sí me miró.

—En casa.

—No en la cama. No conmigo.

Frunció el ceño, pero siguió comiendo.

—Dormí en el sofá.

—¿Por qué?

—Porque no tenía sueño y me quedé viendo la tele hasta tarde.

Miente. Lo sé. Pero no tengo cómo demostrarlo. Me obligué a calmarme. No era el momento de pelear, pero la sospecha seguía ahí, creciendo en algún lugar dentro de mí.

¿Por qué mientes? ¿A quién estabas viendo? ¿Dónde coño estabas? ¿A quién demonios te estabas follando mientras aparecía mi hija muerta? Me entraron unas ganas irrefrenables de gritarle aquellas preguntas, pero tampoco tenía apenas fuerza para hacerlo.

Los niños seguían mirándonos, como si estuvieran viendo una partida de tenis que no entendían del todo.

Me levanté de la mesa.

—Voy a darme una ducha.

No esperé respuesta.

Cuando cerré la puerta del baño, solté un largo suspiro y me apoyé en el lavabo.

Mi hija estaba muerta.

Mi exmujer había desaparecido.

Mi esposa me mentía.

Y yo...

Yo tenía un secreto que no podía contar. Al menos no por el momento.

Miré mi reflejo en el espejo.

CAPÍTULO 6

Lara odiaba los pueblos desde siempre.

No es que los odiara sin motivos, es que había algo en ellos que le ponía de los nervios. Esa manera en la que todo el mundo parecía saberlo todo, pero nadie quería decir nada.

Caminaba junto al subinspector Velasco por las calles de Suances, deteniéndose en cada comercio, en cada bar, en cada rincón donde alguien pudiera haber visto a Rocío. Necesitaban alguna pista, algún hilo del que tirar.

Pero no había nada.

—Parece que estamos meando fuera del tiesto —murmuró Velasco.

Lara resopló, con la chaqueta bien cerrada hasta el cuello. El viento del mar traía un frío húmedo que se te metía en los huesos.

Demasiadas miradas esquivas, demasiadas respuestas cortas a sus incansables preguntas.

¿Rocío? Pues ni idea donde puede estar. Es una mujer muy solitaria.

No la he visto, pero si me entero llamaré a la policía.

Pobre criatura, qué desgracia más grande para una madre.

Pura palabrería. Los cántabros no eran gente de soltar la lengua a la primera de cambio.

Hasta que dieron con ella. La señora Purificación Aguirre, ochenta años, con el pelo cardado y un bastón que más que apoyo parecía un arma.

—Ustedes buscan a Rocío, ¿no? —dijo desde la puerta de su casa, con los ojos entornados. Asomando ligeramente la cabeza.

Lara y Velasco se detuvieron y después se miraron entre ellos.

—¿La ha visto? —preguntó Velasco.

Doña Purificación negó con la cabeza.

—Pero sé lo que le pasa a esa mujer.

Lara cruzó los brazos.

—¿Y qué le pasa?

La anciana miró a un lado y a otro asomando la cabeza por el portal de su casa, como si temiera que alguien la estuviera escuchando, y luego hizo un gesto para que la siguieran.

—Entrad, entrad. Que hace un frío que pela y para lo que hay que contar, mejor estar a gusto.

Lara intercambió una mirada con Velasco antes de seguir a la anciana al interior de la casa. Olía a naftalina, a sopa de cocido y a un bizcocho recién hecho.

Se sentaron en el salón, rodeados de figuritas de porcelana y un televisor con el volumen demasiado alto.

—A Rocío la dejó hecha un cisco el divorcio, eso lo sabe todo el pueblo —soltó la anciana sin rodeos, acomodándose en su butaca—. No ha vuelto a ser la misma. Anda siempre mohína, la pobre.

Lara sacó su libreta.

—¿La veía a menudo?

—Antes sí, ahora menos. Pero aquí nos conocemos todos. Y cuando una madre tiene el alma rota, se nota.

Velasco frunció el ceño.

—¿Por qué dice que la tiene rota?

La mujer suspiró.

—La niña. Nunca quería irse con ella. Desde que se divorciaron la pequeña decidió estar más con el padre que con ella.

Lara alzó la vista.

—¿Qué quiere decir?

—Que siempre estaba en casa del padre. Aquí todo el mundo lo sabía. Cuando tocaba que se fuera con la madre, se agarraba al pantalón de su padre y no había Dios que la soltara.

Velasco apretó los labios.

—¿Y sabe por qué?

La anciana dudó. Sus ojos oscuros se achicaron, como si estuviera midiendo lo que iba a decir.

—No lo sé, hija. Pero... —se inclinó hacia ellos—. Yo os digo lo que pienso.

Lara no parpadeó.

—Díganos.

Doña Purificación se mojó los labios, bajó aún más la voz y dejó escapar las palabras como un veneno lento:

—Rocío ha tenido algo que ver con la muerte de la niña. Eso es seguro.

Velasco resopló, incómodo.

—No podemos hacer acusaciones sin pruebas, señora. Y haga el favor de no decir eso de nuevo. No queremos un pueblo entero buscando a una mujer inocente.

La anciana no parecía preocupada. Se había dicho lo que se tenía que decir.

—Bah... pruebas, pruebas... A veces la verdad está delante de nuestras narices y no la queremos ver. En mis tiempos no era tan difícil coger a un asesino.

Lara cerró la libreta y se levantó.

—Gracias por su tiempo, doña Purificación.

La anciana sonrió, satisfecha.

—Si necesitáis saber más, ya sabéis dónde estoy.

Salieron de la casa en silencio.

El sol empezaba a esconderse tras los tejados del pueblo, el cielo se tornaba de un color rojizo extraño, como si todo estuviera cubierto de sangre.

Lara encendió un cigarro y miró a Velasco.

—Encuéntrala.

Velasco asintió.

—¿Y si está muerta?

Lara soltó el humo lentamente.

—Entonces, encontraremos su cadáver.

Velasco tragó saliva.

—¿Y si no?

Lara apagó el cigarro con la puntera del zapato.

—Si no... encontraremos a alguien que sepa algo, y vamos a hacerle que hable.

—Está bien. Mandaré a hombres que peinen toda la zona. Y tú deberías descansar —Velasco hizo una leve pausa—, y fumar menos.

—No eres mi padre, Velasco. Y no nos conocemos de nada, no te tomes esas confianzas.

Velasco la miró con una ceja levantada y una sonrisa ladina. Después asintió y se marchó en otra dirección a la de Lara.

27 de septiembre

El aviso llegó poco después de las ocho de la tarde.

Un vecino de las afueras de Suances había llamado para informar de un coche abandonado en un camino de tierra, cerca de los acantilados.

—Es un Golf azul —dijo el hombre por teléfono—. La puerta está abierta y las llaves están puestas.

Lara y Velasco llegaron en menos de diez minutos al lugar de los hechos. La luz del sol se había vuelto anaranjada, proyectando sombras alargadas sobre la carretera. El coche estaba allí. En mitad de aquella explanada, detenido.

Velasco se acercó primero. Lara miró alrededor. El mar rugía más abajo desde esa ubicación.

Pero Rocío no estaba allí.

—Es el suyo. Lo acabo de confirmar. La matrícula coincide —confirmó Velasco, abriendo la puerta del conductor.

El interior olía a perfume de mujer y a calor acumulado.

—¿Qué es esa mancha? —preguntó Lara.

—¿Sangre?

—Las llaves siguen puestas —murmuró Lara, mirando el contacto.

Velasco examinó el asiento trasero.

—Mierda.

Lara se asomó. Había huellas en la tapicería.

—Alguien ha estado aquí —dijo Velasco.

Lara pasó un dedo por la mancha. Seca. No era nueva.

—¿Huella de zapato tal vez?

—No lo sé. Puede que sí... o puede que alguien se haya arrastrado. Llamaremos para que lo analicen todo.

Lara sintió un escalofrío.

Salió del coche y miró alrededor. El viento hacía crujir los arbustos. No había ni un alma alrededor.

El vecino que había llamado se acercó, nervioso. Un hombre mayor, con cara de haber visto demasiadas cosas en su vida.

—Yo vengo por aquí a menudo —explicó—. El coche no estaba esta mañana.

Lara se giró.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente. Pasé con el perro sobre las once. Aquí no había nada.

Lara miró a Velasco.

Eso significaba que el coche había llegado hacía pocas horas.

Pero, ¿conduciendo Rocío... o traído por alguien más?

Velasco hizo una señal a los agentes que acababan de llegar.

—Asegurad la zona. Quiero a los perros buscando todo rastro cuanto antes.

Lara no dejaba de mirar el coche.

—¿Crees que saltó? —preguntó Velasco, en voz baja.

Lara apretó los labios.

Si Rocío se había suicidado, su cuerpo estaría en el mar.

Si no...

Si no, alguien la había cogido antes de que la encontraran.

Y eso significaba que todavía estaba viva.

O que la habían matado en otro sitio.

El mar bramó más abajo, arrastrando la brisa salada hasta ellos.

Lara se cruzó de brazos.

—Si saltó, la encontraremos en el agua.

Velasco miró la carretera.

—Y si no saltó...

Lara apretó los dientes.

—Entonces, alguien la tiene. O está huyendo.

Los agentes peinaban la zona con perros, linternas y cuadernos de notas donde apuntaban cada detalle. La brisa salada se colaba entre la maleza.

No había señales de Rocío, pero había algo más.

Cuando el equipo de laboratorio llegó, Velasco abrió el maletero del coche y soltó un suspiro que no pudo retener.

—Hostia puta.

Lara se acercó y miró dentro. El golpe en el estómago fue inmediato.

Una mochila infantil. Pequeña, rosa, con dibujos de sirenas.

—Los tirantes están llenos de polvo. Como si hubiera estado en el suelo antes de acabar aquí —dijo Velasco.

Lara respiró hondo, se puso un guante en su mano derecha y la cogió con dos dedos, como si quemara.

Cuando la giró, el nombre bordado en la tela le confirmó lo que ya sabía.

ITZIAR.

—Mierda —susurró.

Velasco se pasó una mano por la cara.

—¿Esto significa lo que creo que significa?

Lara no respondió en ese momento. Porque sí. Significaba exactamente eso.

Significa que Rocío tenía consigo la mochila de su hija muerta.

Pero eso no cambiaba nada, porque según Gabriel, Rocío había recogido a la niña del colegio por la tarde.

CAPÍTULO 8

Los agentes le piden a Gabriel que acuda al cuartel, deben de hacerle unas preguntas más.

Cuando Lara entra en la sala de interrogatorios, Gabriel está sentado con los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas. Parece agotado. Vacío.

Pero lo que van a decirle lo va a vaciar aún más.

Lara se sienta frente a él. Y sin rodeos ni apenas tacto comienza a hablar.

—Hemos encontrado el coche de Rocío.

Gabriel levanta la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde?

—Cerca de los acantilados. Con las llaves puestas.

Se queda en silencio. Como si estuviera procesando algo que no ha comprendido bien.

Velasco se cruza de brazos.

—¿Sabe lo que hemos encontrado en el maletero?

Gabriel lo mira, pero no responde.

Lara saca el móvil y le muestra la foto.

La mochila del colegio de su hija.

El color desaparece de su cara.

—No... —murmura.

—Es de Itziar, ¿verdad?

Él niega con la cabeza, porque no puede entender que todo esto le esté pasando a él.

Se cubre la boca con las manos. Se le corta la respiración.

—No... no puede ser...

—Pero lo es.

Lara lo observa. Cada movimiento, cada tic.

—¿Cómo explicamos esto, Gabriel?

—Yo... no sé... no sé...

Parece a punto de romperse. Lo que ven sus ojos es demasiado.

—¿Por qué tenía Rocío todavía en su maletero la mochila de su hija?

Gabriel jadea, como si le hubieran clavado un cuchillo.

—No lo sé. No lo sé. ¡Joder, no lo sé!

Se levanta de golpe y tira la silla contra la pared.

Lara ni se inmuta. Velasco tampoco.

Gabriel se agarra la cabeza con ambas manos, camina por la sala como un animal enjaulado. Respira fuerte. Cierra los ojos.

Cuando vuelve a mirarlos, está roto en mil pedazos.

—Ella no pudo hacerle daño a Itziar, es su madre. La quería. La quiere joder. No la conocéis, es su madre.

Lara apoya los codos en la mesa. Parece fría, calculadora.

—Entonces, ¿cómo explicamos esto?

Gabriel abre la boca.

Pero no tiene respuesta.

Después del interrogatorio, Lara se queda de pie en el pasillo, observando a Gabriel a través del cristal.

—Se lo ha tomado como si fuera un puñetazo en la cara —dice Velasco, cruzado de brazos.

—Porque lo ha sido —su mirada está fija todavía en Gabriel—, se supone que la persona que debe de proteger a su hija es la que le ha hecho daño.

—¿Eso es lo que crees? —pregunta Velasco.

Lara no responde enseguida. Está observando.

Gabriel está hundido, con la cabeza entre las manos.

Pero su reacción ha sido demasiado emocional.

Demasiado impulsiva.

Como si estuviera ocultando algo.

Como si hubiera algo más que aún no ha dicho.

—Hay que encontrar a Rocío —ordena Lara, sin apartar la vista del cristal—. Viva o muerta.

Velasco asiente.

Y mientras caminan hacia la sala, Lara no deja de observar a Gabriel.

Sigue observando su respiración acelerada.

Sigue observando sus puños cerrados.

Y en su cabeza, una idea empieza a germinar.

Gabriel seguía allí, ahora sentado frente a Lara y Velasco, con las manos entrelazadas y los codos apoyados sobre la mesa. El impacto de la mochila de Itziar aún lo tenía descolocado. Demasiado descolocado según Lara.

Lara lo observaba en silencio, con esa mirada suya que no dejaba escapar ni el más mínimo detalle. Algo en él no terminaba de encajarle del todo.

—Necesito que sea sincero conmigo, Gabriel —dijo finalmente con la voz baja y además intentando sonar controlada—. ¿Cree que su exmujer tenía motivos para hacerle daño a Itziar?

Gabriel levantó la cabeza, fulminándola con la mirada.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una necesaria.

Él apretó los dientes, conteniendo una furia que casi se podía palpar en la sala.

—Si alguna vez hubiera pensado que Rocío quería hacerle daño a nuestra hija, jamás la habría dejado con ella.

Lara sostuvo su mirada.

—Entonces, según usted, no había razones para que Rocío hiciera esto.

—¡Por supuesto que no! —Su voz salió quebrada, al borde del grito—. Era su madre, joder.

—Pero la mochila estaba en su coche.

Gabriel cerró los ojos un instante y apretó los puños.

—No sé por qué... no sé qué coño significa eso... —respiró hondo, intentando calmarse—. Pero no pudo ser ella.

Lara lo dejó en ese silencio incómodo del que pocos saben salir sin la verdad.

—¿Alguna vez sintió que su hija corría peligro con ella?

Gabriel tardó más en responder esta vez.

Apenas un segundo, pero fue suficiente.

Velasco lo notó. Lara también.

Gabriel bajó la mirada y pasó una mano por su cara. Algo dentro de él empezaba a cambiar.

—Tal vez... —susurró.

Lara inclinó la cabeza.

—¿Tal vez qué? —esta vez su voz sonó más dura que antes.

Gabriel tragó saliva.

—Tal vez lo hizo para joderme a mí.

Lara no reaccionó, pero Velasco frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Que... —Se frotó la cara, como si le costara poner en palabras lo que pasaba por su mente—. Que tal vez mató a Itziar para castigarme.

—¿Castigarle por qué?

El silencio que se formó esta vez fue como un pozo sin fondo.

Gabriel levantó la cabeza, con los ojos hinchados y la voz más fría que antes.

—Por dejarla.

Lara entrecerró los ojos. Ese cambio en la actitud de Gabriel no le gustó nada.

—¿Está diciendo que Rocío mató a su hija como venganza?

—Tal vez... no lo sé... —Hundió la cabeza entre las manos—. No sé nada, joder.

Lara se inclinó sobre la mesa.

—Hace unos minutos, ni siquiera contemplaba esa posibilidad.

Gabriel no dijo nada.

Pero algo había cambiado. Y Lara lo notó.

Cuando Gabriel se puso en pie, parecía aún más agotado que cuando había entrado. Su cuerpo entero era una sombra de sí mismo.

—Ya hemos acabado, ¿no? —dijo con la voz áspera.

Lara se levantó también y se acercó a la puerta.

Pero antes de abrir, se giró hacia él.

—Quiero hablar con su mujer.

Gabriel parpadeó.

—¿Leire?

—Sí.

El rostro de Gabriel cambió en un instante.

—¿Para qué?

Lara se encogió de hombros.

—Necesito hacerle algunas preguntas.

—Leire no tiene nada que ver con todo esto.

—Si está tan seguro, no tendrá problema en que hable con ella. Solo serán unas preguntas.

Gabriel avanzó un paso hacia ella. No de forma amenazante, pero sí con una intensidad contenida.

—Ya tienen a la culpable.

Lara arqueó una ceja.

—¿La tenemos?

—Rocío tenía la mochila de Itziar en su coche. ¿Qué más necesitan? Ella fue a recogerla al colegio, le hizo daño, y después ha desaparecido. Todo les cuadra, lo saben.

Lara cruzó los brazos.

—Todavía no ha aparecido.

Gabriel se quedó en silencio.

—¿Y si Rocío no es la única víctima aquí? —continuó Lara—. ¿Y si alguien quería quitársela de en medio también?

Gabriel apretó los labios, pero no respondió.

Lara abrió la puerta y le hizo un gesto para que saliera.

—Hablaremos pronto, señor Arregui.

Gabriel salió al pasillo. Lara lo observó mientras se alejaba.

Algo no estaba bien con él.

Y ella lo iba a averiguar.

CAPÍTULO 9

*27 de septiembre de 2008
Suances, 21:30 horas*

Lara y Velasco avanzaron por la calle empedrada. El frío empezaba a calar en los huesos, y el viento arrastraba consigo el olor del mar.

—¿Vamos a preguntarle otra vez a la vieja? —Velasco se frotó las manos, encogiéndose en su chaqueta.

—Sí. Le gusta hablar —respondió Lara, con una leve sonrisa—. Y hoy quiero que hable más. Necesito saber algo, y ella seguro que lo sabe.

El pueblo seguía en silencio. Demasiado silencioso después de lo que acababa de ocurrir.

Las luces amarillentas de las farolas temblaban con la brisa, y en algunas casas ya habían bajado las persianas. No querían saber más. No querían verse metidos en nada, pero doña Purificación Aguirre no era de las que se callaban.

Cuando Lara y Velasco llamaron a la puerta, la anciana tardó en responder. El crujido de la madera al abrirse resonó en la calle desierta.

—Otra vez ustedes... —murmuró, mirándolos con una mezcla de satisfacción y fastidio a la vez.

—¿Nos deja pasar? —preguntó Lara, con su tono seco de siempre.

Doña Purificación no necesitó más para entender que no era una opción. Se hizo a un lado y dejó espacio para que entraran.

El interior olía igual que la última vez. Naftalina, sopa caliente y ese bizcocho que ya estaba a medio comer sobre la mesa de centro frente al televisor..

—¿Y ahora qué quieren?

Lara se quitó los guantes y se acomodó en el sillón de la última vez. La luz del televisor iluminaba la habitación con destellos azules y blancos.

—Quiero que me hable de Gabriel Arregui.

Doña Purificación ladeó la cabeza, entornando los ojos.

—¿El padre de la niña?

—El mismo.

La vieja sonrió de lado.

—Mmm... —chasqueó la lengua, disfrutando del poder de tener algo que ellos querían.

Velasco rodó los ojos.

—Ahórrese el suspense, señora. Queremos descubrir quien le ha hecho eso a la niña.

La anciana lo ignoró. Tomó su taza de té con calma, sopló el vapor y dio un sorbo.

Luego miró directamente a Lara.

—Le costaba tener a la niña en casa.

Lara no reaccionó, pero sintió el leve cambio de energía en la habitación.

Velasco también pareció tensarse un poco.

—Explíquese —dijo Lara—, antes mencionó que Itziar siempre quería estar con él.

Doña Purificación apoyó la taza en el platillo con un *clink*.

—Verá, agente... —dijo con voz pausada—. A Gabriel se le notaba que no le era fácil tener a la niña todo el tiempo que él quería.

—¿Por qué?

La vieja dudó, pero finalmente suspiró.

—Porque a su mujer, a Leire, no le gustaba tener a la niña en casa.

Lara levantó la ceja.

—¿Cómo lo sabe?

La anciana sonrió con autosuficiencia.

—Porque se veían cosas. Se escuchaban comentarios. La gente habla, aunque se crean que no.

—¿Comentarios como cuáles? —preguntó Velasco.

Doña Purificación se inclinó un poco más en su sillón. Parecía disfrutar demasiado de todo aquello.

—Leire no soportaba que la niña le recordara tanto a Rocío.

Lara y Velasco intercambiaron una mirada rápida.

—¿Lo decía abiertamente?

—No. Pero a veces, cuando una se pone a barrer la calle o va a comprar el pan, escucha cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Doña Purificación hizo una pausa teatral.

—Que si la niña era igualita a su madre. Que si Leire no podía ni verla sin pensar en la mujer a la que Gabriel dejó por ella.

—¿Gabriel lo sabía?

La anciana soltó una risita seca.

—Por supuesto que lo sabía. Pero él hacía como que no.

Lara se acomodó en su asiento. Cada vez se ponía más interesante todo.

—¿Cómo se llevaban Leire y Rocío?

La sonrisa de la vieja se ensanchó.

—No se llevaban.

—Explíquese.

—Desde el día en que Gabriel dejó a Rocío por Leire, esas dos mujeres no podían ni verse.

—¿Alguna vez discutieron en público?

Doña Purificación se encogió de hombros.

—No que yo recuerde. Pero una sabe cuándo dos personas se odian en silencio.

Lara sostuvo su mirada.

—Y usted cree que se odiaban.

—Estoy segura.

Silencio.

Lara miró a Velasco y luego volvió la vista a la anciana.

—Si tuviera que apostar, ¿quién diría que odiaba más a la otra?

La vieja no dudó ni un segundo.

—Leire.

—¿Por qué?

Doña Purificación tomó otro sorbo de su té.

—Porque Rocío perdió a su marido, y ella dejó de insistir. Conocía bien que ya no podría recuperarlo, pero Leire nunca logró librarse del fantasma de la otra por culpa de esa pobre niña.

Lara asintió lentamente.

Ya tenía todo lo que necesitaba.

Se levantó del sofá y Velasco hizo lo mismo.

—Gracias por su tiempo.

La vieja sonrió con suficiencia.

—Cuando quieran, agentes. Aquí siempre hay buenas historias que contar.

Lara la miró con una expresión que casi parecía una sonrisa.

—Estoy segura de que sí.

Salieron a la calle.

El aire frío los golpeó de lleno, despejándolos un poco.

Velasco metió las manos en los bolsillos y miró a Lara.

—¿Y ahora?

Ella se encendió un cigarro, y después de darle la última calada al cigarro, antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la bota, dijo:

—Ahora vamos a ver a Leire.

Velasco asintió.

—¿Crees que nos va a decir la verdad?

Lara sonrió de lado.

—No.

—Entonces, ¿para qué la vemos?

Lara se giró hacia él y sus ojos brillaron en la penumbra.

—Para ver hasta dónde está dispuesta a mentir.

Suances, 22:00 horas

La casa de Gabriel y Leire estaba en penumbra cuando Lara y Velasco llamaron a la puerta.

Gabriel les abrió. Su rostro estaba tenso.

—¿Qué quieren ahora?

—Hablar con su mujer —dijo Lara con calma.

Gabriel apretó los labios, pero no discutió. Se hizo a un lado y les dejó pasar.

A Gabriel le temblaron los labios, asintió con la cabeza y los condujo al salón colocándose delante de ellos.

Leire apareció en el salón, con un chándal gris y el pelo recogido en un moño alto. Parecía recién duchada.

—Buenas noches, Leire —dijo Lara, observándola con atención—. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

Leire miró a Gabriel un segundo antes de asentir.

—Claro.

—Creo que lo mejor sería que nos sentásemos —dijo Lara mirando a su alrededor antes de acercarse a la zona de descanso de la casa.

Lara y Velasco tomaron asiento en el sofá. Leire se quedó de pie, con los brazos cruzados.

—Queremos saber qué hizo ayer por la tarde —empezó Lara.

Leire parpadeó, sorprendida.

—¿Yo?

—Sí.

Leire carraspeó y se apoyó en el respaldo de un sillón.

—Pues, lo de siempre. Estuve en casa, con los niños.

—¿No salió en ningún momento?

—Bueno, sí. Fui a hacer unas compras por la mañana.

—¿Dónde estuvo?

Leire titubeó.

—Pues fui al supermercado del centro.

Velasco anotó algo en su libreta.

—¿Pagó con tarjeta o en efectivo?

Leire frunció el ceño.

—¿Qué más da eso?

Lara sonrió de lado.

—Es un procedimiento estándar. Usted solo responda, con la verdad, por supuesto. No tiene por qué preocuparse, solo límitese a

responder a mis preguntas.

Leire suspiró.

—Con tarjeta, creo.

—Perfecto —dijo Lara, sin apartar la mirada de ella—.

¿Después de eso?

—Volví a casa. Preparé la comida, pasé la tarde con los niños...

—¿Su marido estaba en casa?

—No. Tuvo que salir a recoger a Asier del entrenamiento.

Lara miró a Gabriel. Él no reaccionó.

—¿A qué hora regresó?

—No sé, tarde. Estábamos casi a punto de cenar, de hecho Ander ya había cenado.

Lara se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Habló con él en algún momento antes de que llegara a casa?

—No.

—¿No intercambiaron mensajes en todo el día?

Leire negó con la cabeza.

—No hacía falta. Sabíamos qué estábamos haciendo cada uno.

Lara tomó nota en su libreta.

—Vamos a la mañana de hoy.

Leire se tensó un poco y se movió inquieta en su asiento.

—¿Qué pasa con la mañana de hoy?

Lara sonrió con frialdad.

—Queremos saber qué hizo. Desde que se despertó hasta que recibió la noticia de la muerte de Itziar.

Leire tragó saliva.

—Pues, lo mismo de siempre.

—Sea más precisa. Tenga en cuenta que necesitamos conocer todos los detalles.

Leire torció el gesto.

—Me levanté temprano, limpié la cocina, ya sabe cómo se quedan las cocinas después de las cenas de la noche anterior, y después salí a comprar algunas cosas que me hacían falta.

—¿Cómo qué?

—No la entiendo —dijo Leire.

—Ha dicho que salió a comprar cosas que le hacían falta.

—Bueno, sí, quería hacer un postre casero. Huevos, harina, levadura...

Lara echó un vistazo a la cocina abierta que se podía ver desde el salón de la casa. Y anotó algo en su libreta.

—¿A qué hora llegó a casa?

—Sobre las diez.

Lara anotó algo más.

—¿Y a qué hora llamaron a su marido desde la Guardia Civil?

Leire frunció el ceño, como si intentara recordarlo.

—A eso de las once, creo.

—¿Dónde estaba usted en ese momento?

—En casa.

Silencio.

Lara levantó la vista y miró sin disimular a Gabriel.

Gabriel la miraba.

No a Lara. A su mujer.

Porque Leire estaba mintiendo, y además, Lara lo sabía, porque Gabriel le había dicho que su mujer no estaba en casa cuando recibió la llamada.

Lara se acomodó en su asiento.

—¿Está segura? —le dio otra oportunidad de decir la verdad.

—Sí.

—¿Cómo recibió la noticia?

Leire cruzó los brazos.

—No lo escuché bien. Gabriel atendió la llamada en el salón y yo estaba en la cocina.

Gabriel entrecerró los ojos.

Leire no estaba en casa cuando lo llamaron. Él lo sabía. Lara también lo sabía.

Y Leire no tenía ni idea de que acababa de meterse en un lío.

—¿Y qué hizo después de enterarse? —insistió Lara.

Leire se removió en su sitio.

—Nada. Quedarme en casa. No sabía qué hacer. Tenía que quedarme con los niños, supongo.

—Supone —repitió esa última palabra Lara.

Gabriel dejó escapar una leve risa seca.

Leire lo miró, confusa.

Lara lo observó con interés.

—¿Algo que quiera decir, señor Arregui?

Gabriel levantó la cabeza y por primera vez en toda la noche, sonrió.

Pero no era una sonrisa amable.

—Solo deseo añadir que mi mujer miente.

Leire parpadeó.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—No estabas en casa cuando me llamaron.

El rostro de Leire se congeló.

—Sí que lo estaba. Haz memoria —Leire trataba de convencerle.

Gabriel negó con la cabeza.

—No. Cuando colgué, te llamé y no me cogiste el teléfono. Te llamé tres veces. No estabas en casa.

Lara entrecerró los ojos.

—Eso es interesante —dijo y anotó en su libreta.

Leire se tensó.

—Estaba, claro que estaba, estaba en la ducha.

Gabriel dejó escapar una carcajada amarga.

—¿En la ducha? ¿Durante más de media hora?

—¡Sí! —casi gritó ella.

Lara se levantó lentamente.

—Vamos a comprobarlo.

Leire la miró, pálida.

—¿Cómo?

—Si pagó con tarjeta en el supermercado por la mañana, podremos verificar la hora exacta en la que estuvo en el supermercado, además pediremos a la compañía de teléfono que ubique su lugar en el momento en el que notificamos a su marido del hallazgo de Itziar. Si estaba en casa, no habrá problemas.

Leire se humedeció los labios.

—Bueno... puede que haya sido más tarde de lo que recuerdo. O puede que pagase en efectivo, no tengo buena memoria —se excusó—. Y ya no estoy segura de si cuando Gabriel recibió la noticia yo estaba en casa o todavía no había llegado...

Lara sonrió.

—Seguro.

Leire se cruzó de brazos, sin saber qué más decir.

Gabriel la miraba con una mezcla de decepción y algo más.
¿Sospecha?

Lara se dio cuenta.

Algo en él se relajó cuando descubrió que Leire mentía.

¿Por qué? ¿Prefería recibir la noticia de que su mujer era la culpable de la muerte de su hija, que su exmujer?

Lara cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta.

—Gracias por su tiempo, Leire.

Leire no contestó.

Lara puso una mano en el pomo y miró a Gabriel.

—Hablaremos pronto, señor Arregui. Muy pronto.

—Cuando quieran —respondió él, con una sonrisa tensa.

Lara sostuvo su mirada un segundo más.

Algo no encajaba en Gabriel, porque a pesar de que Leire no tenía una coartada firme, él parecía más culpable que ella.

El sonido de la puerta al cerrarse dejó un eco extraño en la casa.

Gabriel y Leire se quedaron en el salón, hostiles, en silencio.

Él con los brazos cruzados, la mandíbula apretada. Ella con los hombros tensos y la respiración acelerada.

—¿Dónde estabas realmente ayer por la mañana? —preguntó Gabriel finalmente.

Leire parpadeó, fingiendo desconcierto.

—¿De qué hablas?

—No estabas en casa cuando me llamaron de la Guardia Civil.
Mentiste.

Leire desvió la mirada.

—¿Por qué? —insistió Gabriel.

—No quería que sospecharan de mí.

Gabriel soltó una risa sarcástica.

—Pues no lo has conseguido. Ahora lo harán.

Leire se pasó una mano por la cara, frustrada.

—Gabriel, piénsalo bien. Si les decía que había salido y había tardado en regresar, empezarían a hacerme preguntas. Preguntas que no tienen sentido ahora mismo.

—¿Dónde estabas?

Leire exhaló un suspiro y le miró directamente a los ojos.

—En el supermercado, como te dije.

—Y les has dicho que estabas en casa.

—Porque no quería que me metieran en esta mierda. He pensado que decirles que en el supermercado y después en casa sonaría más creíble.

Gabriel frunció el ceño.

—Eres mi mujer. Ya estamos metidos en esta mierda.

Leire negó con la cabeza.

—No quiero ser el foco de la investigación. La culpable es Rocío.

Gabriel entrecerró los ojos.

—¿Eso crees?

Leire lo miró fijamente.

—¿Tú no?

De nuevo otra vez silencio.

Gabriel tragó saliva. Todo estaba demasiado revuelto, demasiado rápido todo había apuntado a que Rocío era la culpable de lo que le había ocurrido a su hija.

Su hija muerta.

Su exmujer desaparecida.

Su esposa mintiéndole a la policía.

Se frotó la cara con ambas manos, tratando de aclarar sus ideas.

Leire se acercó y le puso una mano en el brazo.

—Mira, sé que ahora mismo todo parece confuso. Pero Rocío es la única que ha podido hacerlo.

Gabriel cerró los ojos un momento.

Todo el mundo estaba empeñado en señalar a Rocío.

Pero Rocío no estaba.

Y hasta que no apareciera, no habría respuestas.

El reloj de la mesita marcaba las dos de la madrugada, pero Gabriel no podía dormir. No después de todo lo que había pasado.

Desde el interrogatorio con Lara, su cabeza no había dejado de dar vueltas.

La mochila de Itziar en el coche de Rocío.

La desaparición de su exmujer.

Las mentiras de Leire.

Todo estaba mal. Nada encajaba en su cabeza.

Miró a su lado en la cama. Leire dormía tranquila.

Gabriel se levantó con cuidado, sin hacer ruido. Se puso los vaqueros y el abrigo, cogió las llaves del coche y salió de casa sin decirle nada a nadie.

Tenía que encontrar a Rocío, y a ser posible antes de que lo hiciera la policía.

CAPÍTULO 10

27 de septiembre de 2008

Su antiguo hogar estaba a oscuras. Vacío. Desde fuera se podía observar que no había nada de luz en su interior, ni tampoco en el porche como acostumbraba a dejar encendido Rocío.

Se quedó un momento en el coche, mirando la casa, recordando como era vivir allí, como era cuando Itziar aún estaba viva. Y rápidamente sacudió su cabeza para volver al presente.

Rocío no era el tipo de mujer que desaparecía así. No sin decir nada. Podía ser una completa hija de puta a la hora de castigarlo, pero ella no se comportaba de esa manera. Y él la conocía bien. Una cosa era el castigo con su indiferencia a la hora de responder las llamadas o mensajes, otra cosa bien distinta era esto.

Además era del todo comprensible que actuase así con él después de haber descubierto que la engañaba con Leire.

Bajó del coche y probó la puerta. Cerrada.

Se asomó por la ventana del salón. Todo estaba en orden. Desde la ventana se podía ver algo en el interior gracias a la luz de las farolas de la calle.

Si se había ido, no había decidido hacerlo con antelación, porque desde fuera se podía ver el fregadero de la cocina lleno de platos sucios, y su exmujer no solía salir de casa de aquella forma.

Dio media vuelta y regresó al coche, con el pecho oprimido. Allí no iba a encontrar respuestas.

Necesitaba otro lugar.

Pensó a donde acudir, si Rocío estaba en problemas, ¿dónde buscaría refugio?

Y entonces obtuvo la respuesta. En casa de su madre

Condujo hacia las afueras del pueblo, donde vivía la madre de Rocío.

La casa estaba en penumbra. Pero un coche estaba aparcado en la puerta. El de la madre de Rocío.

Se bajó del coche y golpeó la puerta con insistencia.

Pasaron varios minutos antes de que se encendiera una luz que iluminaba la entrada.

La puerta se entreabrió.

—Gabriel... —la voz de la madre de Rocío sonaba cansada, apagada.

—¿Está aquí? —le preguntó él.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién Rocío?

—Sí, Rocío.

El silencio se alargó.

—No... no sé dónde está.

Gabriel apretó los dientes.

—Si sabes algo...

—No sé nada, Gabriel. —La mujer bajó la voz—. Estoy tan confundida como tú, pero mi hija quería mucho a Itziar, no puedes pensar que ella le haya hecho daño.

Y después de escuchar las palabras de Rosa hablar así de su hija, él también lo creyó. Rocío era incapaz de hacerle daño.

Suances, 28 de septiembre 07:00 horas

Lara se había acostumbrado al olor del café rancio de la comisaría, pero esa mañana le sabía peor que de costumbre. Algo no cuadraba en este caso, y lo sabía.

Estaba revisando las notas del interrogatorio de Leire cuando Velasco entró en la sala con el ceño fruncido.

—¿Has visto esto?

Lara alzó la vista. Velasco tenía el móvil en la mano y una expresión de puro fastidio.

—¿Qué pasa?

Velasco dejó caer el móvil sobre la mesa.

—Gabriel salió anoche de su casa y estuvo dando vueltas por el pueblo.

Lara entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Velasco resopló.

—Los vecinos. Su coche estuvo aparcado frente a la casa de Rocío más de media hora. Luego fue hasta la casa de la madre. Un vecino lo vio llamar a la puerta. Me ha llegado un mensaje de uno de los agentes.

Lara tomó un sorbo de café. Ahora todo tenía sentido.

—Está buscando a Rocío.

—Y no le ha dicho nada a la policía.

Lara apoyó el codo en la mesa y se frotó la sien.

—Dime una cosa, Velasco. Si crees que la madre de tu hija mató a la niña y luego desapareció, ¿saldrías a buscarla tú solo en mitad de la noche? Y en ese caso, ¿llamarías a la policía?

Velasco tardó un segundo en responder.

—Ni de coña.

—Exacto.

Lara cerró la libreta y se puso en pie.

—Vayamos a hacerle una visita.

Velasco asintió y salió tras ella.

—Lara... quería hablar de algo —pronunció él a media voz.

—¿Sobre el caso? —preguntó Lara.

—No.

—Entonces no es relevante.

—Pero solo quería decir que... pues que no hay necesidad de sentirse incómodos después de lo que ocurrió.

—¿Ocurrió?

—Bueno, ya sabes...

—No —respondió Lara. Se dio la vuelta teniendo de nuevo el control de todo y dando por zanjado el tema.

—Está bien. Pues si eso no es relevante, contestame a esto otro. ¿Por qué no hemos detenido a Leire? No tiene coartada, sabemos que nos ha mentado...

—Porque si sabe dónde está Rocío, ella nos guiará hasta ella...

Gabriel se revolvió en la cama, aturdido, con la sensación de no haber dormido más de diez minutos cuando el timbre de su casa sonó. Había pasado parte de la madrugada buscando a Rocío. Yendo de un lado a otro sin tener una idea fija.

Se levantó a regañadientes, con la boca seca, y bajó las escaleras. Cuando abrió la puerta, se encontró con Lara y Velasco.

—¿Qué queréis ahora?

—Buenos días, Gabriel —dijo Lara, cruzando los brazos—. ¿Has dormido bien?

Gabriel frunció el ceño.

—¿Qué queréis?

Lara sonrió con frialdad.

—Saber por qué mierdas anoche te dedicaste a buscar a Rocío sin decírselo a la policía.

Gabriel se quedó en blanco por un segundo.

—¿Cómo...?

—Te vieron en su casa. Y en la de su madre.

Gabriel pasó una mano por su cara, cansado, hartó.

—¿Desde cuándo está prohibido buscar a la madre de mi hija?

—No está prohibido —respondió Lara—. Pero es sospechoso.

Gabriel soltó una risa seca.

—¿Sospechoso? ¿Para quién?

Velasco lo miró con cara de pocos amigos.

—Para nosotros.

Gabriel entrecerró los ojos.

—¿Me estáis acusando de algo?

Lara negó con la cabeza.

—Solo quiero entender. Si crees que Rocío mató a Itziar, ¿por qué saliste a buscarla?

Gabriel se quedó en silencio un instante demasiado largo.

—No sé. Quería respuestas.

—¿O querías asegurarte de que la policía no la encontraba primero? ¿Pensabas hacerle daño?

Gabriel se puso tenso.

—No me fastidiéis. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Lara se encogió de hombros.

—Eres el padre de la víctima, Gabriel. Tenemos que hacer preguntas incómodas.

—¡Me habéis tratado como un sospechoso!, y ahora como, qué, ¿un asesino?

Lara sostuvo su mirada sin pestañear.

—Todavía no.

Pero la palabra todavía lo cambió todo.

Gabriel sintió que el suelo bajo sus pies empezaba a tambalearse.

Lara le dio una última mirada.

—Si te enteras de algo sobre Rocío, quiero que me llames. No vuelvas a salir a buscarla por tu cuenta.

—¿Y si lo hago?

Lara sonrió.

—Entonces tendremos que empezar a preguntarnos qué intentas ocultar.

Se giró y salió de la casa.

Velasco la siguió, pero no sin antes lanzar una última mirada a Gabriel.

Cuando cerraron la puerta, Gabriel se apoyó en la pared y exhaló con fuerza.

Mierda.

Lara ya no solo buscaba a Rocío.

Ahora lo estaba vigilando a él también.

Gabriel se pasó la mano por la cara, tratando de despejarse. Lara lo estaba presionando demasiado.

Fue a la cocina, encendió la cafetera y se apoyó en la encimera. El ruido del electrodoméstico llenó el silencio de la casa.

Desde la sala de estar llegaban los murmullos de la televisión. Leire estaba sentada en el sofá, pero él no tenía fuerzas para unirse a ella.

Su hija estaba muerta.

Inspiró hondo y fue hacia las escaleras. Necesitaba una ducha. Despejarse.

Subió los peldaños lentamente y entró en su habitación. Se quitó la camiseta y la arrojó sobre la cama, con la cabeza aún embotada.

Pero entonces, vio algo en el suelo. Algo pequeño, algo que no debería estar ahí.

Se agachó y lo cogió. Era una pulsera plateada. Su corazón se detuvo un segundo, porque la conocía. Era de Rocío. De su exmujer desaparecida. Entonces la saliva se le atascó en la garganta.

¿Qué coño hacía eso en su habitación?

Miró alrededor, como si esperara encontrar otra pista, otra explicación.

Pero la pulsera era la única prueba de que Rocío había estado allí.

O peor aún, de que alguien había estado con ella y le había quitado la pulsera.

El frío del metal le quemaba en la palma de la mano. No podía ser. No tenía sentido, se obligó a pensar. La pulsera de Rocío. En su casa. En su dormitorio.

La giró entre los dedos, buscando alguna explicación lógica. Quizá se la había dado Rocío a Itziar, se le cayó allí y nadie se dio cuenta.

No.

Itziar no la llevaba. Siempre estaba en la muñeca de Rocío, y su exmujer no había pisado esta casa en su vida. Y, sin embargo, su pulsera estaba allí.

El pulso de Gabriel se aceleró. Y una pregunta se le pasó por la cabeza. ¿Tenía algo que ver Leire?

Fue hasta su armario, abrió un cajón y metió la pulsera en el fondo, bajo una pila de camisetas. Fuera de la vista de nadie, fuera de su mente.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos.

¿Qué demonios significaba esto?

CAPÍTULO 11

El reloj avanzaba lento. La casa se había sumido en un silencio incómodo.

Leire estaba en el sofá, viendo la televisión.

Parecía tranquila, demasiado tranquila.

Gabriel se quedó en el umbral de la puerta, observándola en la distancia. Algo dentro de él cambió en ese momento. Porque cuando recordaba que ella había mentido a la policía, no conseguía mirarla de la misma forma que en el pasado. Había estado fuera cuando llamaron de la Guardia Civil, pero no sabía dónde, aunque ella dijera que comprando en el supermercado, tampoco fue creíble para él.

¿Y si sabía más de lo que decía?

¿Y si la pulsera...?

El pensamiento le heló la sangre.

Apretó los puños y entró en la sala.

—Voy a salir un momento —dijo con voz neutra.

Leire giró la cabeza, levantando una ceja.

—¿A dónde?

—A despejarme.

Ella le sostuvo la mirada un segundo.

—No hagas estupideces, Gabriel.

¿Eso era una advertencia?

No respondió. Solo se puso la chaqueta y salió.

Necesitaba respuestas. Y no iba a esperar a que la policía las encontrara antes que él.

El aire de la noche olía a mar y a humedad cuando Gabriel apagó las luces del coche y se quedó esperando.

Había salido de casa apenas veinte minutos antes de que lo hiciera Leire. Quería saber si ella saldría a algún lugar si él se

marchaba. Y lo hizo.

La vio coger el coche sin decir nada a nadie y conducir hasta la playa. Y eso fue lo que él pretendía cuando le dijo que se iba.

¿Por qué? ¿Por qué justo a esas horas? Y, sobre todo, qué demonios tenía ella que hacer en un lugar como aquel.

Desde la distancia, la observó bajar del coche y caminar por un sendero que llevaba a una zona apartada de la playa, donde los pescadores guardaban sus cosas: redes, aparejos, barcas viejas. Un sitio donde no pasaba nadie a esas horas. Y ella sospechosamente tenía una llave.

La vio entrar en una de las casetas de madera, mirar a su alrededor antes de cerrar la puerta tras de sí.

Gabriel sintió cómo la ansiedad le recorría el cuerpo.

Leire no estaba allí por casualidad. Ella iba con un propósito.

Esperó, tenso, con los dedos apretados contra el volante.

Y quince minutos después, la puerta de la caseta se abrió.

Leire salió. Ahora con las manos vacías, pues ya no llevaba esa pequeña bolsa con la que había entrado.

Se aseguró de que la cerradura quedara bien echada y volvió al coche.

Gabriel se hundió un poco más en el asiento cuando la vio pasar por delante, sin que ella notara su presencia.

No se iba a quedar con la duda. Esperó hasta que las luces del coche de Leire desaparecieron en la carretera y salió de su coche.

Se acercó a la caseta, comprobó la puerta, estaba cerrada, pero la cerradura era vieja. Demasiado fácil de romper.

Sacó una navaja del bolsillo y haciendo palanca sobre ella rompió la puerta. No tardó más de un minuto en abrirla.

Cuando entró, el olor a madera húmeda y salitre lo envolvió todo a su alrededor. Era un lugar pequeño, sucio, lleno de cajas viejas y redes enrolladas amontonadas.

Encendió la linterna del móvil y empezó a buscar. Si Leire venía hasta aquí a escondidas, tenía que haber algo.

Algo importante. Algo que ella no quería que él supiera.

Movió un par de cajas, abrió algunas bolsas de plástico.

Nada. Nada útil, al menos, pero entonces vio el armario. Un mueble viejo y apolillado, contra la pared del fondo.

Con la respiración agitada de nuevo, agarró el tirador y lo abrió.

Dentro había más cajas, algunas llenas de trastos inútiles. Pero una bolsa de plástico negro, doblada y cuidadosamente escondida entre la madera, le llamó la atención.

La sacó con manos temblorosas.

La abrió.

Y su corazón se detuvo. Era el teléfono de Rocío. Era el suyo, no había dudas de ello, el mismo de hacía al menos seis años, negro, con la pantalla agrietada.

Lo sacó lentamente de la bolsa. Estaba apagado, pero era el suyo, lo reconocería en cualquier parte.

El teléfono de su exmujer en un escondite de Leire. En una caseta secreta de la que Leire tenía llaves y la acababa ver salir.

Gabriel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

¿Qué demonios era este sitio?

¿Por qué Leire tenía el teléfono de Rocío?

¿Desde cuándo?

Un pensamiento oscuro le cruzó la mente.

¿Y si no era Rocío quien había matado a Itziar?

¿Y si había sido Leire?

Gabriel apretó el teléfono en su mano, con el estómago revuelto.

¿Y si Leire se había encargado de Rocío después?

La duda lo golpeó con fuerza.

Su mente se llenó de imágenes de su mujer, de su mirada fría cuando le dijo que no quería ser sospechosa, de su mentira sobre aquella mañana.

De su calma.

De su forma de intentar que todo apuntara a Rocío.

Demasiado fácil. Demasiado perfecto.

El teléfono en su mano pesaba como una losa de toneladas.

Gabriel tragó saliva.

No iba a decir nada a la policía. No todavía. Primero, iba a averiguar qué coño estaba pasando.

Y si Leire había hecho algo, se lo iba a sacar fuera como fuera.

Gabriel se sintió muy incómodo cuando estaba en la casa junto a su mujer.

Había llegado hace apenas unos minutos, con el teléfono de Rocío escondido en el bolsillo de su chaqueta. No podía dejarlo en la caseta. No podía dejarlo en manos de Leire, porque quizá estaba pensando en deshacerse de él.

La encontró en la cocina, removiendo una taza de té con la mirada perdida en el líquido oscuro. Como si estuviera en otro sitio.

Ni siquiera levantó la vista cuando él entró.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella, sin girarse.

Gabriel no respondió.

Leire dejó la cucharilla sobre el plato con un *clink* y finalmente lo miró.

—¿Y tú? —preguntó él.

—¿Qué pasa, por qué dices eso?

Gabriel sacó el teléfono de Rocío y lo dejó sobre la mesa.

Leire se quedó completamente quieta. Inmóvil.

No pestañeó. No parpadeó.

Solo lo miró como si acabara de ver un fantasma.

—¿Dónde lo has encontrado? —susurró.

—Eso debería preguntarlo yo. ¿No crees?

Leire abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Gabriel avanzó un paso, apoyó ambas manos en la mesa y la miró fijamente.

—¿Por qué estaba en una caseta en la playa, Leire?

Ella empezó a negar con la cabeza.

—No, no, no...

—¿Por qué tienes el puto teléfono de mi exmujer escondido?

—¡No lo escondí!

La voz de Leire se quebró. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Entonces dime qué cojones significa esto.

Leire se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

Pero no eran lágrimas de rabia. Era puro pánico.

—Gabriel, tienes que creerme...

—No te creo.

—¡Tienes que hacerlo!

Los sollozos de ella eran ensordecedores, pero Gabriel no la tocó. No se acercó lo más mínimo para tranquilizarla. No esta vez.

—Explícate. ¡Ahora!—le gritó.

Leire bajó las manos, con los ojos rojos e hinchados.

—Lo encontré... en el jardín.

Gabriel se quedó helado.

—¿Qué?

—Hace dos días. Cuando volví a casa.

Su respiración era entrecortada. El pánico en su cara era real. No parecía que mintiese.

—Estaba... estaba tirado en la hierba, junto a la valla. Pensé que era el mío al principio, pero cuando lo cogí y vi la foto de Itziar en el fondo de la pantalla, supe que era de Rocío... me volví loca.

Gabriel sintió cómo la piel se le erizaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Leire se mordió el labio con fuerza.

—Porque lo que yo pensé en ese momento era que había estado aquí, contigo. Mi mente me jugó una mala pasada. Y en lo único que podía pensar era en ella y en ti revolcándoos en mi cama.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—Has dicho que lo que pensaste en ese momento era que había estado aquí conmigo. Y después, ¿qué pensaste?

Leire se pasó las manos por el pelo, desesperada.

—Nada.

—Habla. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Supe que tú no me harías eso jamás.

Gabriel no la creyó. Sabía que su mujer era muy celosa. No creyó que por ella misma llegase a esa conclusión, y menos sin montarle un numerito después de encontrar el teléfono en su jardín.

—¡Joder, Leire! ¡Ocultarlo solo te hace parecer más culpable!

Ella negó con la cabeza con furia.

—¡No lo entiendes!

—Haz que lo entienda.

Leire se derrumbó en una silla.

Gabriel se tensó.

Leire sollozó de nuevo y se abrazó a sí misma.

—Todo está saliendo mal —dijo ella.

—¿Por qué lo escondiste?

—No sé por qué lo hice, pero cuando ocurrió lo de Itziar, y Rocío no aparecía, ya no podía decir que yo había encontrado su teléfono...

Silencio de nuevo.

Gabriel la observó con atención.

—¿Por qué en la caseta?

Leire bajó la cabeza.

—Porque nadie lo iba a encontrar allí.

—¿Cómo conseguiste la llave?

Ella tragó saliva.

—Se la pedí a mi padre. Sabe que me gusta ir a la playa cuando necesito pensar. Es su caseta.

Gabriel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Leire... —su voz salió ronca—. ¿Tienes algo que ver con la muerte de Itziar?

Leire levantó la cabeza, devastada.

—¡No! —se defendió.

—¿Y con la desaparición de Rocío?

—¡Tampoco!

Se tapó la boca con ambas manos, sacudiendo la cabeza.

—Gabriel, por favor... tienes que creerme.

Y ahí estaba el problema, porque una parte de él sí la creía, pero otra, otra le gritaba que todavía había más.

El silencio entre Gabriel y Leire era como un campo minado.

Ella seguía sentada, con las manos temblorosas sobre la mesa. Los restos de sus lágrimas aún brillaban en su rostro, y él permanecía de pie, rígido, observándola como si pudiera leer la verdad en su piel.

¿Le estaba diciendo todo lo que sabía?

¿O había algo más?

Entonces, se escucharon pasos en el pasillo.

Gabriel giró la cabeza.

Ander, el hijo mayor de Leire, se asomó por la puerta con expresión soñolienta.

—Mamá... ¿qué pasa?

El cuerpo de Leire se tensó en el acto.

Gabriel lo notó.

Fue tan inmediato, tan instintivo, que por un momento todo pareció moverse a cámara rápida.

Los ojos de Leire fueron del niño a Gabriel.

Y en ese instante, algo cambió en su rostro.

El miedo.

Leire se levantó tan rápido que la silla crujió contra el suelo.

—Nada, cariño. Vuelve a la cama.

Su voz sonó tranquila. Demasiado tranquila.

Se acercó al niño, lo tomó suavemente por los hombros y lo guio fuera de la cocina.

—Mamá está bien, ¿vale? Vete a dormir.

Gabriel apretó los dientes.

¿Por qué se ponía tan nerviosa con los niños cerca? ¿Qué coño escondía?

El estómago se le retorció.

Por un momento, quiso seguirla, exigirle respuestas.

Pero en lugar de eso, soltó un golpe seco contra la pared.

El ruido retumbó en la casa. Leire no miró atrás. Gabriel resopló y salió de la cocina, con la cabeza ardiendo en pensamientos.

No podía quedarse allí ni un minuto más.

No cuando la verdad empezaba a oler a podrido.

Se puso la chaqueta, cogió las llaves y salió de casa.

Necesitaba aire. Y necesitaba respuestas.

CAPÍTULO 12

Abro los ojos, pero durante unos segundos no estoy segura de si realmente lo he hecho o si sigo atrapada en la negrura absoluta que me envuelve, porque todo a mi alrededor es oscuridad, un vacío denso y opresivo que me corta la respiración y me hace sentir como si flotara en un espacio sin paredes, sin techo, sin suelo, sin nada que me ancle a la realidad.

Intento moverme, pero un dolor agudo me atraviesa la cabeza, una punzada insoportable que me hace soltar un gemido entre dientes y que despierta en mí el recuerdo de un impacto seco, brutal, que me sacudió con tanta fuerza que apenas tuve tiempo de entender lo que estaba ocurriendo antes de que todo se desvaneciera en un remolino negro.

Trato de llevarme una mano a la frente, pero descubro con horror que no puedo; mis muñecas están atadas detrás de mi espalda con algo áspero y rígido, quizá cuerda, quizá cinta adhesiva, algo que me quema la piel con cada pequeño intento de movimiento, algo que me hace sentir vulnerable, indefensa, atrapada en un lugar desconocido en el que el aire es pesado y huele a humedad, a madera vieja, a óxido, a encierro.

El miedo me golpea el pecho con la misma brutalidad con la que recibí aquel golpe en la cabeza, y una oleada de pánico me sacude cuando intento recordar qué hacía antes de encontrarme aquí, porque todo es confuso, borroso, desordenado, una serie de imágenes dispersas que se entremezclan en mi mente sin lógica alguna, hasta que de repente lo veo todo con claridad y el terror se enrosca en mi garganta como un nudo imposible de desatar.

Gabriel.

Había recibido un mensaje suyo esa mañana. Un simple texto, sin explicaciones, sin detalles, solo una petición directa. Decía que

no podía recoger a Itziar y que me encargase yo de hacerlo.

No le respondí, como casi nunca lo hacía, porque no tenía ganas de discutir, porque cada conversación con él terminaba en un choque entre reproches y silencios incómodos, porque me dolía que siempre hablara conmigo como si fuera una obligación, como si yo solo existiera cuando necesitaba algo, como si no hubiera habido un pasado en el que fuimos una familia.

Pero, aun así, fui.

Fui porque era mi hija, porque más allá de todo lo que nos separaba, de todo lo que se había roto entre nosotros, Itziar seguía siendo lo único que nos une.

Cuando la vi salir del colegio con su mochila rosa a la espalda, tuve la sensación de que su expresión cambiaba al verme allí, de que por un instante había esperado ver otro rostro en lugar del mío, de que en el fondo, aunque no lo dijera, no le gustaba la idea de volver a casa conmigo.

Subió al coche sin decir nada, y durante unos minutos conduje en silencio, con la vista fija en la carretera, con la mente tratando de convencerse de que solo eran imaginaciones mías, de que Itziar no me rechazaba, de que no era yo quien la incomodaba.

Pero entonces empezó.

—Mamá, ¿por qué papá no ha venido?

—Porque no podía, cariño.

—Pero él me dijo que hoy me recogía.

—Bueno, pues ha habido un cambio de planes.

—Quiero ir a su casa.

—Itziar...

—Mamá, quiero ir con papá.

Su voz, al principio insistente pero calmada, empezó a teñirse de angustia, y cuando alcancé el siguiente semáforo, supe que estaba conteniendo las lágrimas, que su pequeño cuerpo se estremecía en el asiento trasero, que en su mundo de seis años, aquello era una injusticia que no podía comprender.

Y me venció.

Me venció como lo hacía siempre, como lo hacía con su padre, con su vocecita quebrada, con su insistencia de niña que

todavía creía que con solo desearlo lo suficiente, todo a su alrededor podía cambiar.

Giré en la siguiente calle y tomé el camino hacia la casa de Gabriel, frustrada, cansada, sintiéndome de nuevo como un simple intermediario en su vida, como si solo sirviera para llevarla de un punto a otro sin que realmente importara que yo estuviera allí.

Cuando llegamos, aparqué frente a la casa y solté el volante con un suspiro pesado.

—Vamos, cariño.

Pero Itziar no se movió.

—Mamá...

—¿Qué pasa?

—Perdón.

La miré por el retrovisor. Tenía los ojos brillantes, la carita hundida entre su bufanda rosa, las manitas apretadas en su regazo.

Sonreí, o al menos intenté hacerlo.

—No pasa nada, amor.

Abrí la puerta y me incliné para recoger mi bolso.

Y entonces, llegó el golpe.

No hubo advertencia, no hubo tiempo para reaccionar, solo un impacto seco, cortante, fulminante, que me hizo ver destellos blancos antes de sumirme en la más absoluta oscuridad, un golpe que me sacó el aire de los pulmones y que me hundió en un vacío en el que ya no existía nada más que el silencio y la nada.

Y ahora estaba aquí, en este lugar desconocido, con el cuerpo entumecido y las manos atadas, sin saber cuánto tiempo había pasado, sin saber dónde estaba, sin saber quién me había traído hasta aquí, sin saber si Itziar estaba a salvo, sin saber si alguien me estaba buscando, sin saber si iba a salir con vida de este lugar. Pero lo más importante, mi hija, conocer donde estaba mi pequeña niña.

CAPÍTULO 13

Lara y Velasco avanzaban por el pasillo del instituto anatómico forense con paso firme, con la prisa contenida de quienes llevan horas esperando respuestas y, al mismo tiempo, temen escuchar la verdad que aguarda.

Cuando entraron en la sala, la forense, la doctora Ángela Durán, estaba de pie junto a una mesa de acero inoxidable, con una carpeta abierta entre las manos. No levantó la vista de los papeles cuando les hizo un gesto para que pasaran y cerró la puerta tras ellos.

—Espero que hayáis desayunado —dijo sin preámbulos, con la misma frialdad con la que alguien avisa de que va a llover.

Lara cruzó los brazos.

—Danos lo que tengas.

Ángela pasó una página y finalmente levantó la vista. Sus ojos tenían ese brillo clínico de quien lleva demasiado tiempo abriendo cadáveres y muy poco hablando con los vivos.

—La causa de la muerte fue una intoxicación. Itziar murió envenenada.

Velasco frunció el ceño.

—¿Qué tipo de veneno?

Ángela cerró la carpeta con un chasquido seco.

—Paracetamol. Una sobredosis brutal para su peso y tamaño.

Velasco resopló, pasándose la mano por la nuca.

—Mierda...

—La dosis era exagerada —continuó la forense, con la voz medida y neutra—. No sé si se la dieron de golpe o si fue algo progresivo, pero las pruebas son claras. El hígado de la niña estaba hecho polvo. Desecho. Se estaba descomponiendo desde dentro.

Lara sintió el peso de esas palabras en la boca del estómago.

—¿Cuánto tiempo tardó en hacer efecto?

Ángela suspiró.

—Si se lo dieron en una sola toma, el colapso hepático empezó en unas pocas horas. Vomitó antes de morir, lo sé porque encontramos restos en la ropa y en las vías respiratorias, pero...

Se detuvo un segundo.

Velasco la miró con el ceño fruncido.

—¿Pero qué?

Ángela pasó un dedo por el filo de las hojas de la carpeta, como si aún no creyera lo que iba a decir.

—El vestido que llevaba puesto estaba completamente limpio. Apenas restos de vómito, y lo más extraño es que estaban en el interior de vestido. Es como si se hubiese manchado al ponérselo.

Lara parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Que no había rastro de vómito en la ropa. Ni una sola mancha.

Velasco se tensó.

—¿Y eso qué significa?

Ángela apoyó la carpeta sobre la mesa y cruzó los brazos.

—Significa que alguien le cambió la ropa después de que muriera.

El silencio en la sala fue absoluto.

Lara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Estás segura?

Ángela asintió.

—Si hubiera vomitado con ese vestido puesto, habríamos encontrado restos en la tela. Pero no hay nada por fuera, en cambio sí por dentro. Alguien la limpió. Alguien la vistió después de la muerte.

Velasco dejó escapar un bufido.

—Joder...

Lara se llevó un dedo a la sien.

—Eso no tiene sentido. ¿Quién haría algo así? ¿Para qué?

Ángela se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo hicieron.

El aire en la sala se volvió denso, cargado de algo que no eran solo los olores químicos de la morgue.

Velasco apretó la mandíbula.

—¿Pudo haber sido un accidente?

Ángela lo miró fijamente.

—Dime, inspectora. ¿Cuántos niños de seis años conoces que se metan en la boca decenas de pastillas sin que nadie lo note y, después de morir, alguien les cambie la ropa?

Lara bajó la mirada y exhaló despacio.

No había sido un accidente.

Alguien se lo había dado.

Alguien la dejó morir.

Y, después, alguien la limpió y la vistió.

Lara se enderezó y miró a Velasco.

—Gracias, doctora.

Ángela les sostuvo la mirada un segundo más y luego volvió a abrir la carpeta y continuó con su trabajo.

—No hay de qué.

Lara y Velasco salieron de la morgue sin decir una palabra.

Cuando cruzaron la puerta del edificio, Lara sacó un cigarro y lo encendió con una mano firme, aunque sentía el estómago revuelto.

Velasco se frotó la cara, visiblemente afectado.

—Joder, Lara... ¿quién demonios le haría esto a una cría?

Lara soltó el humo lentamente y lo miró.

—Eso es lo que vamos a averiguar. El resultado de la autopsia no cambia nada. Solo añade más dolor, pero esta vez, vamos a llegar hasta el final.

CAPÍTULO 14

Lara se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre el respaldo de la silla con un gesto mecánico, sin apartar la vista de Gabriel, que estaba sentado frente a ella en la sala de interrogatorios. Él aún no sabía lo que iban a decirle.

Velasco cerró la puerta con un golpe sordo y se apoyó en la pared cruzándose de brazos.

Gabriel tenía los codos sobre la mesa, la mirada clavada en sus propias manos, el rostro demacrado y el cuerpo hundido en la silla, como si cada minuto que pasaba viviendo lo desgastara un poco más.

Lara sacó un folio de la carpeta que tenía sobre la mesa y lo dejó caer delante de él.

—Tenemos el informe de la autopsia.

Gabriel parpadeó lentamente y levantó la cabeza, pero no dijo nada.

Lara apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—La causa de la muerte fue una intoxicación. Itziar murió envenenada.

El rostro de Gabriel se congeló.

No fue inmediato. No reaccionó al instante. Primero, se quedó quieto. Luego, su mandíbula se tensó. Sus labios se separaron apenas un milímetro, como si hubiera intentado decir algo, pero las palabras no hubieran salido.

—¿Cómo...? —Su voz sonó ronca, forzada, como si tuviera la garganta cerrada.

—Paracetamol. Una dosis exagerada para su tamaño.

Gabriel se cubrió la boca con las manos, después gimió a causa del dolor que le hacía escuchar eso, y las lágrimas se formaron de forma rápida en sus ojos.

Negó con la cabeza, incrédulo.

—Eso no tiene sentido. Ella jamás se hubiese tomado nada sin consultarlo.

—Pero es lo que pasó —dijo Lara sin cambiar el tono de voz—. La niña ingirió una cantidad suficiente como para que su hígado colapsara. Vomitó antes de morir, pero no fue suficiente.

Gabriel apretó los puños sobre la mesa. Su respiración se aceleró esta vez.

—Eso significa que... que fue un accidente, ¿no? —. Lara entrecerró los ojos.

—¿Crees que una niña de seis años es capaz de tragarse decenas de pastillas sin que nadie lo note?

Gabriel abrió la boca, pero no tuvo respuesta.

Velasco, que hasta ese momento había permanecido en silencio respetando el dolor de un padre, habló por primera vez.

—Alguien se lo dio. Estamos seguros de ello.

La frase quedó grabada en la cabeza de Gabriel.

Después se pasó una mano por la cara y dejó escapar un largo suspiro. No miró a Lara.

—¿Cuánto tiempo tardó en...?

No terminó la frase. No pudo hacerlo.

Lara bajó la voz.

—No fue inmediato, si es lo que pregunta.

Gabriel cerró los ojos con fuerza.

Velasco miró al suelo, incómodo.

El silencio que siguió fue uno de los más pesados que Lara recordaba.

—¿Quién ha podido hacerlo? —Gabriel levantó la vista, y sus ojos enrojecidos se clavaron en los de ella—. ¿Quién le hizo esto?

Lara sostuvo su mirada.

—Eso es lo que estamos averiguando. Y le doy mi palabra que atraparé al culpable, señor Arregui.

Él se echó hacia atrás en la silla, apoyó la espalda contra el respaldo y exhaló lentamente, como si intentara mantenerse en una sola pieza, pero Lara vio cómo se rompía por dentro. Un poco más y no podría continuar vivo.

Se llevó las manos a la cara y las arrastró hasta su cabello, apretando con fuerza, con desesperación.

—¿Por qué...? —Su voz se quebró—. ¿Por qué la mataron así? Lara respiró hondo.

—No lo sé. Eso sí que no le prometo descubrirlo, pues le aseguro que son muchas las ocasiones que esas respuestas no las tiene ni el asesino.

Gabriel apretó los dientes y se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa y la mirada clavada en Lara.

—Encuentra a Rocío.

Lara arqueó una ceja.

—¿Sigues creyendo que fue ella?

Gabriel no contestó de inmediato.

—No sé ya qué creer. Pero si no fue ella, es la persona que debía estar con mi pequeña...

Lara se levantó lentamente, recogió la carpeta y se dirigió a la puerta.

—Nosotros nos encargaremos de averiguarlo.

Cuando abrió la puerta y salió, escuchó cómo Gabriel soltaba el aire de golpe, como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho.

No le miró. No quería ver cómo aquel hombre se hundía ese poco más que quedaba.

Este caso no solo estaba lleno de mentiras. También estaba lleno de dolor, y la autopsia no cambiaba nada. Solo lo hacía todo peor.

Gabriel sintió que su cuerpo se desplomaba sobre la silla en cuanto Lara terminó de hablar. Paracetamol. Envenenada. Su mente se resistía a procesarlo, pero su cuerpo ya había reaccionado. Un nudo sofocante se cerró en su garganta y, cuando intentó contenerlo, las lágrimas brotaron sin control.

Y cuando Lara y Velasco ya se habían alejado de él bastante, la voz de Gabriel sonó para anunciar una sorpresa para ambos.

—Leire miente.

Su voz sonó rota, desgarrada, como si esas dos palabras hubieran tardado siglos en atravesarle los labios.

Lara inclinó la cabeza con interés. Se dio la vuelta la primera.

—¿Por qué dices eso?

Gabriel se secó las lágrimas con el dorso de la mano, respiró hondo y negó con la cabeza, casi con rabia.

—Porque lo ha hecho todo este tiempo. Nos ha mentado a todos. A la policía. A mí.

Velasco entrecerró los ojos. Todavía se encontraba de espaldas.

—¿Sobre qué?

Gabriel alzó la mirada y su expresión ya no era solo dolor. Había algo más. Algo parecido al miedo.

—Yo... —Su voz tembló—. Yo ya no estoy tan seguro de que Rocío haya matado a Itziar.

Silencio. Eso fue lo que llenó el lugar, y segundos después los pasos de Velasco sobre el suelo dándose media vuelta.

Lara se acercó a la mesa y se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Y de qué estás seguro entonces?

Gabriel tragó saliva con dificultad.

—De que Rocío está en peligro, y de que Leire tiene mucho que ver en su desaparición.

Lara se cruzó de brazos.

—Explícate.

—Creo que Leire le ha hecho algo.

Velasco no creía nada de lo que decía.

—Eso es un cambio drástico, Gabriel. Hace unas horas estabas convencido de que Rocío era la culpable.

—Porque quería creerlo —escupió, con un destello de desesperación en la mirada—. Era más fácil pensar eso que aceptar la otra opción.

—¿Qué es?

Gabriel bajó la cabeza y cerró los ojos, como si le doliera pronunciarlo.

—Que Leire le hizo algo a mi hija.

Lara no reaccionó. Ni una pestaña se movió en su rostro.

—¿Tienes pruebas?

Gabriel negó con la cabeza.

—No. Solo... sensaciones.

—Las sensaciones no nos sirven. Danos hechos —respondió Velasco.

Gabriel apretó los labios con fuerza. Algo dentro de él se resistía. Pero Lara vio el momento exacto en el que la barrera se rompió.

—Yo también mentí —dijo Gabriel.

Velasco dejó escapar un resoplido y cruzó los brazos con fastidio.

—Vaya sorpresa. —Lara, en cambio, ni siquiera parpadeó—. ¿Sobre qué?

Gabriel inspiró hondo.

—El vestido.

Lara frunció el ceño.

—¿Qué vestido?

Gabriel apretó los puños sobre la mesa, los nudillos se le pusieron blancos.

—El vestido con el que encontraron a Itziar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lara.

—¿Qué pasa con él?

Gabriel levantó la vista y la miró fijamente.

—No era el mismo que llevaba la mañana en que la dejé en el colegio.

Velasco chasqueó la lengua.

—¿Podría habérselo cambiado en casa de Rocío? —preguntó Velasco.

Lara le lanzó una mirada rápida.

—Quizá —murmuró—. Puede que no sea tan importante.

Pero eso era mentira. Sí era importante. Mucho. La doctora Ángela Durán había sido clara: la ropa de Itziar fue puesta después de su muerte.

Y si Gabriel decía la verdad, eso significaba que alguien había ido a buscar ese vestido.

Alguien había abierto su armario.

Alguien había elegido esa ropa.

Alguien se había tomado el tiempo de vestir a un cadáver.

Lara intentó que su voz sonara casual cuando volvió a hablar.

—¿Estás seguro de que no era el mismo? —Gabriel asintió.

—Ese vestido estaba en el armario de Itziar cuando yo mismo le puse la ropa con la que se marchó de casa.

Lara sintió que algo dentro de su mente hizo clic.

Un movimiento mínimo, casi imperceptible.

Pero suficiente para saber que acababan de dar con algo muy grande.

Gabriel estaba sentado junto a Lara en el coche, con la mirada fija en la carretera mientras el vehículo avanzaba hacia su casa. Sus pensamientos eran un caos, un torbellino de imágenes que no encajaban entre sí.

Leire miente.

Itziar fue envenenada.

Alguien le cambió la ropa después de su muerte.

Y ahora, por primera vez desde que todo había comenzado, Gabriel tenía la sensación de que se estaba acercando a algo que no quería ver. Que sentía que iba a ser muy doloroso.

—Cuando lleguemos —dijo Lara sin apartar la vista del camino—, quiero que Leire venga con nosotros a comisaría.

Gabriel asintió.

—Si está en casa —dijo él.

Lara lo miró de reojo.

—¿No debería estarlo? —preguntó Lara.

Gabriel no contestó.

Cuando llegaron, el coche de Leire no estaba aparcado en la entrada.

Pero las luces del salón estaban encendidas.

Gabriel bajó primero y entró en la casa con Lara pisándole los talones.

Los niños estaban en el sofá, viendo la televisión como si nada estuviera pasando.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Gabriel, con la voz más tensa de lo que le hubiera gustado.

Ander, el mayor, se encogió de hombros sin apartar la vista de la pantalla.

—No sé. Salió hace rato —respondió Asier.

—¿No os dijo a dónde iba?

—No.

Gabriel apretó los dientes.

Lara se cruzó de brazos y miró a Gabriel con una ceja arqueada.

—Vamos arriba.

Subieron las escaleras en silencio y entraron en el dormitorio donde Itziar dormía cuando estaba en casa de su padre.

El aire en la habitación se sintió más frío que en el resto de la casa.

Las sábanas de la cama estaban intactas, la estantería llena de libros infantiles y muñecos ordenados.

Gabriel se acercó al armario y abrió las puertas de par en par. Y entonces lo vio.

El vestido.

Colgaba de una percha, planchado, impecable, como si nadie lo hubiera tocado en días, en semanas.

Gabriel sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

—No, no puede ser.

Lara se acercó con el ceño fruncido.

—¿Ese es el vestido?

—Sí.

—¿El que llevaba puesto cuando la dejaste en el colegio?

Gabriel tragó saliva.

—Sí. Este es el vestido.

—Pero eso no tiene sentido —pronunció Lara.

Gabriel negó con la cabeza.

—No, no lo tiene. Pero juro por mi vida que ese fue el vestido que mi hija llevaba cuando la dejé en el colegio aquella mañana.

Lara cruzó los brazos.

—A ver, Gabriel. Vamos a hacer esto bien. Quiero que cierres los ojos y recuerdes paso por paso aquella mañana.

Él exhaló con fuerza y pasó una mano por su cara. No quería hacer esto. Pero lo hizo.

—Me levanté temprano. Desayunamos juntos. Itziar estaba de buen humor. Leire me dijo que debía recoger a Asier del entrenamiento. Y después yo mismo la vestí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Lara lo observó en silencio.

—¿Quién más tiene acceso a la casa?

Gabriel tardó en responder.

—Solo nosotros.

Lara sacó su teléfono móvil y se apartó un poco.

—Voy a necesitar hablar con Velasco.

Mientras hablaba por teléfono, Gabriel no apartó la vista del vestido.

No podía ser.

No tenía sentido.

Ese vestido no estaba en el armario de Itziar cuando él la dejó en el colegio.

¿Por qué la habían encontrado con ese otro vestido?

Treinta minutos después, los agentes científicos llegaron a la casa.

Recogieron muestras de la habitación, de nuevo revisaron los objetos personales de la niña y, por último, se llevaron el vestido para analizarlo.

Cuando terminaron, habían pasado más de tres horas.

Y Leire seguía sin aparecer.

Lara se apoyó en el umbral de la puerta mientras se fumaba un cigarrillo, y miró a Gabriel con seriedad.

—¿Es normal que tu mujer pase tanto tiempo fuera de casa dejando a los niños solos?

Gabriel negó con la cabeza.

—No. No es algo que acostumbre a hacer. Ya le digo que hay cosas que no me cuadran de ella.

—A mí no me parece algo extraño —intervino Velasco.

—¿En serio? —preguntó Lara dándole una calada larga a su cigarro después.

Velasco intervino con tono más relajado.

—Ander ya tiene catorce años. Además parece que son buenos chavales. Tampoco es tan extraño dejarlos solos un rato.

Lara no respondió.

CAPÍTULO 15

Lara y Velasco salieron de la casa de Gabriel con la tensión acumulada en los hombros y con demasiadas preguntas sin respuesta.

La desaparición de Rocío, el vestido de Itziar colgado en el armario cuando no debería estar allí, la certeza creciente de que algo oscuro se escondía entre las paredes de esa casa.

Cuando Lara terminó de dar las órdenes por la radio, dejando claro que Leire era ahora la principal sospechosa, ambos subieron al coche.

El teléfono sonó antes de que ella pudiera arrancar.

Lara miró la pantalla y exhaló con frustración antes de contestar.

—Dime.

La voz al otro lado era calmada.

—Me dijiste que llamarías cuando llegaras a Santander.

Era su marido.

Había olvidado por completo que le había prometido avisarle.

—No he tenido tiempo —dijo sin más.

—Llevas tres días allí. —Sonó a reproche.

—Estoy en medio de un caso importante. No puedo pensar en nada más.

La conversación llegó a ser incómoda.

Velasco miraba hacia la calle, fingiendo desinterés.

Su marido suspiró a través del teléfono.

—Está bien. Llámame cuando puedas —le dijo al fin.

Lara colgó sin responder.

Pasaron unos segundos en los que Lara llenó su cabeza con cosas que nada tenían que ver con el caso, y eso no le gustó.

Velasco sonrió con la cabeza apoyada en el asiento.

—¿Así que estás casada?

Lara le lanzó una mirada de advertencia.

—No hablo de mi vida privada.

Velasco resopló con diversión y negó con la cabeza.

—Tranquila, jefa. No me van las mujeres frías.

Lara se giró en su asiento sin pensarlo demasiado. Lo miró directamente y le cogió la mano.

Antes de que Velasco pudiera reaccionar, la deslizó entre sus piernas.

Su mirada ardía.

—¿Esto te parece frío?

Velasco no lo dudó.

En un segundo la besó.

No con suavidad, ni con dudas, sino con hambre.

Un beso rudo, posesivo, un choque de bocas que se convirtió en un mordisco en su labio inferior, en una succión profunda que le sacó un gemido ahogado.

Sus manos se deslizaron enredándose en su cabello, bajaron por su espalda hasta su cintura, apretándola contra él.

Lara exhaló un jadeo entrecortado cuando sintió la presión de su mano dentro de su pantalón, acariciándola sobre la tela de la ropa interior.

Su cuerpo reaccionó al instante, el calor estallando en su vientre, haciéndole perder momentáneamente la noción de dónde estaban.

Pero cuando ella deslizó la mano dentro de su ropa para apartarla, Velasco frenó en seco.

Se quedó inmóvil, mirándola con los ojos oscuros, con una sonrisa temeraria en los labios.

—Vamos a mi hotel —susurró.

Lara alzó una ceja, molesta por la interrupción.

—¿Y si digo que no?

Velasco sonrió aún más.

—Diría que estás mintiendo.

No hubo palabras de más.

Esa noche no hubo promesas, ni caricias innecesarias, ni silencios incómodos después.

Lo que pasó en el apartamento de Velasco fue intenso, urgente, sin rodeos ni expectativas.

Lara no lo besó con ternura, lo devoró.

Velasco no la trató con delicadeza, la tomó con la misma hambre con la que ella lo reclamó.

Follaron contra la pared, sobre la mesa, en la cama. Rápido. Duro. Sin tiempo para suavidades.

Y cuando todo terminó, cuando sus cuerpos quedaron hundidos entre las sábanas revueltas y el sudor aún les perlaba la piel, ninguno de los dos sintió la necesidad de llenar el espacio con palabras vacías.

Lara se levantó primero, recogió su ropa esparcida por el suelo y se vistió con la misma calma con la que se quitó la ropa hacía menos de una hora.

Velasco, aún desnudo, apoyó la cabeza en su mano y la observó mientras ella se abrochaba la camisa.

—¿Siempre eres así de eficiente?

Lara se giró y arqueó una ceja.

—¿Te sorprende?

Él sonrió de lado.

—No, pero al menos esperaba un cigarro después.

Lara sacó el paquete de tabaco de su chaqueta, encendió uno con un mechero negro y dio una calada profunda.

—Yo no espero nada.

Velasco resopló divertido.

—Eso ya lo he visto.

Lara exhaló el humo lentamente y lo miró desde arriba.

—Esto era algo que necesitaba.

Velasco atrapó su muñeca antes de que pudiera apartarse y le besó la palma de la mano.

—¿Saciar la necesidad te ayuda a pensar con claridad?

Ella sonrió con frialdad.

—Me ayuda a no distraerme.

Se soltó con facilidad y recogió su chaqueta.

Velasco la miró mientras ella se dirigía a la puerta.

—¿Y ahora qué?

Lara se detuvo y le lanzó una última mirada.

—Ahora, a trabajar.

Salió sin esperar respuesta.

CAPÍTULO 16

Lara condujo hasta el hotel donde se hospedaba y subió a su habitación sin detenerse.

Se quitó la chaqueta, sacó otro cigarro y lo encendió con la misma naturalidad con la que desenfundaría un arma.

Había sido una buena decisión. Acostarse con Raúl Velasco era lo que necesitaba. No había amor. No había romanticismos estúpidos, solo necesidad.

Y ahora, con la mente despejada, podía centrarse en lo importante.

Se acercó a la ventana con el cigarro entre los labios.

El cielo estaba encapotado, la brisa marina agitaba los árboles cercanos y el faro de Suances iluminaba intermitentemente la bahía con su luz.

Y entonces la vio.

A lo lejos, entre la maleza y las siluetas de la noche, se alzaba una casa medio derruida, como de madera y ladrillo, con un tejado inclinado y un ventanal roto en la parte superior. Estaba segura de que antes no la había visto, pero es que aquella noche el viento soplaba diferente, y seguramente todos esos árboles la habrían cubierto con su follaje antes.

Lara frunció el ceño.

¿De quién era esa casa?

Había mirado desde esa ventana cada noche desde que llegó a Santander y estaba segura de que esa casa no la habían visitado.

Tomó el móvil de la mesilla y marcó el número de Velasco.

Él tardó apenas tres tonos en responder.

—Joder, Lara —respondió con voz ronca y burlona—. No sabía que eras de las que repiten.

Lara rodó los ojos.

—Cierra la puta boca y escúchame.

Velasco soltó una carcajada.

—Venga, dime.

—Estoy en mi habitación del hotel. Acabo de ver algo.

La sonrisa en la voz de Velasco desapareció al instante.

—¿Qué cosa?

Lara se giró de nuevo hacia la ventana.

—Una casa. Vieja, medio abandonada. No la había visto antes. Nadie me ha comunicado que se haya visitado.

Velasco tardó un segundo en responder.

—¿Dónde?

—Cerca del faro.

Lara no era de las que se dejaban llevar por corazonadas sin sentido. Si su instinto le decía que algo no encajaba, era por algo.

—Quiero que vengas ahora mismo —le ordenó.

Velasco suspiró, pero no discutió.

—Voy en camino.

Lara colgó, dio una última calada y apagó el cigarro en el cenicero apoyado sobre la repisa de la ventana.

Volvió a mirar hacia la casa y esperó hasta que Velasco llegó.

Lara y Velasco se bajaron del coche con las linternas en mano, avanzando con cautela hacia la casa medio derruida. Desde lejos ya daba mala espina, pero de cerca era aún peor.

Las ventanas estaban rotas, la puerta principal entreabierta y la estructura parecía haberse tragado el tiempo y la humedad del mar. Un sitio perfecto para esconder algo. O a alguien.

Velasco se colocó a la derecha de la puerta, con el arma desenfundada, mientras Lara hacía lo mismo desde el otro lado. Se miraron con un gesto rápido y sincronizado, y entraron.

El interior era un desastre: polvo, maderas podridas, un olor a humedad y encierro que hizo que Lara apretara los dientes.

Y entonces, el sonido.

Un gemido ahogado. Débil.

Venía de una de las habitaciones traseras.

Lara se adelantó con el pulso acelerado y empujó la puerta con la punta del pie. La bisagra chirrió.

Y ahí estaba.

Rocío.

Atada de pies y manos a una vieja silla, ahora tirada sobre el suelo, seguramente de haberse movido para poder escapar. Con el pelo enmarañado, el rostro sucio y una mordaza cubriéndole la boca. Sus ojos abiertos de par en par reflejaban puro terror.

Lara corrió hacia ella y le quitó la mordaza con rapidez.

Rocío jadeó, respiró con fuerza y susurró con pánico:

—Todavía está aquí.

Lara sintió el escalofrío recorrerle la espalda al mismo tiempo que un ruido seco llegó desde la parte delantera de la casa.

Velasco no dudó un segundo. Salió corriendo con el arma en alto, siguiendo el sonido.

Lara sacó su navaja y cortó las cuerdas de Rocío que todavía la mantenían atada a la silla.

—¿Quién es? —susurró, aún en alerta.

Rocío negó con la cabeza.

—No lo sé. No lo vi. Todo estaba muy oscuro, solo recuerdo el golpe. Y luego despertar aquí.

Lara la ayudó a ponerse de pie.

—Tranquila. Ya estás a salvo.

—Mi hija, encuentren a mi hija. Estaba conmigo cuando me golpearon.

Lara no supo qué responderle en ese momento.

Velasco volvió sin aliento y con la mandíbula apretada.

—Se ha largado. No he podido ver quien era.

Lara maldijo entre dientes mientras sostenía a Rocío contra su pecho, sintiendo su respiración entrecortada, su cuerpo tembloroso y frágil. No podía dejar de pensar en lo que estaba a punto de decirle.

Porque Rocío aún no lo sabía.

Aún no sabía que su hija estaba muerta.

Velasco se alejó unos pasos para llamar a emergencias. Lara solo escuchó fragmentos de la conversación mientras intentaba calmar a Rocío, que aún tenía la mirada perdida en la oscuridad que la había envuelto durante días.

—Sí, Rocío Urrutia, la tenemos. Ha estado secuestrada... Está desorientada... Necesita atención urgente...

Rocío aferró los dedos a la tela del abrigo de Lara.

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —murmuró Lara, acariciándole el cabello en un gesto automático, casi instintivo. Como si pudiera protegerla de lo que venía después.

Rocío sollozó contra su pecho.

Velasco volvió junto a ellas.

—La ambulancia llegará en cinco minutos.

Lara asintió y se agachó un poco el rostro para quedar a la altura de Rocío.

—Te vamos a llevar al hospital, ¿de acuerdo? Te van a revisar, te van a cuidar. Todo ha terminado.

Pero Rocío negó con la cabeza.

—No, no ha terminado. Mi hija, busquen a mi hija.

Lara intercambió una mirada con Velasco. No era el momento de hablarle de Itziar.

El sonido de la sirena se hizo cada vez más fuerte hasta que las luces rojas y blancas iluminaron la casa abandonada. Dos paramédicos bajaron rápidamente y se acercaron hasta ellos.

—¿Puede caminar? —preguntó uno de ellos, revisándola con la mirada.

Rocío hizo el amago de ponerse de pie, pero sus piernas flaquearon. Lara la sostuvo.

—Con ayuda.

La subieron a la camilla y la aseguraron con rapidez. Sus manos seguían aferradas a la muñeca de Lara.

—Voy a estar contigo —le prometió.

Rocío cerró los ojos, agotada, y Lara fue con ella en la ambulancia.

Velasco miró a Lara desde afuera.

—Voy detrás.

Lara asintió y cerraron las puertas. No iba a dejarla sola.

CAPÍTULO 17

El hospital olía a desinfectante, a medicamentos, y también a noticias que pueden cambiarte la vida en un segundo.

Lara y Velasco esperaron en el pasillo mientras los médicos examinaban a Rocío. Ella seguía desorientada, pero físicamente estaba bien.

No tenían excusas para retrasarlo más.

Cuando finalmente les permitieron entrar a la habitación, Rocío estaba recostada sobre la camilla, con una manta cubriéndole hasta los hombros. Parecía más pequeña, más vulnerable.

Lara se acercó con cautela.

—Rocío...

Ella alzó la vista.

Lara tragó saliva. No había forma de suavizarlo.

—Tu hija...

Rocío se irguió lentamente, como si su cuerpo ya supiera lo que estaba por venir.

—¿Qué pasa con Itziar, la han encontrado?

Lara sintió la presión en el pecho, pero no apartó la mirada.

—Lo sentimos mucho. Itziar ha muerto.

Por un momento, no hubo reacción.

Solo un vacío absoluto.

Y entonces, el grito.

Un grito desgarrador, crudo, un lamento imposible de contener, un sonido que nadie debería escuchar nunca.

Rocío se llevó las manos a la cabeza y se inclinó hacia adelante, como si algo dentro de ella se estuviera rompiendo de verdad. Como si el dolor fuera demasiado grande para caber en su cuerpo.

—No... no... ¡NO!

Lara y Velasco permanecieron en silencio. No había nada que pudieran decir para detener aquel dolor que ella sentía.

Las lágrimas caían en torrente por su rostro, y su respiración se convirtió en jadeos entrecortados, desesperados. No dejaba de repetirlo.

—No la protegí... No la protegí...

Lara se sentó junto a ella en la cama y le sostuvo la mano con firmeza.

—Esto no fue tu culpa.

Rocío alzó la vista con los ojos hinchados y rojos. Pero algo en su expresión cambió de repente.

Su respiración se volvió errática.

Su mirada se desenfocó.

Lara la observó con atención.

Algo estaba recordando.

Rocío abrió la boca, pero al principio no dijo nada.

Lara vio cómo sus pupilas se dilataban, como si acabara de ver la respuesta que no había querido ver.

Y entonces, con voz temblorosa, susurró lo impensable:

—Ha sido Gabriel. Ha sido él.

Lara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Velasco tensó la mandíbula.

Lara se inclinó un poco más hacia ella.

—Rocío... ¿lo viste?

Rocío apretó los labios y susurró, con la voz hecha añicos:

—No lo vi... pero yo estaba allí. Estaba en su casa. Estaba aparcada justo en la puerta cuando me atacaron.

Lara cerró los ojos un segundo.

CAPÍTULO 18

Lara nunca confiaba en las soluciones fáciles.

No en la vida. Y mucho menos en su trabajo.

Por eso, cuando Leire cruzó la puerta de la comisaría con la mirada hundida en el suelo, los labios apretados y las manos temblorosas, algo dentro de Lara se tensó.

—He sido yo.

Las palabras salieron de su boca con un tono apagado, casi mecánico. Como si las hubiera ensayado cientos de veces antes de decirlas en voz alta.

Lara la miró con frialdad, mientras a su lado Velasco enderezaba la espalda, claramente sorprendido por su repentina aparición.

—¿Qué has hecho tú exactamente, Leire? —preguntó Lara, con una calma estudiada.

Leire tragó saliva, apretó los puños y, sin levantar la vista, escupió la confesión:

—Yo maté a Itziar.

El silencio en la sala fue brutal.

Un vacío denso, como si de repente todo el aire hubiera sido succionado de la habitación.

Velasco se cruzó de brazos.

—Tienes que explicarte mejor.

Leire parpadeó varias veces, como si intentara no derrumbarse en ese mismo momento. Pero no lloró.

—Le di las pastillas. Sabía lo que pasaría. Lo hice... —dejó un espacio en silencio, después regresó a la confesión—, porque no la soportaba más.

Lara no reaccionó.

No todavía.

—Sigue. Continúa, no te detengas.

Leire cerró los ojos un segundo, inhaló con fuerza y soltó el aire tembloroso.

—Fue fácil. Demasiado fácil. Los niños no suelen resistir a una ingesta grande de medicamentos. Un paracetamol aquí, otro allá... Y cuando comenzó a sentirse mal, cuando empezó a vomitar, no hice nada. Solo esperé.

Su voz se quebró.

—Esperé hasta que dejó de moverse.

Velasco tensó la mandíbula. Incluso él parecía afectado.

Lara, en cambio, no apartaba la vista de Leire.

—¿Y Rocío?

—También yo.

Esta vez, su voz tembló más.

—Cuando me enteré de que la buscaban como sospechosa, entonces supe que la policía acabaría encontrándola. Y tenía que terminar lo que había empezado. Solo un poco más de tiempo y hubiesen dado con un cadáver en su lugar.

Lara sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Querías matarla?

Leire levantó la vista por primera vez.

Sus ojos estaban vacíos.

—Quería que sufriera. Como yo he sufrido todo este tiempo sabiendo que en cualquier momento mi marido podía regresar junto a ella.

Lara inspiró lentamente. Algo no encajaba.

Demasiado fácil.

Demasiado simple.

—¿Por qué te entregas ahora? —preguntó con frialdad.

Leire sonrió.

—Porque no puedo más. No quiero seguir mintiendo a todos, además Rocío a aparecido y era cuestión de tiempo que contara lo que ocurrió.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Rocío llegó a casa aquella tarde. No sabía que la pequeña iba con ella. Y cuando la vi bajarse del coche corrí hasta ella, y

agarré el palo del recoge hojas y le di un golpe en la cabeza. En lo único que pensaba era en acabar con ella, de esa forma mi familia siempre estaría a salvo.

—¿Entonces? ¿Por qué le hiciste eso a Itziar?

—Mi sorpresa fue que estaba en el interior del coche. Cuando la escuché gritar supe que tenía que acabar con ella también. Y lo hice. Aproveche que Ander se duchaba y tenía que estudiar para llevarme a ambas a la casa abandonada. Rocío estaba inconsciente, el golpe que le había dado había sido tan fuerte que pensé que la había matado. Y la niña tenía tanto miedo que no se atrevió a moverse. Lo único que tenía encima eran pastillas de paracetamol, siempre tengo en mi bolso. Y la obligué a tomárselas.

—¿Por qué le cambiaste la ropa?

En ese momento, Lara notó que Leire no respondió de inmediato, aunque después lo hizo.

—No quería que Gabriel viese todo su vomito en el vestido.

Lara entrecerró los ojos, analizándola.

Las palabras podían ser las correctas.

El tono era correcto.

Pero algo no era correcto.

Velasco, a su lado, le apretó suavemente el brazo en un gesto apenas perceptible.

—Lo tenemos, Lara —susurró, lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyera—. Ya está.

Lara no contestó.

Pero en su interior, algo gritaba que esto no estaba ni cerca de terminar.

16 de diciembre de 2008

El pitido del móvil rompió el silencio de la noche.

Lara estaba en su casa de Madrid, con la televisión encendida en un canal cualquiera y un cigarro consumiéndose entre sus dedos. Llevaba meses sin pensar en el caso de Itziar, o al menos ya no todo el tiempo del día. Daniel se había marchado hacía tan solo unas semanas. Ni él soportaba que lo utilizase como una mera distracción ni ella tampoco soportaba esa manera de mirarla suya.

Pero aquella noche, sí que estaba pensando en Itziar, en aquella pequeña niña que aquella mañana fría en la que llegó a Santander la encontró tirada en la cuneta. Siempre le ocurría lo mismo con ese tipo de casos, no lograba sacárselos de la cabeza con facilidad, por ese motivo se resignaba a trabajar en algo menos escabroso, lejos de ellos. Y aunque el caso de Itziar Arregui estaba cerrado, había algo que le decía que faltaban datos. Porque sí, lo habían cerrado. Leire había confesado. Incluso había pruebas suficientes para que el juez ni siquiera dudara. Todo encajaba, y entonces, llegó el mensaje.

Un número desconocido.

Os habéis equivocado. Os ha engañado.

Lara sintió un escalofrío atravesarle todo el cuerpo. Un zumbido incómodo en la nuca, como si se tratase de una advertencia.

Frunció el ceño y leyó las palabras una y otra vez.

Alguien sabía algo.

Alguien que no había hablado antes.

Apagó el cigarro en el cenicero y se puso de pie, sintiendo cómo su corazón comenzaba a latir con fuerza.

Se puso las zapatillas de andar por casa y comenzó a caminar por el salón de su apartamento. Un pensamiento le martilleaba la cabeza.

Si Leire no lo hizo, ¿a quién estaba encubriendo?

El caso estaba claro:

Gabriel no pudo ser.

Había pasado la tarde con Asier, el entrenamiento se retrasó.
Cuando llegaron a casa, ya era tarde.

Después, no se separó de los niños en ningún momento.

Esa noche cenaron juntos, vieron un partido de fútbol, se acostaron tarde.

A la mañana siguiente, Gabriel todavía estaba en casa.

No había tiempo para que él lo hiciera.

Entonces, si ella no había sido, ¿por qué Leire se inculpó?

Lara encendió otro cigarro y lo llevó a sus labios con una inhalación profunda.

Nadie se come un asesinato sin motivo.

Nadie se entrega por algo que no ha hecho.

A menos que...

El pensamiento la golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

A menos que lo haga para proteger a alguien.

Lara se quedó quieta, con el cigarro a medio camino, congelada por la certeza.

Solo hay una razón por la que una persona confesaría un crimen que no ha cometido.

Porque el verdadero culpable es alguien por quien lo daría todo.

Alguien a quien jamás permitiría ver tras las rejas.

Solo una madre es capaz de ir a la cárcel por un hijo.

El cigarro tembló entre sus dedos.

Y entonces lo supo.

Lo había tenido delante de los ojos todo el tiempo.

Ander.

El hijo mayor de Leire.

Callado. Reservado. Siempre en segundo plano.

Demasiado tranquilo.

Lara sintió cómo la adrenalina le subía por la garganta.

¿Nadie revisó su coartada?

Leire dijo que lo llevó al médico aquella tarde.

Pero nadie comprobó si realmente llegaron a la cita.

El móvil aún estaba en su mano.

Lo desbloqueó y marcó el número de Velasco.
No podía hacerlo sola, no podía regresar allí sin él.

CAPÍTULO 19

El aire en la sala de visitas de la cárcel tenía ese hedor inconfundible de los lugares donde la desesperación se acumula sin remedio: un rastro de humedad rancia, desinfectante barato y metal frío. Lara lo ignoró. Como siempre hacía con cualquier incomodidad menor.

—Creo que es una broma. Una de mal gusto. No sé todavía por qué demonios te he hecho caso cuando me has pedido que viniese contigo hasta aquí.

—Porque en el fondo, tú sabes como yo que ella no lo hizo.

Leire ya estaba sentada al otro lado de la mesa cuando entraron.

No parecía una mujer que había confesado el asesinato de una niña y el secuestro de su madre. Parecía alguien que había tomado una decisión y que, contra todo pronóstico, estaba dispuesta a sostenerla hasta el final.

Ni esposas, ni cadenas en los tobillos. No las necesitaba. Su voluntad era suficiente cárcel.

—¿A qué debo el honor? —preguntó, con una sonrisa que se asemejaba demasiado a una burla.

Velasco tomó asiento a la izquierda de Lara, con los hombros relajados, pero con una expresión que dejaba claro que su paciencia era limitada.

Lara, en cambio, se limitó a observarla con esa mirada impasible que incomodaba incluso a los hombres más duros de la brigada.

—Queremos que vuelvas a hacer memoria —dijo sin adornos.

Leire soltó una carcajada breve, como quien oye un chiste malo.

—¿Memoria? No sé qué más queréis que os diga. Confesé, firmé, estoy pagando por lo que hice. Caso cerrado.

Velasco apoyó un codo en la mesa, entrelazó los dedos y la estudió con interés.

—Nos gusta cerrar bien los casos —dijo, con la voz casual de quien comenta sobre el clima—. Sin fisuras. Sin dudas.

Leire ladeó la cabeza, como si sopesara si le divertía la conversación.

—Pues no sé qué hacéis aquí, porque este caso está atado y bien atado.

Lara la dejó jugar su papel durante un momento más. Luego inclinó la cabeza apenas un milímetro. El golpe fue directo.

—Cuando encontraste a Rocío e Itziar, dijiste que habían acudido a tu casa.

Leire parpadeó.

—Sí.

—Entonces no estabas en el médico con tu hijo.

No fue una pregunta. Fue un bisturí deslizándose con precisión.

Leire entrecerró los ojos.

Lara no titubeó.

—O ya habías regresado.

Algo cambió en el ambiente.

Leire bajó la mirada un instante. Mínimo, insignificante para quien no supiera leer los detalles.

Velasco y Lara sí sabían.

—¿Dónde estaba Ander?

—Estudiaba. Lo dije.

—Su madre desaparece por... ¿cuánto tiempo, dos, tres horas? ¿Y él no se preocupa? ¿No te llama?

Y ahí estaba.

El quiebre.

Leire negó con la cabeza antes de que terminara la frase.

No como quien responde una pregunta, sino como quien rechaza la realidad, como quien intenta ocultar algo.

Lo entendió en el mismo momento en que lo hizo.

Y supo que ya no podía sostener la farsa.

Pero aún le quedaba una última jugada.

Reírse.

No fue una risa auténtica. Ni siquiera fue un intento de burla.

Era la risa de quien está atrapado y lo sabe, pero no sabe qué hacer en ese momento.

—Jamás sabrán lo que verdaderamente ocurrió.

Lara sostuvo su mirada. Se negó a parpadear.

Leire no los estaba desafiando.

No los estaba engañando.

Simplemente estaba diciendo la verdad.

Y eso lo hacía aún peor.

Lara y Velasco se pusieron de pie al mismo tiempo, sin prisas, con movimientos medidos, como si la conversación no hubiera tenido ninguna relevancia.

Leire los miró, al principio con una mezcla de incertidumbre y desconcierto. Luego con ansiedad contenida.

—¿Ya está? —preguntó, con desesperación, y se rompió en la última sílaba.

Lara no contestó.

Velasco tampoco.

Se limitaron a recoger sus cosas con calma, dejando que el silencio hiciera el trabajo por ellos.

Leire sintió el golpe antes de recibirlo.

Porque la única razón por la que se marchaban sin presionarla más era porque ya tenían lo que querían.

Cuando Lara se giró para encaminarse a la salida, Leire se puso de pie de golpe.

—¿Qué vais a hacer ahora? —espetó, con la voz más aguda de lo que pretendía.

Lara se detuvo en seco, solo lo justo para girar un poco la cabeza y mirarla de reojo.

Sonrió. Pero no con una sonrisa amable. Fue una sonrisa fría. Profesional.

Y con voz tranquila, sin un atisbo de duda, le respondió:

—Tenemos todo lo que necesitábamos saber. Gracias.

Y siguió caminando.

Leire se quedó sin aire.

La habían pillado.
El pánico fue inmediato. Brutal.
Dio un paso hacia adelante, chocando con el borde de la mesa, con la respiración entrecortada.
—¡No! ¡Esperad!
Velasco no se giró.
Lara tampoco.
—¡Fui yo! —gritó, casi sin darse cuenta de que su propia voz sonaba histérica, rota, desesperada.
Siguieron caminando.
—¡Yo lo hice! ¡Yo maté a Itziar!
Las palabras salían de su boca sin pensarlo.
Leire se dio cuenta demasiado tarde.
Había caído.
Había dicho lo que nunca había dicho antes.
Y lo peor: había dicho demasiado.
Porque su siguiente frase fue su condena.
—¡Él no hizo nada a la niña!
Se llevó una mano a la boca, como si pudiera atrapar las palabras antes de que llegaran a ellos. Pero ya era tarde.
Lara se detuvo.
Velasco también.
Pero no se giraron de inmediato.
Le dieron tiempo.
Tiempo para sentir el pánico deslizándose por su espalda.
Tiempo para darse cuenta del error que había cometido.
Tiempo para entender que todo había sido una trampa.
Y luego, muy despacio, Lara la miró por encima del hombro.
—¿Él, quién?
Leire se quedó paralizada.
Muerta en vida.
Porque con una sola frase, sin quererlo, acababa de confesar que Ander estaba allí aquel día.
Que su hijo había sido testigo de lo que ocurrió.
Los rostros de ellos se quedaron mirándose, hasta que Lara pronunció:

—Vayamos a ver a ese doctor que supuestamente visitó Leire y Ander aquel día.

CAPÍTULO 20

Lara y Velasco cruzaron la recepción sin entretenerse. Habían concertado la cita con el doctor que supuestamente atendió a Ander aquel día. Solo necesitaban confirmar si realmente Leire y él habían estado allí, y cuanto habían estado.

No tardaron en encontrarlo. Hombre de mediana edad, pelo entrecano, gafas finas. Vestía una bata impoluta.

—Inspectores, un placer —dijo con tono neutro, estrechándoles la mano—. Me dijeron que querían preguntarme sobre Ander.

Lara no perdió tiempo.

—Sí. Queremos confirmar si el día de la muerte de Itziar acudió a su consulta.

El médico asintió sin dudar.

—Sí, vinieron. La madre lo trajo a su cita. Estuvieron aquí poco más de media hora.

Velasco sacó su libreta.

—¿Recuerda a qué hora?

—Llegaron sobre las cinco y cuarto de la tarde. Salieron antes de las seis. De eso estoy seguro porque tenía una reunión después, y sorprendentemente no me retrasé.

Demasiado temprano. Aún tenían tiempo de haber estado en la casa de Gabriel más tarde.

Lara cruzó los brazos, pensativa.

El doctor se reclinó en su silla y suspiró.

—Pobre muchacho. Con todo lo que ha pasado, y ahora esto.

Lara alzó la vista.

—¿A qué se refiere?

El médico inclinó la cabeza, como si estuviera sorprendido de que no lo supieran.

—Después de todo lo que han vivido esos niños... y ahora descubrir que su madre es la culpable de la muerte de la niña. Es mucho para cualquiera. ¿Ustedes no lo creen?

Lara y Velasco intercambiaron una mirada.

—¿A qué se refiere exactamente? —le presionó Lara.

El doctor se ajustó las gafas y se aclaró la garganta.

—Hablo del accidente. Del incendio. La muerte del padre.

Lara sintió cómo una pieza del rompecabezas encajaba de golpe aun sin saber nada de aquella historia.

Velasco apoyó los codos sobre sus rodillas y fijó la mirada en el médico.

—Cuéntenos.

El hombre suspiró.

—El padre de los niños murió hace seis años en un accidente doméstico. Una explosión en la caldera de su casa. Él estaba en el sótano cuando ocurrió. Intentó salir, pero el fuego lo atrapó. No lo logró.

Lara sintió un escalofrío en la nuca.

—¿Y los niños?

—El pequeño no estaba en casa. Pero Ander sí.

Velasco frunció el ceño.

—¿Resultó herido?

El médico asintió.

—Solo en las manos. Quemaduras leves. Dijo que se las hizo intentando abrir la puerta para que su padre pudiera salir. Debió de ser desesperante escuchar los gritos de su padre y no poder hacer nada por ayudarlo.

Lara se quedó en silencio unos segundos.

Velasco fue el primero en reaccionar.

—Necesitamos toda la información sobre ese accidente.

Lara se puso en pie.

—Gracias, doctor. Nos ha sido de mucha ayuda.

Cuando salieron del hospital, Velasco sacó el móvil y marcó un número.

—Voy a pedir el informe completo del incendio. Quiero saber exactamente qué pasó allí.

Lara asintió y encendió un cigarro, caminando hacia el coche.

—Hazlo. Mientras tanto, vamos a ver a Gabriel Arregui.

Velasco guardó el móvil y la siguió.

—¿Te das cuenta, verdad?

Lara exhaló el humo lentamente.

—Sí.

—Esto es mucho más grande de lo que pensamos.

—Lo sé.

Se subieron al coche sin decir nada más.

La historia que creían conocer acababa de desmoronarse.

Y lo peor era que aún no sabían a cuánto de profundo llegaba la verdad.

CAPÍTULO 21

El coche avanzaba por las calles de Suances en silencio.

Lara conducía con el ceño fruncido, fumando con calma, aunque su mente era un torbellino de ideas que no terminaban de encajar.

Velasco, con el móvil en la mano, repasaba notas y mensajes, esperando que el informe sobre el incendio llegara lo antes posible.

—Si Leire se inculpó para proteger a alguien —dijo finalmente, sin apartar la vista de la pantalla—, ese alguien solo puede ser su hijo.

Lara asintió, sin necesidad de decirlo en voz alta. Ya lo sabían.

La pregunta ahora era ,¿qué estaba ocultando, solo había sido testigo, o algo más que eso?

—Necesitamos hablar con alguien que conociera bien al niño —añadió Velasco, dejándose caer contra el respaldo del asiento.

—Sí. —Lara apagó el cigarro en el cenicero del coche—. La anciana. Purificación Aguirre.

No tardaron en dar media vuelta.

Ella sabía cosas. Demasiadas cosas. Y esta vez, iban a sacárselas todas.

La anciana los recibió con su habitual sonrisa de satisfacción, esa que parecía decir que siempre lo había sabido todo antes que nadie.

—¡Inspectores! —exclamó, inclinándose levemente sobre su bastón—. ¡Qué alegría verlos!

Lara esbozó una media sonrisa, Velasco se limitó a asentir.

—Venimos a hacerle unas preguntas —dijo Lara, sin rodeos.

La vieja frunció el ceño, pero su sonrisa se mantuvo.

—Pues claro, hija. Pero primero, felicidades. Qué alivio que por fin hayan dado con el asesino de la pequeña.

Lara no corrigió a la anciana. No dijo que ahora tenían dudas. No dijo que quizá se habían equivocado.

Solo la dejó disfrutar de su certeza por unos segundos más.

—Queremos hablarle de otra persona —dijo Lara con calma—. Del hijo mayor de Leire.

La sonrisa de la anciana se desvaneció de inmediato.

Su rostro cambió.

Lara no pasó por alto el sutil escalofrío que la recorrió cuando se frotó los brazos, como si de repente le hubiese entrado frío.

—¿Ocurre algo? —preguntó Lara, entrecerrando los ojos.

La mujer apartó la mirada, negando lentamente con la cabeza.

—Ese niño... Ese niño no está bien.

Velasco se inclinó un poco hacia adelante.

—¿Por qué lo dice?

La anciana suspiró y miró hacia la ventana. Se tomó su tiempo para responder.

—Lo de su padre lo marcó para siempre —susurró finalmente—. Fue horrible.

Lara y Velasco intercambiaron una mirada rápida.

—Según tenemos entendido —intervino Velasco—, el niño y su padre no se llevaban del todo bien.

La anciana bufó con una mezcla de ironía y resignación.

—El padre ya había amenazado varias veces con irse de casa. Y el muchacho no lo llevaba nada bien.

—¿Le tenía miedo?

La anciana negó.

—No. Lo que pasa es que, las apariencias engañan.

Lara apoyó los codos sobre sus rodillas.

—¿A qué se refiere?

—A que, aunque parezca increíble... ese niño quedó destrozado cuando su padre murió.

Lara se mantuvo impasible.

Velasco cruzó los brazos.

—Claro, es normal —dijo con voz neutra—. Era su padre.

—Sí, pero es que él estaba allí con él —dijo la anciana, con un tono bajo, casi en un susurro—. Y no consiguió abrirle la puerta.

Lara sintió un nudo en el estómago.

—¿Cómo dice?

La anciana asintió con lentitud.

—Ander intentó abrir la puerta para salvarlo. Se quemó las manos en el intento.

Velasco presionó los labios.

—Eso también lo hemos oído.

La anciana miró a ambos con una expresión que no terminaban de descifrar.

—¿Y les han dicho también lo que encontraron los bomberos?

Lara entrecerró los ojos.

—¿Qué encontraron?

La anciana resopló y negó con la cabeza.

—Que no había razón alguna para que esa puerta estuviera bloqueada.

Lara sintió un escalofrío en la espalda.

Velasco la miró. Sabían exactamente lo que eso significaba.

—¿Está diciendo que Ander pudo haber dejado morir a su padre? —preguntó Velasco con voz baja.

La anciana apretó los labios.

—No lo sé, hijo. Solo sé lo que contaron los bomberos.

Lara se puso de pie.

—Gracias por su tiempo.

La anciana la miró con fijeza.

—¿Van a detenerlo?

Lara no contestó.

Porque aún no sabían la respuesta.

Salieron de la casa sin hablar.

Velasco encendió un cigarro antes de subirse al coche.

—Joder, Lara.

Ella apoyó los brazos en el techo del vehículo y miró hacia el horizonte, pensativa.

—Si ese niño dejó morir a su padre...

Velasco asintió.

—Podría haber hecho lo mismo con Itziar.

Lara le quitó a Velasco el tabaco de la boca y tiró el cigarro al suelo, lo pisó con rabia y arrancó el coche.

—Vamos a ver a Gabriel.

No podían perder más tiempo.

Gabriel los recibió con el rostro más ensombrecido que hacía unos meses cuando dieron el caso por cerrado. Ya no era el mismo hombre al que interrogaron meses atrás.

Las ojeras más marcadas, la espalda un poco más encorvada. El desgaste era evidente.

Pero aun así, cuando los hizo pasar al salón, intentó ofrecerles la mejor versión de sí mismo. Esa que se esforzaba en mantener por el bien de los niños.

—¿Algo de beber?

—No, gracias —respondió Lara, sentándose en el sofá con la misma precisión con la que analizaba una escena del crimen.

Velasco prefirió quedarse de pie, apoyado en el marco de la puerta, observando con calma.

Gabriel se sentó en el sillón frente a ella y soltó un suspiro.

—Supongo que no habéis venido por una visita de cortesía.

Lara entrelazó los dedos.

—No exactamente.

Gabriel asintió con lentitud y apoyó un codo en el brazo del sillón.

—Os escucho.

Lara fue directa.

—Sabemos que te hiciste cargo de los niños cuando Leire ingresó en prisión.

Gabriel se pasó una mano por el cabello y miró a la ventana con expresión ausente.

—Sí. Era la única familia que les quedaba. Ningún niño debería cargar con la culpa de sus padres.

Lara y Velasco intercambiaron una mirada.

Fue rápido. Un segundo.

Pero Gabriel lo notó.

Su rostro cambió. Algo dentro de él se tensó.

—¿Qué pasa?

Lara mantuvo su tono neutro.

—¿Crees que el caso está cerrado?

Gabriel frunció el ceño.

—¿No lo está?

Lara sacó su móvil del bolsillo y deslizó la pantalla hasta abrir el mensaje que había recibido esa mañana. Se lo mostró sin decir nada.

Gabriel lo leyó en silencio.

Os habéis equivocado. Os ha engañado.

Su mandíbula se apretó.

Luego, resopló y le devolvió el móvil.

—Tiene que ser una broma —dijo, negando con la cabeza—.

Algún crío con ganas de llamar la atención. No le deis más vueltas.

Lara lo observó fijamente.

—Fuimos a ver a Leire.

Gabriel parpadeó.

—¿Y?

—No estaba sola cuando ocurrió todo.

El silencio que siguió fue una losa pesada.

Gabriel apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara con ambas manos.

No necesitaba más explicaciones.

El significado de esas palabras ya le había golpeado con toda su fuerza.

Velasco se pasó una mano por la nuca.

—¿Sabes qué significa eso, verdad?

Gabriel no contestó.

Porque sí, lo sabía.

Y lo peor era que, en el fondo, una parte de él parecía haberlo sospechado todo este tiempo.

Un ruido en la puerta hizo que los tres giraran la cabeza.

Gabriel se puso de pie.

Los niños acababan de llegar.

Ander y Asier entraron sin demasiado entusiasmo, con las mochilas colgando de los hombros y los rostros cansados.

—Hola —saludó Asier, sin mucho ánimo.

—Hola —repitió Ander, con una mirada que parecía buscar la suya.

Lara y Velasco se pusieron de pie.

—Nosotros ya nos íbamos —dijo Lara, sin dejar de observar al mayor de los hermanos.

Gabriel asintió con gesto automático y los acompañó hasta la puerta.

—Si necesitáis algo más...

Lara se giró antes de salir.

—Lo haremos saber.

Cruzaron la puerta y caminaron hasta el coche en silencio.

Cuando ya estaban dentro, Velasco encendió un cigarro y lo sostuvo entre los labios mientras revisaba su móvil.

—Aún no han llegado los informes.

Lara miró a través del parabrisas, con la mandíbula tensa.

—Esperemos. No hablaremos con Ander hasta que tengamos todas las pruebas.

Velasco asintió.

—De acuerdo.

Arrancaron el coche.

CAPÍTULO 22

El bar del hotel tenía un ambiente íntimo. Luces bajas, música suave, el sonido del cristal chocando contra el mármol de la barra.

Velasco levantó la copa de whisky y la giró entre los dedos, observando cómo el líquido ámbar capturaba los reflejos de la luz.

Frente a él, Lara hacía lo mismo con su gin-tonic, pero sin mirarlo directamente.

No necesitaba hacerlo. Ya sabía que él la estaba mirando.

Ella lo había invitado a tomar una copa antes de subir a descansar. Un gesto casual, sin ninguna implicación.

Pero ambos sabían que no había nada casual en eso.

Lara cruzó las piernas lentamente, dejando que el tacón de su bota resbalara contra el suelo con un leve sonido. Velasco notó el movimiento. No porque la estuviera observando (que lo hacía), sino porque su cuerpo parecía estar sintonizado con cada mínimo gesto de ella.

—Así que... —Velasco bebió un sorbo de whisky y se inclinó ligeramente sobre la mesa—. ¿Quién crees que envió el mensaje?

Lara deslizó un dedo por el borde de su copa y sonrió de lado.

—Podría ser cualquiera.

Velasco arqueó una ceja.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Porque no tengo una respuesta.

—Tú siempre tienes respuestas.

Lara lo miró por primera vez en varios minutos. Su expresión era inquietante, y en sus ojos había algo más.

Algo que Velasco reconoció de inmediato.

—Hay algo que no encaja —dijo ella, exhalando despacio—. Es como cuando tienes una imagen en la cabeza, pero las piezas no terminan de encajar del todo.

Velasco apoyó la copa en la mesa y sonrió de lado.

—¿Eso te frustra?

Lara tomó un sorbo de su gin-tonic y lo sostuvo entre los labios un segundo más de lo necesario. Velasco siguió la línea de su cuello mientras tragaba.

—Un poco —admitió ella finalmente.

Velasco deslizó la lengua por su propio labio, como si saboreara su respuesta.

—Te gusta tenerlo todo bajo control.

Lara sonrió, pero no era una sonrisa natural.

—No siempre.

Los ojos de Velasco brillaron con un destello oscuro.

Lara volvió a beber. El hielo tintineó contra el cristal.

La conversación seguía en terreno neutral.

Pero el ambiente entre ellos se volvía más tenso con cada palabra.

Más pesado.

Más cargado.

—Y tú —Lara inclinó la cabeza apenas un centímetro—, ¿cómo llevas lo de no tener el control?

Velasco apoyó un codo en la mesa, más cerca de ella.

—Depende de la situación.

—¿Y esta situación?

Velasco dejó que la pregunta se quedase sin responder. Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Porque, a veces, el silencio decía más que cualquier respuesta.

Lara entrecerró los ojos y sonrió de nuevo.

Y luego, sin dudarlo, sin suavizarlo, sin pensarlo demasiado, dijo:

—Una última copa en mi habitación.

Velasco la miró fijamente.

Un segundo.

Dos.

Y luego, sin apartar la vista de ella, acabó su whisky de un trago.

—Vamos.

Cuando atravesaron la puerta, Velasco la sujetó por la cintura y la levantó con facilidad, hundiéndola contra su cuerpo.

Lara lo rodeó con las piernas sin dudarlo, aferrándose a sus hombros con las manos, sintiendo la dureza de sus músculos bajo las yemas de sus dedos.

—Dime que quieres esto —murmuró Velasco contra su piel, besándole la mandíbula, bajando por su cuello.

Lara arqueó el cuello y soltó un jadeo entrecortado cuando él mordió justo donde la piel era más sensible.

—Si no lo quisiera, ya te habría tumbado en el suelo —susurró ella con voz ronca.

Lo besó.

Fue un choque de labios, una invasión total de su espacio.

Velasco no dudó ni un segundo. La sujetó por la cintura, atrayéndola hacia él con una fuerza contenida, con el deseo tenso de alguien que ha esperado demasiado tiempo para esto.

Ella gimió contra su boca, deslizándose las manos por su nuca, enredando los dedos en su cabello.

Él le mordió el labio inferior, succionando con la misma calma con la que le había visto beber minutos atrás.

Lara se estremeció.

—Ven aquí —gruñó él, arrastrándola sobre su regazo.

Ella dejó escapar una risa oscura, un sonido bajo, cargado de algo retorcidamente sensual.

—Mándame menos y tócame más.

Velasco la obedeció. Le recorrió la espalda con ambas manos, apretando sus curvas bajo la blusa, deslizándose hasta la parte baja de su espalda, atrapándola.

Ella rodó las caderas sobre su erección y él maldijo entre dientes.

—Eres peligrosa —susurró, bajándole el tirante del sujetador con los dientes, besándole el hombro desnudo.

Lara sonrió con arrogancia.

—¿Y eso te asusta?

Velasco le arrancó la blusa sin previo aviso.

La tela cayó al suelo.

—No —dijo, deslizándose los labios por su clavícula, bajando por su cuello—. Me pone.

Lara gimió, clavándole las uñas en la espalda.

Él la levantó en brazos sin esfuerzo y la llevó hasta la cama. La dejó caer sobre las sábanas, admirando el contraste de su piel pálida contra la tela oscura.

—Te quedas con demasiada ropa —murmuró ella, desabrochándole la camisa con un movimiento ágil.

Velasco dejó que lo desnudara.

Lara recorrió su torso con las uñas, despacio, disfrutando de la piel firme, de la forma en que su respiración se aceleraba bajo su tacto.

Él la atrapó por las muñecas y la sujetó sobre su cabeza.

—Sabes que me encanta cuando juegas a ser la que manda —susurró en su oído—. Pero esta vez, mandas menos.

Lara entreabrió los labios, lista para responder con algún comentario afilado.

Pero Velasco se deslizó entre sus piernas y mordió la piel interna de su muslo.

Ella se arqueó contra las sábanas, jadeando.

—Hijo de puta...

Velasco sonrió contra su piel.

—Lo sé.

Le deslizó la ropa interior con lentitud, disfrutando de cada centímetro de piel expuesta. Y cuando finalmente se hundió entre sus piernas, Lara dejó de hablar.

Solo jadeó su nombre.

Una vez.

Y otra.

Y otra más.

Hasta que pensar fue imposible.

Hasta que lo único que importó fue la forma en que él la desarmaba, con la boca, con las manos, con la lengua. Hasta que no quedó nada de la inspectora implacable y calculadora.

Solo Lara.
Solo Velasco.

El sonido del móvil rompió el silencio de la habitación.

Lara se removió entre las sábanas, con el ceño fruncido antes de abrir los ojos. Apenas había dormido unas horas.

Los recuerdos de la noche aún estaban frescos en su piel, en sus labios, en la manera en que su cuerpo aún ardía.

Sintió un movimiento a su lado y supo que Velasco también había escuchado el teléfono.

Se giró hacia la mesilla y miró la pantalla. Gabriel Arregui.

El nudo en su estómago apareció antes de responder.

—Dime.

Al otro lado, la voz de Gabriel sonaba extraña. Tensa, agotada.

—Lara. Algo no está bien.

Ella se sentó de inmediato en la cama, ignorando la sábana que se deslizó por su cuerpo. Velasco se incorporó a su lado, alerta.

—¿Qué pasa?

—Es Ander. Y Asier. Algo está pasando entre ellos.

Lara intercambió una mirada rápida con Velasco antes de presionar el móvil contra su oído.

—Explícate.

Gabriel suspiró. Parecía estar buscando las palabras correctas.

—No sé cómo describirlo, pero, Asier está aterrorizado.

Lara sintió que la sangre le corría más rápido.

—¿Aterrado de qué?

—De su hermano.

De nuevo ese silencio incómodo.

Lara sintió cómo Velasco tensaba la mandíbula.

Gabriel continuó, más bajo esta vez, como si no quisiera que lo escucharan en su propia casa.

—Esta mañana intenté hablar con Asier. Preguntarle cómo estaba. Pero no me miraba a los ojos. Apenas me respondía. Y cuando le pregunté si todo estaba bien, se quedó en silencio y apretó los labios como si tuviera miedo de decir algo.

Lara cerró los ojos un segundo.

—¿Y Ander?

—Observando. Siempre observando.

Gabriel suspiró de nuevo.

—He vivido con esos niños años. Nunca vi nada raro en ellos. Pero ahora, ahora siento que me estoy perdiendo algo.

Lara se levantó de la cama sin dudarlo.

—Vamos para allá.

Gabriel no respondió de inmediato.

Pero cuando lo hizo, su voz sonaba más baja.

—Lara. Tengo miedo de estar conviviendo con un monstruo.

Ella tragó saliva.

—Ya lo veremos.

Colgó.

Velasco ya estaba poniéndose la camisa.

—Ander le está haciendo algo al crío.

Lara se metió en los pantalones y ató su cabello en un moño alto, recogiendo su arma y la placa.

—Quizá Asier sabe demasiado.

Velasco la miró.

—¿Y si intentamos hablar con el pequeño?

Lara se abrochó el cinturón con un movimiento rápido.

—Lo haremos. Pero primero, tenemos que ver cómo reaccionan juntos. Y llama de nuevo para que te den ese maldito informe que estamos esperando.

Velasco asintió y se colocó la chaqueta.

—Entonces, ¿vamos a cazar al lobo en su madriguera?

—No me gusta nada que hables así, pero bien, vayamos a ver al lobo.

CAPÍTULO 23

Mientras Velasco revisaba su móvil en busca de los informes del incendio, Lara mantenía la vista en la carretera.

Nada aún.

—Si Asier está aterrorizado, es por algo —murmuró Velasco, sin apartar la vista de la pantalla—. Los niños no fingen ese tipo de miedo.

Lara no respondió. Sabía que tenía razón.

Aceleró un poco más. No querían perder tiempo.

Cuando Gabriel les abrió la puerta, su rostro decía más que cualquier palabra.

—Están en el jardín —dijo, apartándose para dejarlos pasar—. No sé qué vais a hacer, pero, por favor sed cuidadosos.

Lara le lanzó una mirada rápida.

—¿Por qué lo dices?

Gabriel tardó un segundo en responder.

—Porque no quiero perder a ninguno de los dos. Son lo único que me queda.

Lara y Velasco cruzaron la casa en silencio hasta el patio trasero.

Ahí estaban.

Asier y Ander, sentados en la hierba.

El mayor jugaba con una pequeña navaja multiusos, abriendo y cerrando la hoja con movimientos mecánicos. Relajado.

Asier, en cambio, tenía los hombros encogidos, y la vista en el suelo.

Cuando Lara y Velasco cruzaron la puerta del jardín, los dos levantaron la cabeza al mismo tiempo.

Ander los miró fijamente.

Asier bajó la vista de inmediato.

Lara se detuvo junto a Velasco y deslizó las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Hola, chicos.

Asier murmuró un saludo apenas audible.

Ander, en cambio, inclinó la cabeza con una sonrisa suave.

—¿Otra vez por aquí?

Velasco arqueó una ceja.

—¿Te molesta?

Ander se encogió de hombros.

—No. Me parece curioso. Mamá ya está en la cárcel. ¿O no?

Lara sostuvo su mirada.

—Queremos hablar con tu hermano un momento —dijo ella con calma.

Ander la miró en silencio.

—¿Para qué?

Lara no cambió de expresión.

—Para conocerlo mejor.

Ander giró la cabeza lentamente hacia Asier. El niño ni siquiera se movió.

Pero Lara notó cómo se tensaron sus dedos sobre la hierba.

Velasco también lo vio.

—Solo será un momento —añadió él, con una sonrisa tranquila—. ¿Te importa?

Ander cerró la navaja con un chasquido.

—En absoluto.

Se puso de pie, sacudiéndose la hierba de los pantalones.

Pero antes de irse, se inclinó un poco hacia su hermano porque Ander le había estirado del pantalón sutilmente.

—No digas nada que no debas —susurró con suavidad.

Asier se quedó inmóvil.

Lara sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, porque le pareció haberlo escuchado.

Ander se alejó con calma. Demasiada calma.

Se apartaron unos cuantos metros de donde estaba con su hermano, y Asier y Lara se sentaron sobre unas maderas que había

en el jardín.

Velasco se agachó y apoyó un codo en la rodilla, miró a Asier con una sonrisa leve, como quien se inclina para hablar con un niño asustado.

—¿Cómo estás, campeón?

Asier no respondió.

Velasco se apoyó en la madera con las manos y suspiró.

—Sabes quiénes somos, ¿verdad?

El niño asintió.

Lara se acercó un poco más a su lado.

—Sabemos que algo te preocupa, Asier. Queremos ayudarte.

Asier bajó la vista.

—No pasa nada.

Lara miró su postura, su respiración, la manera en que sus dedos se hundían en la tela del pantalón con nerviosismo.

—¿Tienes miedo de Ander?

El niño alzó la cabeza de golpe.

Sus ojos se abrieron de par en par.

Pero no dijo nada.

Y en ese silencio, Lara obtuvo su respuesta.

Velasco le dio un suave apretón en el hombro.

—Asier, no vamos a obligarte a hablar. Pero si alguna vez quieres contarnos algo, lo que sea... puedes hacerlo.

El niño tragó saliva.

Su labio inferior tembló un poco.

Pero antes de que pudiera decir algo, la voz de Ander se escuchó desde la puerta trasera.

—¿Ya habéis terminado?

Lara no apartó la vista de Asier.

—Sí.

El niño parpadeó rápidamente.

Había estado a punto de hablar.

Pero ahora ya no lo haría.

Velasco suspiró y se puso de pie.

—Gracias por tu tiempo, campeón.

Asier asintió lentamente. Pero no sonrió.

Ander sonrió por él.

—Espero que os haya sido útil la charla.

Lara lo miró fijamente.

—Mucho.

Velasco dio una última mirada al menor de los hermanos antes de encaminarse a la puerta.

Lara lo siguió.

Gabriel los esperaba en el salón.

—¿Y bien?

Lara se detuvo en seco.

—Tu hijo pequeño tiene terror de su hermano.

Gabriel cerró los ojos un segundo.

Velasco se pasó una mano por la nuca.

—Ese crío sabe algo. Y tarde o temprano, lo va a soltar. Deberías estar atento.

Lara respiró hondo.

Velas y Lara se dirigieron a la puerta para salir dejando a Gabriel atrás.

—Sabe demasiado, Lara.

—Y me temo que a su hermano no le gusta —le respondió ella.

CAPÍTULO 24

Lara y Velasco se marcharon de la casa de Gabriel con el peso de la duda en sus cuerpos. No había forma de ignorarlo.

Asier estaba aterrorizado.

Ander sabía que lo estaban observando.

Y lo peor de todo era que el niño pequeño sabía algo que aún no se atrevía a decir.

Pero lo haría. Tarde o temprano, lo haría.

—No podemos dejarlo así —dijo Velasco, con la vista fijada en la carretera mientras Lara conducía de vuelta al hotel.

Ella no contestó de inmediato. Sacó un cigarro del paquete, lo encendió y exhaló el humo con calma.

—No. No podemos.

Velasco la miró de reojo.

—¿Entonces?

Lara no sonrió, pero su expresión se volvió un poco más afilada.

—Vamos a volver.

Velasco asintió.

Sabía lo que significaba.

Volverían... pero esta vez, sin que Ander lo supiera. Esa misma noche.

El sonido del motor se apagó suavemente a unos metros de distancia de la casa de Gabriel.

Lara y Velasco se quedaron en el coche unos segundos, en completo silencio.

Todas las luces de la casa estaban apagadas, salvo una.

Uno de los dormitorios de los niños.

Lara miró el reloj.

Las 23:47.

—Es ahora o nunca —murmuró Velasco.

Lara asintió y se bajó del coche.

Se movieron con cuidado hasta el lateral de la casa.

No querían despertar a Gabriel. No querían alertar a Ander.

Velasco fue el primero en ver la silueta en la ventana.

Estaba claro que era él, era Asier.

Sentado en la cama, con las rodillas recogidas contra el pecho.

El niño no dormía.

—Mierda... —susurró Velasco—. Ese crío no cierra los ojos en toda la noche.

Lara frunció el ceño y sacó su móvil.

Escribió un mensaje rápido.

Baja al jardín. Ahora.

Se quedaron quietos, esperando.

Un minuto.

Dos.

Tres.

Velasco suspiró.

—No va a venir.

Pero entonces, la ventana se abrió en silencio.

Una silueta pequeña se deslizó hasta el tejadillo del primer piso y bajó por el canalón con más destreza de la que deberían tener unos dedos tan pequeños.

Lara y Velasco se miraron.

Asier cayó al suelo en un movimiento ágil y corrió hacia ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —susurró, con la voz temblorosa.

Lara se inclinó hasta quedar a su altura.

—Queríamos verte.

—No podéis estar aquí... —Asier miró alrededor, como si esperara que alguien saliera de la oscuridad de repente.

Velasco habló con voz baja, serena.

—¿Por qué, Asier?

El niño cerró la boca.

Terror. Lara lo vio en sus ojos.

Asier estaba muerto de miedo.

Velasco se agachó, apoyó un codo en la rodilla y habló con su tono más suave.

—¿Tu hermano te ha hecho algo?

El labio inferior de Asier tembló.

Lara sintió un nudo en el estómago de nuevo.

El niño miró hacia la casa.

Hacia la ventana cerrada del dormitorio.

—No podéis estar aquí —repitió, con la voz más baja.

Velasco apoyó una mano en su hombro.

—Asier, podemos ayudarte. Pero tienes que decirnos la verdad.

El niño apretó los puños.

Luchaba contra algo dentro de sí mismo.

Algo que lo estaba desgarrando.

—No puedo...

Lara intercambió una mirada con Velasco.

—¿No puedes qué?

Asier apretó los dientes y las lágrimas se acumularon en sus ojos.

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

El niño respiró rápido.

—Porque si lo hago, yo también voy a morir.

Después de aquello se hizo el silencio.

Lara sintió un escalofrío en la columna.

Velasco se quedó sin palabras.

Asier retrocedió un paso.

—Marchaos, por favor. Y no volváis más.

—Asier... —intentó Lara.

Pero el niño corrió hacia la casa, trepó por la tubería y volvió a meterse por la ventana en absoluto silencio.

Antes de cerrar, miró hacia ellos una última vez.

Su expresión era de derrota absoluta.

Después, desapareció.

Lara sintió el sabor del cigarro en su boca y lo escupió con rabia.

Velasco se pasó una mano por el rostro.

—Dios santo, Lara...

Ella miró la ventana cerrada.

—Tenemos que sacarlo de ahí.

Velasco asintió.

—Pero antes, tenemos que saber qué vio.

Se giraron y volvieron al coche, sabiendo que aquella noche no dormirían.

Porque ahora ya no había duda.

Asier sabía la verdad.

Y si no hablaba pronto... Podría ser demasiado tarde para él.

CAPÍTULO 25

El hotel estaba en completo silencio cuando Lara abrió los ojos. El sol ya entraba por la ventana a través de las cortinas mal cerradas, dejando un resplandor difuso sobre la habitación. Velasco aún dormía a su lado, con el torso descubierto y la respiración pausada.

Lara no había pegado ojo en toda la noche.

Cuando llegaron al hotel, los dos dieron por hecho que iban a dormir en la misma habitación. La noche había caído sobre Suances, y el caso que los había unido parecía más cerca de su resolución que nunca. Habían conseguido hacer que el juez los escuchase, y ahora trabajaban sobre un caso reabierto.

Sin embargo, el cansancio los había alcanzado, no solo en cuerpo, sino en alma. Los días de trabajo incesante, las noches sin dormir, la presión, todo se había acumulado. Y cuando Lara y Velasco se encontraron frente a frente, algo más allá de la tensión del caso comenzó a fluir entre ellos.

Lara, cansada y despeinada, se acercó a Velasco sin decir una palabra, pero sus ojos hablaban de todo lo que no se había dicho. El espacio entre ellos se redujo rápidamente, como si una fuerza invisible los atrajera. Velasco no dijo nada, pero su mirada se encontró con la de Lara, entendiendo exactamente lo que ambos necesitaban.

El calor entre ellos se fue intensificando. Las ropas cayeron con rapidez. Sus cuerpos se encontraron con una familiaridad que era conocida. No importaba cuánto agotados estuvieran; la necesidad de conectarse, de olvidar por un momento el caos que los rodeaba, los llevó a algo que solo el cuerpo podía entender.

Cuando finalmente se desplomaron sobre la cama, exhaustos, no hicieron falta palabras. Lara, con la cabeza apoyada sobre el

pecho de Velasco, cerró los ojos, sintiendo la calma que les había eludido durante tanto tiempo.

Y ahora al despertarse, se quedó mirando el techo, cogió un cigarro de su mesita estirando el brazo, y sin encenderlo lo sostuvo entre los dedos. No dejaba de pensar en la mirada de Asier. Y en las palabras que había pronunciado: *Si lo digo, yo también voy a morir.*

Sus palabras le retumbaban en la cabeza como un eco maldito.

Velasco se removió y abrió los ojos lentamente.

—¿Qué hora es?

Lara miró el reloj.

—Las siete.

Él resopló, pasándose una mano por la cara.

—Dime que hemos dormido algo.

Lara sonrió de lado y se inclinó sobre él, presionando su boca contra la suya en un beso fugaz.

—Dúchate. Tenemos trabajo.

Velasco se quedó mirándola con una ceja arqueada, pero no discutió.

Sabía que ese beso había sido un punto y aparte.

Por ahora, el caso era lo único que importaba.

Gabriel los vio llegar a su almacén en el puerto y supo de inmediato que no traían buenas noticias.

Los recibió con el ceño fruncido, limpiándose las manos en un trapo.

—¿Otra vez por aquí?

Lara y Velasco intercambiaron una mirada rápida antes de hablar.

—Necesitamos hablar contigo. Es importante.

Gabriel suspiró y los hizo pasar a su pequeña oficina.

—Decidme.

Lara cerró la puerta tras ellos y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Anoche volvimos a ver a Asier.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En tu casa. Lo hicimos bajar al jardín sin que Ander se enterara.

Gabriel entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

Lara tragó saliva.

—Porque está aterrorizado.

Se quedó quieto. No reaccionó de inmediato. Simplemente se quedó en silencio.

Velasco fue quien terminó la frase.

—Asier nos dijo que si hablaba... iba a morir.

Los ojos de Gabriel se abrieron con incredulidad.

—¿Eso os dijo?

Lara asintió lentamente.

—Gabriel, algo está pasando dentro de tu casa. Y ahora sabemos con certeza que Asier está en peligro.

Gabriel se llevó una mano a la boca y caminó en círculos por la pequeña oficina.

—Dios...

Lara lo observó. El hombre estaba nervioso. Pero no por lo que decían... sino porque, en el fondo, parecía haberlo sospechado.

Velasco apoyó una mano en su hombro.

—No podemos hacer nada todavía. No tenemos pruebas firmes.

—¿Pero me estáis diciendo que creéis que Ander mató a Itziar?

Lara se mantuvo en silencio.

No podían responder a eso sin pruebas.

Pero su silencio lo dijo todo.

Gabriel se pasó ambas manos por la cara.

—Joder... joder...

Lara dio un paso al frente.

—Necesitamos que actúes con normalidad. Que no le hagas ver a Ander que sabemos algo. No puede sospechar que tenemos la vista fijada en él.

Gabriel bajó las manos y la miró.

—¿Y mientras qué? ¿Os quedáis de brazos cruzados?

Velasco negó.

—Vamos a seguir investigando. Pero tú eres nuestros ojos dentro de esa casa. No dejes solo a Asier.

Gabriel cerró los ojos con fuerza.

Cuando los abrió, parecía un hombre derrotado.

—Está bien.

Lara asintió y se dirigió a la puerta.

Antes de salir, le lanzó una última advertencia.

—Si ves algo fuera de lugar... llámanos de inmediato.

Gabriel no respondió.

Pero sabían que lo haría.

CAPÍTULO 26

La cabaña donde encontraron a Rocío seguía oliendo a humedad y a madera podrida.

Velasco abrió la puerta con un empujón y se llevó una mano a la nariz.

—Joder, cómo apesta esto.

Lara no dijo nada. Caminó lentamente por el suelo cubierto de polvo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, observando cada rincón como si hubiera algo que se les hubiera pasado por alto.

Y entonces, sonó su móvil.

Lo sacó del bolsillo y lo desbloqueó.

Era un correo.

Los informes del incendio.

Velasco se acercó por detrás y miró la pantalla por encima de su hombro.

—A ver qué tenemos aquí...

Lara abrió los archivos y comenzó a deslizar entre las fotografías.

Las imágenes mostraban los restos carbonizados del sótano de la casa de Leire. Madera quemada, cenizas, la caldera destrozada.

Pero entonces, Velasco señaló algo en una de las fotos.

—Ahí.

Lara amplió la imagen.

Y lo vieron.

Frente a la puerta del sótano, tirada en el suelo entre los restos calcinados, había una barra de hierro.

Lara sintió cómo el aire se le atascaba en los pulmones.

Velasco chasqueó la lengua.

—Si quisiera bloquear una puerta para que nadie pudiera salir... usaría algo como eso.

Lara lo miró a los ojos.

No necesitaban decirlo en voz alta.

Ander mató a su padre.

Lara miró el reloj.

Las clases estaban a punto de terminar.

Sus ojos se encontraron con los de Velasco.

Ambos pensaron lo mismo al mismo tiempo.

Asier.

Velasco ya corría hacia la puerta.

—¡Vamos!

Lara guardó el móvil y salió tras él.

El coche arrancó con un rugido de motor y giró bruscamente hacia la carretera.

El tráfico apenas existía en ese momento del día, pero Lara no quitó el pie del acelerador.

Velasco miró el reloj.

—Han debido salir hace diez minutos.

Lara apretó los dientes.

No llegarían a tiempo.

Sacó su móvil y marcó el número de Gabriel.

Uno.

Dos.

Tres tonos.

Nada.

Colgó y volvió a intentarlo.

Nada.

Velasco golpeó el tablero con la palma de la mano.

—¡Mierda!

Lara no quitó la vista de la carretera.

—Si Ander mató a su padre... ¿por qué no iba a hacerlo con su hermano?

Velasco no tenía una respuesta.

Porque no la había.

Porque, en el fondo, sabían que la historia se estaba repitiendo.

Y si no llegaban a tiempo...

Asier iba a ser el siguiente.

El móvil sonó en mitad del camino, y Lara contestó al primer tono.

—Gabriel, ¿qué pasa?

Su voz era puro pánico.

—¡Asier me ha llamado! Estaba pidiendo ayuda.

CAPÍTULO 27

Lara sintió que su estómago se hundía.

Velasco la miró de reojo y vio como Lara pisaba aún más el acelerador.

—¿Qué más dijo?

—No lo sé, estaba susurrando. Parecía escondido.

Lara cerró los ojos un segundo.

—¿Dónde?

—No lo sé. Algo pasó antes de que pudiera decirlo.

El coche derrapó un poco al tomar la curva demasiado rápido.

—¿Qué escuchaste exactamente? —intervino Velasco.

Gabriel respiró agitado.

—Solo dijo: ayúdame. Lo repetía una y otra vez.

—¿Y luego?

Gabriel se quedó en silencio un instante.

Luego, su voz bajó un tono.

—Un grito.

Lara sintió un escalofrío en la espalda.

—¿De quién?

—No lo sé. La llamada se cortó. Intenté devolverle la llamada, pero el móvil está apagado.

Lara apretó el volante con más fuerza.

Velasco intentó mantener su voz firme.

—Gabriel, escúchame. Vuelve a casa. Conduce con calma.

—¡Pero no sé qué ha pasado! ¡No sé dónde está Asier!

—Y no servirá de nada que tengas un accidente de camino.

Necesitamos que estés en una pieza.

El silencio al otro lado duró varios segundos.

Finalmente, Gabriel exhaló con fuerza.

—Está bien. Os veo en casa.

Lara colgó el manos libres del coche y continuó conduciendo a máxima velocidad.

—Si Asier estaba escondido, eso significa que sabía que Ander iba a por él.

Lara asintió.

—No sabemos si sigue vivo.

Velasco la miró por un instante.

—Pues démonos prisa antes de averiguarlo de la peor forma.

Cuando llegaron a la casa, la puerta principal estaba entreabierta.

Lara sacó su arma y Velasco hizo lo mismo.

—Aquí ha pasado algo gordo —murmuró él.

Lara empujó la puerta con el cañón de la pistola.

Lo que vieron dentro los dejó helados.

Sangre.

En las paredes.

En el suelo.

No era un charco. No era una escena de crimen perfectamente delimitada. Era sangre salpicada. Como si alguien hubiera chocado contra las paredes en su intento por huir.

Velasco se quedó observando el desastre.

—Aquí hubo una pelea.

Lara avanzó con cautela, siguiendo las huellas en el suelo.

Huellas pequeñas.

De niño.

—Alguien está herido —dijo con voz baja.

Velasco se inclinó y examinó las marcas en el suelo.

—No pueden haber ido muy lejos. Son niños.

Lara iba a responder cuando Gabriel irrumpió en la casa como un huracán.

—¿Dónde está Asier?!

Velasco lo atrapó por el brazo antes de que pudiera correr escaleras arriba.

—¡Gabriel, cálmate!

—¡Hay sangre en la pared! ¡¿Dónde está Asier?!

Lara giró sobre sus talones y se acercó a él con la mirada afilada.

—Creemos que han huido.

Gabriel se quedó paralizado.

—¿Han huido?

Velasco señaló las pisadas en el suelo.

—Mira esto. Son huellas recientes. Y no pueden haber ido muy lejos.

Gabriel negó con la cabeza.

—Sí pueden.

Lara entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

Gabriel tragó saliva.

Y cuando habló, lo hizo con un tono cargado de culpa.

—Porque Ander sabe conducir.

Lara y Velasco se quedaron en blanco.

—¿Qué? —soltó Velasco.

Gabriel apretó los puños.

—El verano pasado me pidió que le enseñara. Dije que no, pero insistió tanto que al final accedí.

Lara sintió un nudo en la garganta.

—¿Y lo logró?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Sabe lo suficiente para manejar un coche.

Velasco miró a Lara con el ceño fruncido.

—¿Dónde está el coche de su madre?

Lara miró por la ventana.

El coche que normalmente estaba estacionado en la puerta había desaparecido.

Lara sintió cómo su pulso se aceleraba.

Velasco maldijo en voz baja.

—El hijo de puta se ha largado con él.

Gabriel apoyó ambas manos en la mesa, intentando no desplomarse.

—Joder... joder...

Lara sacó su móvil de inmediato.

—Voy a alertar a todas las patrullas. Tenemos que encontrar ese coche.

Velasco sacó las llaves del coche y miró a Gabriel.

—Tienes idea de dónde pudo haber ido. Piensa rápido.

Gabriel cerró los ojos un momento.

Respiró hondo.

Y cuando los abrió, sus pupilas estaban llenas de pánico.

—Creo que sé dónde puede estar.

Lara ya se estaba subiendo al coche.

—Dilo.

Gabriel tragó saliva.

—En el bosque.

Velasco arrancó el coche con un rugido de motor.

Lara activó la sirena en el tablero.

Y salieron disparados hacia lo que podía ser el peor desenlace de todos.

El coche voló por la carretera. Lara no soltó el pie del acelerador en ningún momento.

Velasco tenía el móvil en la mano, listo para avisar a las patrullas, pero aún no lo había hecho.

Sabían que cada segundo contaba.

Que si llamaban demasiado pronto y Ander se daba cuenta de que iban tras él, podía hacer algo desesperado.

Gabriel iba en el asiento trasero, con las manos crispadas sobre las rodillas.

—¿Estás seguro de que vendría aquí? —preguntó Velasco.

Gabriel asintió sin dudar.

—Cuando era más pequeño, venía a este sitio a jugar. Siempre decía que el arroyo era su escondite secreto.

Lara frunció el ceño y giró bruscamente en la curva que llevaba al bosque.

—Si es aquí donde se esconde, lo encontraremos.

Cuando llegaron al camino de tierra que llevaba al bosque, el coche apareció frente a ellos.

El mismo coche que solía estar aparcado en la puerta de la casa, el de Leire.

Pero no había nadie dentro.

Lara y Velasco saltaron del coche con las armas desenfundadas.

Gabriel se quedó inmóvil al ver la mancha oscura en el suelo, justo al lado del coche de Leire.

Sangre.

Más sangre.

Lara se inclinó y tocó el charco con los dedos.

Aún estaba fresca.

Velasco levantó la vista y escudriñó el bosque.

Todo estaba en un silencio sepulcral.

Demasiado silencio.

Gabriel se llevó las manos al cabello, con la respiración agitada.

—Dios... no...

Lara apretó los dientes y miró a Velasco.

—Sigamos las huellas.

Velasco asintió y ambos avanzaron, con Gabriel siguiéndolos de cerca.

El bosque se tragaba el sonido de sus pasos.

Lara escuchaba su propia respiración acelerada.

Velasco caminaba con el arma en alto, atento a cada sombra, cada movimiento entre los árboles.

Pero no había nada.

Solo el susurro del viento rozando contra las ramas.

Solo la tensión de aquel momento tan crucial.

Y entonces, lo oyeron.

Un grito.

El sonido desgarró el interior de cada uno de ellos.

Velasco y Lara se quedaron helados.

Gabriel abrió los ojos de par en par.

—¡ASIER!

Lara salió corriendo.

Velasco fue tras ella.

Gabriel iba justo detrás, con el pecho a punto de estallar.

Otro grito volvió a romper el silencio.

Más desesperado.

Más urgente.

Más cercano.

Y entonces, vieron algo entre los árboles.

Una silueta.

Pequeña.

Moviéndose con desesperación.

Lara levantó el arma.

Velasco hizo lo mismo.

Gabriel se quedó sin aliento. Porque sabía exactamente quién era.

Asier. Cubierto de sangre. Tenía sangre en la cara, en las manos, en la pierna. Quizá le había herido poco.

Y detrás de él...

Ander.

Con un cuchillo en la mano.

Lara y Velasco no parpadearon.

Gabriel se quedó inmóvil.

Asier temblaba, con la cara bañada en lágrimas y sangre.

Pero lo peor no era él.

Lo peor era Ander.

De pie.

Mirándolos.

Sujeto a la realidad por un hilo invisible, balanceándose entre la infancia y la monstruosidad.

El cuchillo en su mano temblaba.

No porque tuviera miedo.

Sino porque parecía no saber qué hacer a continuación.

Lara apuntó su arma directamente a su pecho.

—Ander, suelta el cuchillo. Hazme caso y no te pasará nada.

Velasco no bajó su pistola ni un milímetro.

—Ahora.

El niño parpadeó lentamente.

Y entonces, empezó a reír.

Fue una risa breve.

Sorda.

Una risa rota.

Y luego, de repente, comenzó a balbucear.

—No quería que la familia se separase... —su voz se quebró en un murmullo—. Ya había visto a papá hacerlo antes. Amenazarnos cuando éramos una familia.

Lara entrecerró los ojos.

Velasco no apartaba la mirada de su mano.

Gabriel frunció el ceño, con el rostro bañado en sudor.

—¿Qué estás diciendo?

Ander tragó saliva, y por un instante dejó de mirar a todos.

Hablaba solo para sí mismo.

—Papá le dijo a mamá que todo se iba a acabar.

Lara vio cómo sus manos temblaban más.

—Nos iba a dejar en la calle. Aquel malnacido que solo hacía que emborracharse y tratarla mal se atrevió a amenazarnos.

Gabriel se llevó una mano a la boca.

Velasco cambió ligeramente su postura.

—¿De qué hablas, Ander?

El niño cerró los ojos con fuerza.

Y cuando los abrió, su mirada estaba en otro lugar.

En otro momento.

—Rocío no tenía que estar allí aquel día.

Todos se callaron al escuchar el nombre de Rocío.

El bosque se volvió más denso.

—Ella no podía venir a nuestra casa. Lo tenía que haber sabido.

Lara no parpadeó.

—¿Por qué?

Ander rio de nuevo.

Pero fue un sonido triste. Vacío.

—Nuestra casa era nuestro refugio. Nuestro y solo nuestro. Nadie tenía derecho a pisarlo y derruirlo.

Velasco apretó la mano que sujetaba la pistola con la otra, sin disparar.

Gabriel dio un paso adelante.

—Ander...

El niño se encogió de hombros.

—Si mamá la veía, se iba a volver loca. Tú lo sabes —Ander miró a Gabriel.

Lara sintió que su propia respiración se volvió más lenta.

Ander sonrió por primera vez.

—Entonces, cuando la vi... solo pude hacer una cosa.

Velasco tragó saliva.

—¿Qué hiciste, Ander?

El niño lo miró.

Pero en realidad no lo veía.

—Le pegué.

Silencio de nuevo.

—Le pegué bien fuerte en la cabeza para acabar con ella.

Gabriel se tambaleó.

—Dios...

Lara seguía apuntándolo.

—¿Tu intención era matarla?

Ander parpadeó.

—Iba a enterrarla. Así nunca más nos molestaría.

Su sonrisa se borró tan rápido como había aparecido.

—Mamá y Gabriel seguirían juntos.

Gabriel se quedó sin aire.

Lara sintió que Velasco tensaba la mandíbula.

—Pero no pensé en Itziar —susurró Ander.

Su respiración se volvió más rápida.

Más errática.

Más inestable.

—No la había visto en el asiento detrás del coche cuando golpeé a su madre.

El cuchillo en su mano se deslizó un poco.

—Entonces ella se puso a gritar.

Su pecho subía y bajaba con fuerza.

—Le pedí que se callara, pero no me escuchaba. —Se llevó la mano libre a la cabeza, con los ojos vidriosos.

—Juro que le pedí que se callase.
Lara sintió la náusea en la garganta.
Gabriel cayó al suelo.
Derrotado.
Velasco tragó saliva.
—¿Y qué hiciste, Ander?
El niño parpadeó lentamente.
—La hice callar.

CAPÍTULO 28

El cuchillo siguió presionando la piel de Asier.

Velasco dio un paso adelante.

—Suelta el arma, Ander.

Pero el niño no lo hizo.

Ni siquiera pareció escuchar.

Sus ojos estaban en otro lugar.

En otro momento.

—En ese instante mi madre vino corriendo —continuó, con una calma escalofriante—. Yo no lo entendí.

Lara tragó saliva.

—¿Qué no entendiste?

Ander ladeó la cabeza, con la sombra de una sonrisa casi divertida.

—¿Por qué corría al escuchar a Itziar? Si ella no la quería.

El aire en el bosque pareció congelarse después de escuchar decir aquello.

—Siempre estaba deseando que se fuese con su madre —siguió—. Siempre ponía esa cara de alivio cuando ella salía por la puerta.

El cuchillo en su mano brilló con el reflejo del sol.

—Y fue cuando lo pensé —susurró, con los ojos clavados en Lara—. Madre e hija juntas. Para siempre.

Gabriel soltó un sonido ahogado.

Velasco apretó más el arma.

Lara se mantuvo firme.

Pero dentro de ella, todo se revolvió.

Ander los miró como si acabara de contar un chiste.

—¿No os gusta la idea?

Nadie contestó.

Pero el horror en sus rostros era evidente.

Lara forzó a su voz a mantenerse estable.

—Ander, tienes que soltar a tu hermano.

El niño negó con la cabeza.

Y apretó más el cuchillo contra la piel de Asier.

El pequeño cerró los ojos con fuerza.

—No. Va a escuchar lo que tengo que decir.

Velasco dio un paso más.

—¿Y qué tienes que decir, Ander?

El niño se encogió de hombros.

—Lo que pasó después.

Lara no bajó la pistola.

—Dímelo.

Ander sonrió con algo parecido a satisfacción.

—Mamá me pedía que lo dejase todo. Que ella lo arreglaría.

El silencio era insoportable.

—Pero yo sé que mamá es débil. No tiene valor para terminar las cosas.

Lara entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

Ander se rio entre dientes.

Como si estuvieran en una conversación casual.

Como si todo aquello fuera normal.

—A que mamá manipuló el gas.

Silencio otra vez.

Velasco sintió un escalofrío subirle por la espalda.

Gabriel parecía a punto de colapsar.

—¿De qué estás hablando? —murmuró.

Ander ni siquiera lo miró.

Siguió hablando.

—Mamá lo dejó abierto justo antes de pedirle a papá que bajase a comprobarlo.

Lara sintió que su piel se erizaba.

Velasco tragó saliva.

—¿Ella lo hizo?

—Sí —respondió Ander con naturalidad—. Pero mamá pretendía que nos marchásemos todos corriendo y lo dejásemos allí.

Gabriel negó con la cabeza, sin poder creer lo que escuchaba.

—Dios mío...

Lara sentía que las piezas empezaban a encajar.

Pero Ander no había terminado.

—Fue estúpida —continuó—. Si lo hubiésemos hecho todos, él se hubiese librado del fuego.

Su tono no tenía ni un rastro de culpa.

Velasco y Lara intercambiaron una mirada.

No daban crédito.

Lara sintió un nudo en el estómago.

—¿Por eso cerraste la puerta?

Ander ladeó la cabeza.

—Alguien tenía que hacerlo bien.

Gabriel cayó de rodillas.

Y por primera vez en toda su vida, sintió que había estado conviviendo con un monstruo.

Gabriel lo miró... y no vio a un niño.

No vio al niño que había criado.

Vio a un monstruo.

—Tú... —su voz tembló—. Eres un demonio.

Ander sonrió.

Con satisfacción.

Con algo que parecía orgullo.

Gabriel ya no pudo contenerse.

Y se lanzó sobre él.

Con todo el peso del dolor y la rabia.

Velasco y Lara gritaron su nombre, pero él no escuchó.

Chocó contra Ander con tanta fuerza que ambos rodaron por el suelo, golpeándose contra las raíces de los árboles. Asier quedó libre en ese momento.

—¡MALDITO SEAS! —rugió Gabriel, atrapando sus muñecas para que soltara el cuchillo—. ¡MATASTE A MI HIJA! ¡MATASTE A TU PROPIO PADRE!

Ander se revolvió bajo él, riendo con una carcajada ahogada.

—¡Y tú nunca te diste cuenta!

Gabriel perdió la cabeza.

Y alzó el puño.

Velasco se lanzó sobre él.

—¡Gabriel, para!

Lara intentó sujetarlo por los hombros, pero el hombre estaba completamente fuera de sí.

—¡VOY A MATARTE, HIJO DE PUTA!

Velasco lo agarró con fuerza e intentó apartarlo, pero Gabriel tenía demasiada rabia contenida.

Ander no dejaba de sonreír.

Hasta que, con un movimiento brusco, logró zafarse.

Rodó por el suelo y se incorporó con el cuchillo en alto.

Velasco levantó el arma.

—¡Suelta el puto cuchillo, Ander!

Pero el niño no lo hizo.

—¡Lara, disparamos! —gritó Velasco.

Lara levantó su pistola.

Pero antes de que pudiera tomar la decisión...

Algo pasó.

Algo que nadie había visto venir.

Asier se movió.

Rápido.

Silencioso.

Con los ojos llenos de algo que no debía estar en un niño.

Antes de que Ander pudiera reaccionar, su hermano ya estaba a su lado.

Y le arrebató el cuchillo de un tirón.

Nadie tuvo tiempo de hacer nada.

Porque Asier no lo pensó.

No dudó.

No vaciló.

Solo lo hizo.

Le cortó el cuello.

De un solo movimiento.

Frío.

Limpio.
Definitivo.
Ander parpadeó.
Su sonrisa se congeló.
Se llevó una mano a su garganta.
La sangre caliente chorreó entre sus dedos.
—Tú... —susurró, con la voz ahogada.
Asier lo miró sin emoción.
Sin miedo.
—Tú mataste a Itziar —susurró, con la voz rota—. Yo solo te
doy lo que te pertenece.
Ander se tambaleó.
Trató de hablar.
Pero su cuerpo ya no le obedecía.
Cayó de rodillas.
Velasco bajó el arma en estado de shock.
Lara no pudo moverse.
Gabriel miraba la escena con los ojos abiertos de par en par.
Ander soltó un último jadeo.
Y cayó al suelo.
Muerto.
Asier se quedó de pie junto a su cuerpo.
Sosteniendo el cuchillo.
Sin derramar ni una lágrima.
Sin pestañear.
Solo mirándolo.
Como si esperara algo más. Pero ya no había nada más que
esperar.
Había terminado. Todo había terminado.
Pero el precio había sido demasiado alto.
Lara sintió un escalofrío recorrerla entera.
Porque esa noche, en ese bosque, un niño de nueve años
había dejado de ser un niño.
Para siempre.

Lara apenas pudo reaccionar cuando vio la sangre brotar del cuello de Ander.

Fue rápido. Un solo corte. Un solo movimiento. Y todo terminó.

El cuerpo de Ander cayó al suelo como un muñeco roto.

La respiración de Lara se aceleró.

Velasco tardó un segundo más en bajar el arma.

Gabriel permaneció de rodillas, sin ser capaz de moverse.

Pero Asier... Asier temblaba. Sus pequeñas manos aún apretaban el cuchillo con fuerza.

Sus labios estaban pálidos. Y entonces, sus piernas flaquearon.

El cuchillo resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un sonido metálico.

Y Asier se lanzó contra Gabriel, hundiéndose en su pecho.

—Tengo miedo —susurró, con un hilo de voz—. Tengo miedo de ser como él.

Gabriel parpadeó.

Y cuando sintió el pequeño cuerpo de su hijo adoptivo temblando en sus brazos, algo dentro de él despertó.

Lo abrazó con fuerza.

—No, hijo.

El niño se aferró a él con más desesperación.

—No quiero ser un asesino —gimió contra su pecho—. No quiero ser como él.

Gabriel cerró los ojos con fuerza.

—Tú nunca serás como él —susurró, acariciándole el cabello—. Te lo prometo.

Lara los observó con el corazón encogido.

Y entonces vio el movimiento.

Velasco se inclinó y recogió el cuchillo del suelo.

Lara se tensó.

—Velasco, no.

Pero ya era tarde.

Velasco apretó el mango con fuerza, manchándose las manos con la sangre de Ander.

Hundió sus propias huellas en la empuñadura.
Y luego, con una expresión seria y decidida, la miró a los ojos.

—Inspectora —pronunció con calma—, no tuve otra opción.

Lara negó con la cabeza.

—Velasco...

—El arma se encasquilló —continuó él, con la mirada fría y calculadora.

Lara se quedó sin palabras.

Velasco respiró hondo.

—Tuve que rebanarle el cuello para que no matara a su hermano.

Gabriel levantó la vista, con los ojos abiertos de par en par.

Velasco mantuvo su expresión neutral.

—Era él o Asier.

Lara dio un paso adelante.

—No hagas esto.

Velasco no apartó la vista de ella.

—No voy a dejar que un niño inocente pase el resto de su vida en un centro de menores.

Lara negó de nuevo.

—Velasco, piénsalo bien.

Él sonrió con un deje de tristeza.

—Ya lo pensé.

Lara sintió un nudo en la garganta.

Velasco no iba a cambiar de opinión.

Ya había tomado su decisión. Y no había vuelta atrás.

Ella lo sabía.

Y él también.

Así que, sin decir nada más, Lara bajó la mirada. Y aceptó el sacrificio.

CAPÍTULO 29

La prensa se hizo eco de la noticia en cuestión de horas. Titulares inundaban las portadas de los periódicos.

Subinspector de la Policía Nacional abate a menor en un intento por salvar la vida de su hermano.

Caso Itziar Arregui: el horror en una familia rota.

Raúl Velasco, el agente que evitó otra tragedia.

Lara leyó los titulares con la mandíbula tensa.

La versión oficial se había cerrado rápidamente.

Raúl Velasco, subinspector de homicidios, se vio obligado a actuar en defensa de un niño de nueve años, atacado por su hermano mayor en un bosque cercano a Suances.

El informe detallaba que, en el forcejeo, su arma se encasquilló, y que no tuvo otra opción más que usar la única herramienta que tenía al alcance para evitar un asesinato.

El cuchillo.

La autopsia de Ander confirmó que murió de un solo corte certero en la garganta.

No hubo ensañamiento.

No hubo dudas en cuanto a nada más

Solo una acción rápida para salvar una vida.

La historia fue aceptada. Pero no sin consecuencias.

Los asuntos internos se abrieron paso en la investigación. A pesar de las pruebas y los testimonios, cada detalle fue examinado con lupa.

Velasco fue suspendido temporalmente.

Tuvo que declarar ante un tribunal interno para responder preguntas que lo dejaban sin aliento.

¿Por qué usó el cuchillo en vez de intentar reducirlo de otra manera?

¿No había otra opción?

¿Temió por su vida en algún instante?

Lara estuvo allí en cada audiencia.

Defendió su versión.

Reafirmó cada palabra.

Dijo lo mismo una y otra vez, sin dudarlo.

Velasco salvó la vida de un niño. Eso es lo único que importa.

Y al final... Velasco fue absuelto.

Volvió a su puesto en homicidios.

Pero la sombra de lo ocurrido nunca se desvaneció del todo, ellos dos seguían sabiendo que los hechos no habían sido exactamente así.

Y Velasco cada vez que cerraba los ojos, seguía viendo la mirada de Ander antes de caer al suelo.

CAPÍTULO 30

*Dos años después
Madrid*

La oficina de homicidios estaba en calma. Un caso reciente había mantenido a todos ocupados durante días.

Velasco se desperezó en su silla, sintiendo la tensión en la espalda, y después de un movimiento más, notó crujir alguna vértebra.

Cuando pasó por la recepción para recoger su correspondencia, el sobre blanco le llamó la atención.

No tenía remitente. Solo su nombre, escrito con una caligrafía torpe pero sin errores.

Lo guardó en su mochila sin abrirlo.

Salió de la comisaría, agotado, con ganas de llegar a casa.

Encendió un cigarro mientras caminaba hacia su coche, pero el móvil vibró en su bolsillo.

Era Lara Martínez.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios antes de responder.

—Dime, inspectora —quiso sonar divertido.

Su voz al otro lado sonaba cálida.

—¿Ya has salido?

—Sí. Voy camino a casa.

—¿Cómo fue el día?

Velasco bufó.

—Tres informes de homicidio, un testigo que no se calla y un jefe que cree que mi talento está mejor aprovechado firmando papeles.

Lara rio suavemente.

—Pobre subinspector Velasco.

Él sonrió.

—Compadéceme en persona. Voy para tu casa.

Lara tardó un segundo en responder.

Y luego su voz bajó un tono.

—Aquí te espero.

Velasco se metió en el coche.

Pero antes de arrancar, sacó el sobre de la mochila y lo abrió.

Subinspector Velasco,

No sé si esto llegará a sus manos, pero tenía que intentarlo.

Han pasado dos años desde aquella tarde en el bosque.

Todavía la sueño algunas veces. A veces me despierto con la sensación de que todo sigue ocurriendo, de que Ander sigue allí, con el cuchillo en la mano. Pero luego abro los ojos, y sé que no es así. Estoy vivo.

Sé que estoy vivo. Y sé que es gracias a usted.

Quiero que sepa que no me he convertido en mi hermano. No soy como él, quiero que eso le quede claro. Gabriel me ha cuidado todo este tiempo, ha estado conmigo en cada momento. Me ha enseñado que la vida sigue, aunque haya días en los que me cueste creerlo.

Estoy bien.

Voy al colegio. Tengo amigos. Juego al fútbol como antes.

Gabriel dice que la vida es un montón de decisiones, y que la mejor que tomé fue seguir adelante.

No sé qué habría sido de mí si me hubieran separado de él. Tal vez habría terminado en un sitio lleno de niños rotos, y yo me habría roto también.

Pero usted no lo permitió.

Usted me salvó.

No solo en aquel bosque.

También después.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace dos años. Nunca la olvidaré.

Aunque... quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Asier.

Pensó en aquel muchacho y se le dibujó una media sonrisa. Volvió a doblar la carta y la metió de nuevo en la mochila.

Cuando Velasco llegó al apartamento de Lara, ella ya lo esperaba en la puerta.

No hubo palabras al principio. Solo un beso. Un beso largo, que tenía más de alivio que de deseo.

Cuando se separaron, Lara le miró a los ojos con algo parecido a ternura.

—Pareces cansado.

Velasco sonrió de lado.

—Ha sido un día largo, sí.

Ella asintió y le tomó de la mano, llevándolo al sofá. Se dejó caer a su lado, apoyando la cabeza en su hombro mientras él encendía el televisor.

Las luces de la pantalla iluminaron la sala en tonos fríos.

Era un canal de noticias.

Velasco dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos un segundo, mientras Lara deslizaba los dedos por su brazo en un gesto distraído.

Pero entonces, una frase en la televisión los hizo tensarse.

Última hora desde Suances.

Lara se enderezó.

Velasco abrió los ojos.

El noticiero mostraba imágenes de una zona acordonada. Luces de patrullas iluminaban el bosque.

Acaban de encontrar el cuerpo de una mujer degollada con un solo corte. La policía ha iniciado una investigación y aún no se han dado a conocer detalles sobre su identidad.

Lara y Velasco se quedaron en silencio.

En la pantalla, la imagen cambió a un periodista de pie frente a la escena del crimen.

Según el testimonio del testigo que encontró el cadáver, justo en el momento en que se inclinó para verificar si aún tenía signos

vitales, vio algo moverse entre los arbustos.

Velasco endureció la mandíbula.

La descripción que pudo dar a la policía es algo escasa, pero indicó que la persona no era muy alta, llevaba una chaqueta roja y zapatillas blancas.

Lara se llevó una mano a la boca.

Velasco no parpadeó.

La localidad de Suances está conmocionada con la noticia.

Lara giró lentamente la cabeza hacia Velasco.

Velasco seguía con la mirada fija en la pantalla.

Sin parpadear.

Sin respirar.

Y entonces, sin decir nada, metió la mano en su mochila y sacó la carta de Asier.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace dos años.

Aunque... quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Los dedos de Velasco se apretaron contra el papel.

El televisor seguía emitiendo la noticia en segundo plano, pero ya no hacía falta escuchar.

El mensaje ya estaba claro.

Lara se giró hacia él.

—Dime que no estás pensando lo mismo que yo.

—Tengo algo que enseñarte —murmuró.

Lara la tomó con suavidad y la abrió.

Sus ojos recorrieron las palabras con rapidez, su ceño frunciéndose más con cada línea.

Velasco no la interrumpió.

Solo la observó.

Y entonces, vio el momento exacto en el que lo entendió.

Su respiración se volvió más lenta. Su expresión se endureció. Sus labios se separaron ligeramente, como si fuera a decir algo, pero no encontrara las palabras.

Y luego, llegó a la última línea.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace dos años.

Aunque... quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Lara levantó la vista.

Velasco sintió como un nudo en el estómago se formaba.
Ahora lo veían claro.
La carta no era una despedida, era una advertencia.
Un mensaje oculto entre palabras amables.
Un mensaje que ahora entendía perfectamente.
Asier no solo había aprendido a sobrevivir.
Había aprendido a matar.
Y ahora, todo era un problema.
Porque si Asier era el asesino...
Si ahora hablaban y decían la verdad...
Si contaban que Velasco no había sido quien mató a Ander...
Entonces, todo se derrumbaría.
La investigación, la versión oficial.
Su carrera.
Su vida.
Lara pareció llegar a la misma conclusión.
Porque cuando Velasco levantó la vista, sus ojos se
encontraron con los de ella.
Y vio lo mismo que sentía él.
Miedo.
No por Asier.
Sino por lo que pasaría si decían la verdad.
Lara respiró hondo.
—¿Qué vamos a hacer?
Velasco cerró los ojos por un segundo eterno.
Cuando los abrió, su decisión ya estaba tomada.
—Nada.
Lara frunció el ceño.
—¿Nada?
Velasco se pasó una mano por la cara.
—No podemos hacer nada.
Lara abrió la boca para discutir.
Pero se quedó en silencio porque sabía que tenía razón, si
hablaban, si confesaban que Asier había matado a su hermano, si
admitían que Velasco había alterado la escena, todo se acabaría.

Velasco se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Hicimos lo que creímos correcto —dijo en voz baja—. No podemos volver atrás.

Lara se mordió el labio.

No le gustaba.

Nada de eso le gustaba.

Pero no tenían otra opción.

Velasco se dejó caer contra el respaldo del sofá.

Sus ojos se quedaron clavados en el televisor.

En las luces de las patrullas en Suances.

En la imagen borrosa de la escena del crimen.

En el monstruo que quizá ayudaron a crecer.

Y, por primera vez en dos años, se preguntó si había cometido el peor error de su vida.